LA VÍRGEN SANTÍSIMA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

LECTURAS PIADOSAS PARA EL MES DE MARÍA,

POR

MONSEÑOR DE SEGUR.

Con aprobacion eclesiástica.

BARCELONA:
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.
1883.

Es propiedad.

INTRODUCCION.



Este librito sobre el misterio de la santa Vírgen tiene por objeto hacer conocer, amar y servir algo mejor la santísima Madre de Dios. Es una obra de fe y amor, ofrecida á Jesús, como aquella que más puede agradar su corazon filial: en efecto, despues de su Padre celestial, ¿á quién ha de amar Jesucristo como á su santa Madre? Ve en Ella la perfeccion de la criatura y el compendio de todo lo que ama en nosotros.

Y además, ¿no es evidente que nada puede ser más agradable á un buen hijo que el ver su Madre honrada, alabada, amada de todos? Si así es para nosotros, pobres é imperfectos en todo, ¿qué será tratándose del Hijo perfecto con relacion á la Madre perfecta? «Es indudable, dice san Jerónimo, que todo honor, todo homenaje tributado á la Madre de Cristo, recae por completo en la gloria de su divino Hijo.» Unimos aquí en un sólo amor el Hijo de María y la Madre de Jesús.

Este tratado se halla dividido en tres partes que abrazan todos los siglos: la Vírgen Santísima es, en efecto, una criatura *universal* á quien todo se refie-

(1) Serm. de Assumptione.



re. En la primera vamos á contemplar brevemente á María desde el primer momento de la creacion hasta el advenimiento de esta Vírgen bienaventurada. En la segunda estudiarémos la santísima Vírgen desde su Concepcion inmaculada, hasta el dia de la Ascension, en el que su Hijo y su Dios volvió triunfante al seno de su Padre, dejando por algun tiempo á su Madre en medio de su Iglesia naciente. En la tercera contemplarémos á María desde la Ascension y Pentecostés hasta el juicio final, hasta el fin de los tiempos.

Cada una de estas tres partes se dividirá en treinta y un capítulos cortos, para que puedan servir de lecturas piadosas y de asuntos de oracion durante la hermosa fiesta de treinta y un dias, que se llama el *Mes de María:* admirable institucion verdaderamente cristiana, verdaderamente católica, salida del Corazon mismo de Jesús como rio de vida, y que actualmente, establecida en todo el universo, reanima la verdadera piedad y esparce por todas partes el perfume de Jesucristo.

La mayor parte de los *Meses de María* están algo faltos de doctrina. Ahora bien, «para que sea sólido, fuerte, tradicional el amor á la Vírgen Santísima, ha de descansar sobre el dogma,» decia el piadoso y sabio P. Ventura.

Buscando en los tesoros de la tradicion, he encontrado un alimento maravilloso, un alimento sustancial, que me atrevo á presentar aquí con fraternal corazon á aquellos que aspiran al santo amor de Jesús y de María. Verdad es que no es más que una gota de agua sacada de un rio inmenso; pero, al fin, es agua santa, de aquella agua que el Espíritu Santo

hizo brotar del corazon de los Santos para fecundar la Iglesia de la tierra y alegrar la Iglesia del cielo.

En efecto, se notará que en estas páginas no hay casi nada mio: es una corona de flores escogidas en el jardin celestial; no hay más que flores, y poquísimo follaje. Es la voz de los Santos, es el eco de los santos Padres y Doctores; es el corazon y la doctrina de san Ambrosio, de san Agustin, de san Jerónimo, de san Pedro Crisólogo, de san Efren, de san Cirilo de Alejandría, de san Juan Damasceno, de san Pedro Damian, de san Anselmo, de san Bernardo, de san Buenaventura, de san Bernardino de Siena, de san Francisco de Sales.

Espero que es tambien, y más aún que todo esto, un pobre y débil eco del adorable Corazon de Jesús, que dice eternamente á su Madre todo lo que Él es para Ella, y todo lo que Ella es para El; de Jesús, que es la razon de sér, la simiente, la gloria, la corona de María; de Jesús, que es el todo de María, en el tiempo y en la eternidad.

El seráfico doctor san Buenaventura, á la cabeza de un magnífico opúsculo sobre la santísima Vírgen, suplicaba al piadoso lector que le perdonase aquello que en su trabajo hubiera escapado á su ignorancia é insuficiencia. «En efecto, ¿quién soy yo, decia, para componer una obra digna de las excelencias de María, y capaz de satisfacer la expectacion de sus fieles servidores? ¿Qué diré yo, pobre ignorante, al ver el temor del bienaventurado Bernardo, el gran servidor de María, el cantor sublime de sus glorias? ¿No decia: «Nada hay que me hechice más y que al «mismo tiempo me inspire más temor que el hablar

«de las grandezas de la Vírgen Madre? Todos los hi-«jos de Dios la rodean de sus homenajes, de su amor, «de su celo filial, y esto es bien justo; todos arden «en deseo de hablar de María; pero siendo la Vírgen «Santísima un misterio inefable en absoluto, todo lo «que se pueda decir de Ella se halla, por esto mis-«mo, por bajo de las aspiraciones y de la espectacion «de los fieles.»

«Felizmente, añade con humildad el ilustre discípulo de san Francisco, felizmente oigo á san Jerónimo que me anima y consuela; me dice: «Aunque «nadie sea capaz de llenar tal cometido, nadie debe «abstenerse de alabar á la bienaventurada Vírgen «con todo su corazon, con todas sus fuerzas, aunque «fuera el último de los pecadores.»

«La humilde viuda del Evangelio, que ofreció sus dos miserables óbolos, fué bendecida y alabada por el Señor. ¿Debia no haber ofrecido nada, porque no podia ofrecer más? No, ciertamente: dió lo que pudo, y su pobre ofrenda fué del agrado de su gran Dios.

«Hé aquí porque yo, pobre y muy pobre, desprovisto de luces, desprovisto de saber, desprovisto de elocuencia, me atrevo á ofrecer este pobre óbolo, este humilde escrito, en honor de la Reina del mundo.

«Vos, pues, oh Vírgen María, mi benignísima Soberana, dignaos acoger con bondad este humilde don que os presenta vuestro pobre amigo. Al ofrecéroslo, me prosterno ante vos, inclino la cabeza, y os saludo con el corazon y con los labios, repitiendo con el Arcángel y con la santa Iglesia: *Ave María* (1).»

(1) Speculi prolog.

Así decia san Buenaventura. Cuando tan gran Santo hablaba de ese modo, ¿qué haré yo, Jesús, y qué habré de decir? Dignaos suplir mi profunda miseria, y dictadme Vos mismo lo que quereis que diga en alabanza, en honor y gloria de vuestra santísima Madre, que por vuestra gracia se ha convertido en Madre mia (1).

(1) Para evitar toda inexactitud en un asunto á la vez tan sublime y tan delicado, he sometido este tratadito al exámen y á la crítica de varios eminentes teólogos, y no lo doy al público sino despues de haberlo hecho pasar por esta preciosa prueba.

LA VÍRGEN SANTÍSIMA.



PRIMERA PARTE.

La Vírgen santísima antes de la Encarnacion.

I.

De como el mundo no existe más que para Nuestro Señor Jesucristo.

Sólo la fe nos da razon de todas las cosas. Sin ella el mundo es un enigma indescifrable; con ella es una obra luminosa; y, si no se comprende todo, por lo menos se ve lo bastante para comprender la magnífica armonía que reina en la creacion.

La clave del misterio es Jesucristo, y con Jesucristo la santísima Vírgen y la Iglesia.

Sin mí nada podeis hacer, nos dice Jesús en el Evangelio. Con la misma verdad podria decirnos:

«Sin mí nada podeis comprender.» El misterio de Cristo es el sol que todo lo ilumina y al cual nadie ilumina.

Dios ha creado el mundo para su gloria (1) y para su Hijo único Jesucristo, que es el Rey, el Dueño soberano y el único Señor. Jesucristo es, en su humanidad, la gloria misma de Dios. El mundo es un inmenso y magnífico reino que no existe más que para su Rey Jesús; es un hermoso marco que sólo se ha hecho para el cuadro admirable en que Dios Padre traza su imágen.

El cielo y la tierra, el mundo invisible de los espíritus y el mundo visible de los cuerpos, no han sido creados más que para Jesucristo, el Hijo eterno de Dios hecho hombre. El mismo Dios nos lo revela en diversos pasajes de las Santas Escrituras: *Cristo*, dice san Pablo, *para quien todo existe y por quien todo existe* (2). Y en otro lugar: «Todo ha sido creado por Él y en El (3).» Así és la voluntad de Dios que toda criatura se una á Jesucristo hombre, Rey y Señor de la creacion, para adorar á Dios, para servir á Dios y para tributar á Dios el culto, las alabanzas y los homenajes que le son debidos. Hé aquí la sublime vocacion del mundo; hé aquí la razon de sér de la existencia de todas las criaturas, sin excepcion. Negar esto seria negar la fe.

(1) Prov. XVI, 4.
(2) Ad Hebr. II. 10.
(3) Ad Coloss. I, 16.

Entre mil pasajes de la Escritura á cual más espléndidos y profundos, sacarémos uno que nos expone el hermoso misterio de la realeza universal de Jesucristo. El es quien habla, El, la Sabiduría encarnada: «El Señor, dice, me ha poseido desde el principio de sus obras;» ó mejor, siguiendo el texto original: «El Señor me ha poseido como principio de sus obras (1).» Cristo, es decir, el Verbo hecho carne, el Hombre Dios, es el fundamento puesto por el Creador y sobre el cual ha querido que todo descansara. Dios ha querido que el *Hombre-Cristo Jesús*, como dice san Pablo, *fuese el Mediador único* y universal entre Él y sus criaturas; y lo ha constituido en principio inmediato y en fin de la creacion entera.

Lo ha constituido en Jefe y Rey supremo de todo el órden de la gracia, para el cual existe únicamente el órden de la naturaleza. La naturaleza no es más que una servidora; la gracia es su reina y señora; y Jesús es el autor y el consumador de la gracia. Jamás perdamos de vista este gran misterio fundamental: «Dios ha colocado á Cristo á la cabeza de la creacion: lo ha constituido en Príncipe y Jefe de todos los Santos, de todos los Angeles, de todos los hombres, de todo el universo (2).»

Jesús es, pues, no solamente en su divinidad, sino áun en su humanidad, el principio y el objeto de la creacion, la gloria de Dios en el universo.

(1) Prov. VIII, 22.
(2) Corn. á Lap. in Prov. VIII.

San Epifanio explica en el mismo sentido estas mismas palabras de la Escritura: «El Señor al crearme en el seno de María ha hecho de mí el principio de sus vias para sus obras. En efecto, el punto de partida de todos los caminos de Dios, es decir, la venida de Cristo á este mundo, es la humanidad santa que ha tomado en el seno de María (1);» y así «la Sabiduría, que estaba en Dios por toda la eternidad, se ha convertido con el tiempo en el principio, es decir, en la causa y el instrumento de las obras de Dios (2).»

El venerable abate Olier, tan célebre por la santidad de su vida, de su doctrina y de sus obras, habia recibido sobre este punto luces extraordinarias. «Segun yo he aprendido, escribió, Dios ha hecho el mundo para el Verbo hecho carne, de tal suerte que sólo los cristianos tienen *derecho* á servirse de las criaturas.»

Estas palabras son tan profundas, como fecundas en enseñanzas prácticas. En efecto, cualquiera que no pertenezca á Jesucristo es indigno de respirar el aire, de ver la luz, de ser llevado por la tierra, de gozar de las bellezas de la naturaleza, de alimentarse de los animales y de las plantas; es indigno de continuar bajo este hermoso cielo tan magnífico, sobre esta tierra tan admirable, que Dios sólo ha hecho para su Hijo Jesucristo y para aquellos que pertenecen á Jesucristo.

(1) Contra Arianos hæres., 69.
(2) Didymus in catena Græcorum.

Destinando el cielo y la tierra para ser la habitacion y el reino de su Hijo Jesús, de la santísima Vírgen, Madre de su Hijo, y de todos los cristianos, miembros de su Hijo, Dios los ha hecho hermosísimos, inmensos y, en todo lo posible, dignos de su sublime destino. «Segun la dignidad de las personas, se les prepara habitacion más ó menos espléndida: para conducir un príncipe, un rey, se encienden antorchas á su alrededor; mientras que un pobre aldeano se contentará con una pequeña bujía. Así Dios ha hecho el sol con esa magnificencia que en él contemplamos, para que fuese un dia la antorcha de su Hijo; ha hecho los cielos tan vastos, tan resplandecientes, porque habian de ser un dia como el techo de su palacio; ha criado la tierra tan hermosa, porque estaba destinada á soportarle y á ser el escabel de sus piés. Queriendo, por fin, que suministrara sus producciones para el mantenimiento de la vida de su Hijo bien amado y que fuese el lugar de su permanencia, la ha llenado de toda clase de flores encantadoras, de frutas excelentes y de mil criaturas, destinadas todas al servicio de Jesucristo, su único Dueño (1).» La grandeza de la creacion es como una señal de la grandeza real y de la dignidad celestial de Jesús Nuestro Señor.

Vírgen María, Madre de mi Criador, de mi Señor y Dueño, dignaos hacerme comprender profundamente esta gran ley que domina toda mi existen-

(1) Vida interior de la santísima Vírgen, cap. I.

cia: si existo, es por Jesucristo vuestro Hijo, á causa de Jesucristo y para Jesucristo. Mi alma le pertenece, como una propiedad á su legítimo propietario; mi cuerpo es suyo, y sólo suyo; mi vida le pertenece, y debe serle entregada por completo, bajo pena de injusticia, de traicion, de robo, y de robo sacrílego, sí, de robo sacrílego, porque este Dueño es verdadero Dios, y su propiedad es cosa sagrada; nadie tiene derecho á usurpársela, sea en la proporcion que se quiera.

Yo *debo* á Jesucristo mi inteligencia con todos sus pensamientos, con todos sus juicios: yo se la debo; y si tengo materialmente poder para sustraerla á su servicio y á su direccion, no tengo para ello derecho. Jesús tiene el derecho absoluto de regular, de dominar toda mi imaginacion y toda mi memoria; tiene derecho soberano sobre todas mis voluntades, sobre mis afecciones, sobre mis simpatías; más aún, su soberanía se extiende al uso de todos mis sentidos, que no deben ejercerse sino bajo su voluntad santa. El es el Dueño de todo lo que soy, de todo lo que tengo.

¡Oh! qué profundas son las palabras de la Escritura: *No hay más que un solo Señor que es Jesucristo, por quien todo existe; y nosotros existimos por El.* El Espíritu Santo añade inmediatamente: *Pero no todos tienen esta ciencia* (1). Es la ciencia de la fe y de la gracia, la ciencia del verdadero Dios, la ciencia del amor. Extendedla, como agua viva, en mi

(1) I ad Cor. VIII, 6.

espíritu y en mi corazon, oh santísima María, Madre de este Señor bien amado á quien desde ahora quiero pertenecer por completo.

II.

De como Nuestro Señor Jesucristo ha dado el mundo á la santísima Vírgen.

La creacion es propiedad de Jesucristo. Pero este hermoso reino Jesús lo ha comunicado todo entero á su Madre, para que participe con Él de la soberanía.

Como el Hijo de Dios no es hombre sino por la santísima Vírgen María, resulta que la Vírgen santísima es inseparable de Jesús en este magnífico plan del Padre eterno. «En el designio de Dios, dice Suarez, la Madre y el Hijo no han sido separados (1).»

Así como Jesús no es Hijo de Dios sino por Dios su Padre, que le comunica toda su divinidad eterna é infinita; de la misma manera no es Hijo del hombre sino por la Vírgen María su Madre, que le da su humanidad. El Padre celestial, Cristo, la santísima Vírgen, estas tres ideas son inseparables en el plan divino. Dios, Jesús, María, estos tres nombres benditos no hacen más que uno solo para

(1) De beatissima Virgine; quæst. XXVII, art. I. disput. I sect. III.

nosotros, que en el seno de la Iglesia tenemos parte en todos los dones del Señor.

No quiere esto decir que Dios se haya visto obligado á tomar carne mortal, ni á crear á María y á las demás criaturas; pero una vez establecido el plan de la creacion y el de la Iglesia tal como existe, y tal como la fe nos lo da á conocer, las cosas han pasado como acabamos de decir. Dios así lo ha querido; es un hecho irrevocable, que todo lo domina, que no sólo hemos de reconocer, sino adorar, amar y admirar.

¡Cuánta hermosura! La creacion entera es como una inmensa montaña, en cuya cuya cumbre está la santísima Vírgen: sobre esta cumbre, como sobre un pedestal de diamantes, Dios ha colocado á su Hijo único, verdadero Dios y verdadero hombre, Dios como el Padre y como el Espíritu Santo.

«En su cualidad de hombre, dice Olier (1), el Verbo hecho carne tenia necesidad de una habitacion temporal, así como su Madre. Todos los hombres, que deben ser los miembros vivientes de Jesucristo, tenian igualmente necesidad de esta habitacion: y hé aquí por qué Dios ha creado este mundo, para ayudarles á pasar la vida antes de que vayan á glorificarle en el cielo.»

Toda la creacion pertenece á la santísima Vírgen, como á su Reina: porque aquello que el Padre da á Jesús su único Hijo, éste lo transmite por gracia á María santísima, cuya carne es la carne mis-

(1) Vida interior de la santísima Vírgen, cap. I.

ma de Cristo. «Este Señor universal de todas las cosas está de tal manera unido á la santísima Vírgen su Madre, que la ha constituido en Soberana universal de todas las cosas; la ha hecho Soberana del cielo, Soberana del mundo (1),» porque son *dos en una sola carne* (2). «La Madre no puede ser separada ni de la realeza ni de la omnipotencia del Hijo María y Jesús no tienen más que una sola carne, un solo espíritu, una sola y misma caridad (3).»

«Por su providencia todopoderosa, que todo lo ha preparado y ordenado, Dios, dice san Agustin, es el Padre y el Señor de todo: por su caridad y por sus méritos, que todo lo han reparado, la santa Madre de Dios ¿no se ha hecho Madre y Soberana de todo (4)?» «Era necesario, añade san Juan Damasceno, que la Madre de Dios fuese Señora de todo lo que poseia su Hijo, y en su calidad de Madre de Dios recibiese el homenaje y la sumision de todas las criaturas (5).»

Todo en el universo pertenece, pues, á la santísima Vírgen; todos los Angeles son suyos, asi como todos los hombres; y al servirla y al amarla no hacemos más que devolverla lo que le *debemos*. El aire que respiramos lo mismo es de María que de Jesús; la tierra que nos sostiene es de Ella; el sol, el firmamento son suyos; la luz le pertenece; el

(1) Speculum Beatæ Mariæ Virginis, VIII.
(2) Genes. II.
(3) B. Arnold., abb.
(4) Serm. XXXV, de Nativ.
(5) Or. II, de Assumpt.

oceano, los rios, las nubes, las plantas, las flores, los animales, en una palabra, todas las criaturas, pertenecen por propiedad inalienable á esta criatura única, Madre de su Criador. «¡Oh soberana Señora! exclama san Efren; ¡oh Reina augustísima! ¡Vos sois la Soberana de las soberanas! ¡Nos refugiamos bajo vuestra proteccion; cubridnos con vuestra sombra, y guardadnos bajo las alas maternales de vuestro amor (1)!»

¡Qué alegría para mi corazon, oh santísima Vírgen María, qué alegría el pensar que soy todo vuestro! ¡Soy vuestra propiedad; no vivo sino por vuestros dones; y en cada momento de mi existencia sois verdaderamente mi Madre!

«La tierra, añade el venerable Olier, estaba tambien destinada á servir de habitacion pasajera á la santísima Vírgen y á todos los miembros de Jesucristo, es decir, á la Iglesia, que habia de extenderse y establecer por todas partes el reino de Dios.

«Así Dios ha hecho el mundo para Jesús y para María; como un príncipe que queriendo tratar dignamente su cara esposa, su único hijo y toda la córte de este hijo querido, les prepara su espléndido palacio y lo embellece con todo lo que sabe será del agrado de sus huéspedes (2).»

El sabio Cornelio a Lapide, eco de la tradicion de todos los siglos, nos afirma lo mismo: «Dios ha crea-

(1) De laud. Virg.
(2) Ut supra.

do el mundo para la bienaventurada Vírgen y para Cristo. María es mil veces más excelente, más bella, más noble, que toda la creacion: ó más bien, es su honor, su ornamento, su hermosura (1).» María es la hermosura de la creacion, Jesús es la hermosura de María, y Dios es la hermosura de Jesús.

« La bienaventurada Vírgen ha estado eternamente predestinada á ser, con Cristo, el principio de todas las obras de Dios, á ser la primera, la Reina y la Señora de todas las puras criaturas (2).» Ella ha recibido este honor único, en su calidad de Madre y de «asiento de la Sabiduría encarnada,» que es Cristo Nuestro Señor, Criador y Rey de todas las cosas.

Suarez enseña la misma doctrina casi en los mismos términos. «María es tan grande que contiene á Aquel á quien cielos y tierra no pueden contener, añade san Buenaventura; es mayor que el cielo, mayor que el mundo (3).» «Por ella, dice, en fin, san Bernardo (4), ha sido hecho el mundo entero.»

Nuestros sabios de poca talla y nuestros pretendidos filósofos ignoran todo esto; pero nosotros los cristianos lo sabemos porque Dios se ha dignado revelárnoslo, y porque su Iglesia lo enseña á todos los que escuchan su voz.

Sí, tenemos la felicidad de saberlo: *todo* sobre

(1) In Proverb. VIII, 22.
(2) Idem, in Eccli. XXVI, 6.
(3) Speculum B. M. V., V.
(4) Serm. III, in Salve Regina.

la tierra pertenece á Jesús y á María, y no tenemos derecho á disponer de nada sin su permiso. Por esta razon debemos pensar á menudo en ellos, consagrarles nuestras acciones y vivir para ellos. Cuanto mejor hagamos esto, más estarémos en lo verdadero y en el órden. No vivirémos nunca demasiado dependientes de la voluntad y del amor de Jesucristo y de la Vírgen santísima.

Lleno de este santo pensamiento, el venerable abate de Bretonvilliers, primer sucesor del Sr. Olier en el Seminario de San Sulpicio, depositaba todo su dinero á los piés de una estátua de la Madre de Dios (que aún se conserva en el Seminario de Issy); no se permitia jamás un gasto, por mínimo que fuera, sin pedir préviamente, de rodillas, á la santísima Vírgen y al Niño Jesús el permiso, considerándose, no como el propietario de su fortuna, sino únicamente como el apoderado y el humilde servidor del único Señor Jesucristo y de la única Señora de todas las cosas.

Ruego al piadoso lector que se penetre bien de la verdad fundamental expuesta en estos dos primeros capítulos. Se medita muy poco sobre estas cosas, y por más que sean muy ciertas y muy sencillas, se las encuentra extrañas á primera vista. Pero cuando se reflexiona ante Dios, cuando penetramos bien de ellas nuestra inteligencia y nuestro corazon, hallamos grandes luces y grandes alegrías. ¡Desgraciadamente, nuestras ideas sobre los misterios del amor divino son mezquinas, bajas y falsas! ¡Cuán diferentemente que nosotros han habla-

do y pensado los santos Padres y los santos Doctores sobre Jesús, el Dios Amor, y sobre María, Madre del Amor!

III.

De como la santísima Vírgen es la Esposa admirable de Dios Padre.

Jesús no es «el Primogénito de todas las criaturas,» sino en su cualidad de Hombre-Dios; y este Hombre-Dios lo ha engendrado el Padre Eterno por la santísima Vírgen y con la santísima Vírgen. En efecto, Jesucristo no es Hombre-Dios sino por María y en María. Así, pues, Dios Padre, al crear el mundo y al darle su Hijo por Rey, no hizo esta gran obra sino en virtud de la union que habia contraido con la Vírgen santísima. Esto es lo que hacia decir al seráfico doctor san Buenaventura: «Que la santísima Vírgen, desde el principio, ha colocado con Dios los fundamentos del mundo, el cual no subsiste sino en virtud de su voluntad (1).» En efecto, Dios Padre ha tenido siempre ante su vista el consentimiento que la Vírgen María daria un dia á la Encarnacion del Verbo. Así, san Bernardino de Siena decia de María y á María: «En los designios de Dios habeis sido predestinada, antes

(1) Psalterium B. M. V.

que toda criatura, para dar al mundo á Dios hecho hombre (1).»

Y entiéndase bien, estas no son, como podrian creerlo algunos espíritus poco cristianos, piadosas exageraciones sin base dogmática: son luces de la fe, llenas de verdad y de vida, brotando del dogma como de una fuente tan pura como profunda.

La Iglesia aplica á la Vírgen santísima, como aplica á la Sabiduría encarnada, Jesucristo Nuestro Señor, las palabras de la Escritura que ántes citábamos: *El Señor me ha poseido desde el comienzo de sus obras, desde el principio y antes de toda otra creacion... Nada existia, y yo estaba ya concebida... No habia hecho la tierra y preparado los cielos, y yo le estaba presente... Colocaba los fundamentos del mundo, y yo lo ordenaba todo con El* (2). Tambien le aplica la Iglesia este hermoso pasaje del libro del Eclesiástico: *He sido creada desde el orígen y antes de los siglos.*

Enseñada por los Apóstoles, la Iglesia recita en honor de María estas sublimes palabras, debidas á la Sabiduría encarnada, que es Jesucristo Nuestro Salvador. Esto lo hace desde los primeros siglos, como lo atestigua la liturgia de san Ambrosio; y lo hace así porque María es el trono viviente y la Madre de esta adorable Sabiduría; porque la Sabiduría eterna no sale, por la Encarnacion, del

(1) Suarez; de Beatissima Virgine; quæst. XXVII, art. I, disput. I, sect. III.

(2) Proverb. VIII, 22 et seq.

seno de su Padre sino para entrar en el de su Madre, y porque «Aquel que era el Pensamiento divino en el corazon del Padre, se ha convertido en *nuestra paz y nuestra reconciliacion* en el seno de la Madre.» La Sabiduría increada no se llama *creada*, y no lo es, en efecto, sino en esta carne que es la flor de la carne de María. Jesús y María son de esta manera una misma carne, como lo hemos dicho ya, siguiendo á los santos Padres; y la Iglesia, ó más bien el Espíritu Santo que la inspira, une legítimamente, en la exaltacion del mismo misterio, la Sabiduría encarnada y su santísima Madre.

No quiere esto decir que la Vírgen santísima haya creado el mundo, ni aún que haya ayudado á Dios á crearlo: ¿quién ha soñado semejante cosa? María es, como nosotros, una criatura de Dios, y la criatura no puede crear. Queremos decir que Dios, al crear el cielo y la tierra, y al crear el alma y el cuerpo de Jesús, ha tenido ante todo presente la santísima Vírgen, que todo lo ha hecho para ella, que la ha constituido en Madre y Señora de su propio Hijo, y por consiguiente en Reina de la creacion.

El P. Giry, copiando este otro pasaje de los Libros santos: *He salido de la boca del Altísimo, la primogénita entre todas las criaturas,* declara que esto debe entenderse de la santísima Vírgen al mismo tiempo que de su divino Hijo Jesús, la Sabiduría encarnada. Lo que el discípulo amado dice del Hijo segun su primer nacimiento en el seno de su Padre, podemos tambien decirlo de María segun su elec-

cion y predestinacion : *En el principio era María, y María era con Dios.* Ella no era por su sér natural, pero era por su sér ideal, por el amor que Dios tenia por Ella, por el designio que formaba de producirla, por la eleccion que habia hecho de su persona para Madre de su Hijo y como acueducto precioso que haria derramar sobre nosotros todas sus gracias, por su predestinacion al estado incomparable de Vírgen Madre y de Madre Vírgen, y, en fin, por lo que en Ella se complacia á la vista de sus bellezas y perfecciones.

«En este estado es como ha existido María desde la eternidad. No estaba viva en sí misma, pero estaba viva en Dios : era viviente por Jesucristo y con Jesucristo, cuya Madre habia de ser en la plenitud de los tiempos (1).» Y así como Jesús, el Hombre-Dios, fin inmediato de la creacion entera, es anterior á Abraham, anterior á Noé, anterior á Adan, anterior á los Angeles, anterior al cielo y á la tierra; de la misma manera la santísima Vírgen, Madre de Dios, es por gracia especial y única anterior á Adan y Eva, anterior á todos los Angeles, anterior á todas las demás criaturas. Y esta anterioridad es una realidad y no una simple manera de decir; existe realmente con la realidad superior del órden de la gracia, infinitamente superior al órden de la naturaleza.

En expectativa de María santísima se ha creado el mundo entero. Ella es la criatura llena de gra-

(1) de los Santos, I, 201.

cias ; por Ella el Verbo se hizo carne y redimió el mundo. Toda la santa Escritura está penetrada de María, y por Ella y en vista de Ella ha sido inspirada la Escritura. Es como un mundo especial que Dios se ha hecho y que ha fundado sobre la gracia y la santidad... Por Ella, en Ella, con Ella y en vista de Ella Dios decreta toda la obra de sus manos.

«¡Oh María! ¡Vos sois la cumbre del cielo y la Madre de misericordia! Unicamente Vos habeis sido hallada digna de colocaros al lado del Rey eterno, sobre su trono. Dios Padre está en Vos, con su Hijo, como Criador en medio de su creacion, como Rey en su reino, como Padre en su casa, como Pontífice en su templo, como Esposo en su Esposa inmaculada.» Así habla san Bernardo (1).

«La santísima Vírgen, dice á su vez san Epifanio, es el misterio del cielo y de la tierra (2).»

En el plan de la creacion y de la Iglesia, la Vírgen María es la íntima aliada de la santísima Trinidad. Con relacion al Padre puede considerársela como su hija ó como su esposa : como su hija, si contemplamos á María en sí misma, como criatura; como su esposa, si la contemplamos con relacion á Jesucristo, como Madre del Hijo eterno de Dios. Esta última manera de considerar á la Vírgen es

(1) Serm. III, in Salve Regina.—*Idem*, ad Beatam Virginem Deiparam sermo panegiricus.—*Idem*, in Nativ. Domini, Serm. II.

(2) De laudibus B M. V.

más sobrenatural, y por consiguiente más teológica y más profunda que la primera.

No por esto es menos tradicional. «Dios Padre, dice Cornelio, ha tomado la santísima Vírgen María por su novia y por su esposa; Dios Espíritu Santo la ha cubierto con su sombra y la ha fecundado; Dios Hijo la ha tomado por Madre, encarnándose en su seno. María es á la vez Hija, Esposa y Madre de Dios (1).»

Y no son únicamente los Doctores de la Edad media los que consideran á la Vírgen María bajo este glorioso aspecto. Toda la antigüedad cristiana la saluda como Esposa de Dios. «¿Quién es, dice san Agustin, esa Vírgen tan perfecta, que Dios ha escogido para Esposa (2)?»

«¡Oh bienaventurada Vírgen María! exclama la antigua Iglesia griega en su liturgia: los dichosos discípulos á quienes ha sido dado ver al Señor en carne mortal os han proclamado la Vírgen Esposa, digna del Padre, digna de Dios; ¡oh Vírgen! os han proclamado Madre del Verbo, Madre de Dios, habitacion del Espíritu Santo. Vos sois llena de gracias, y toda la plenitud de la Divinidad ha habitado corporalmente en Vos (3).»

María es la verdadera Esposa del Padre, la verdadera Madre del Hijo, el verdadero santuario del Espíritu Santo; y con Jesús, es la verdadera Soberana del mundo.

(1) In Ezecheliem, XLIV, 3.
(2) De Sanct., serm. XXXV.
(3) Lit. grec. in Paracl., p. 403.

«La Vírgen María, añade san Bernardino de Siena, es tan realmente la Esposa de Dios Padre, que sólo El ha engendrado á su Hijo en el espíritu y en el seno de María; con los divinos ardores del Espíritu Santo de tal manera la ha abrasado, que ha podido formar de Ella y en Ella el cuerpo de su Hijo (1).»

«La Vírgen santísima es la magnificencia de Dios,» segun la hermosa expresion del mismo Santo (2); y, como dice san Juan Damasceno, «el abismo de todos los milagros, el teatro de todos los prodigios del Señor (3).»

La Iglesia nos dice por boca de uno de los más célebres Doctores de la Edad media: «Antes de nacer estaba presente á Dios; antes de existir era plenamente conocida por El. El me ha escogido antes de la fundacion del mundo para ser en presencia suya santísima é inmaculada en el amor (4).»

Despues de esto, exclama el venerable Olier, «conciba alguno, si puede, esta suprema dignidad de Esposa del Padre eterno! La divina grandeza de María es un misterio impenetrable, es un abismo de gracias. Ella es el seno universal en que Dios ha producido el mundo y la Iglesia. Ella lleva en sí toda la obra de Dios, porque engendra con Dios Padre Aquel *por el cual y para el cual todas las co-*

(1) In festo B. Mariæ, serm. VIII.
(2) Tom. I, Concil. LXI, art. VI, cap. IV.
(3) Orat. I, de Nativ.
(4) Rupertus, in Cant. Cantic., II.

sas han sido creadas, segun el oráculo de la Escritura (1).»

«De la santísima Vírgen, dice á su vez san Buenaventura de su poder y gracia procede la vida de todas las criaturas: de Ella procede todo para cada uno de nosotros, como lo proclama el Espíritu Santo: *En mí reside toda la gracia de la vida y de la verdad; en mí reside toda esperanza de vida y de fuerza* (2).»

¡Oh María, dulce Soberana, Madre de misericordia, Esposa dignísima del *Padre de las misericordias y del Dios de toda consolacion* (3)! desde la altura de la gloria donde reinais con nuestro Padre celestial, dignaos proteger siempre á vuestro humilde servidor, y concederme la gracia de veros en la eternidad.

IV.

De como, desde el principio, es la santísima Vírgen, en union de Cristo, causa de la salvacion de los Angeles y de la reprobacion de los demonios.

La Iglesia en su sagrada liturgia hace decir á la Vírgen santísima: «Cuando Dios preparaba los cielos, era yo presente;» los cielos, es decir, los Angeles. El dia mismo en que fueron creados, Ma-

(1) Vida interior de la santísima Vírgen.
(2) De Ecclesiastica Hierarcha, pars IV, cap. VII.
(3) II ad Cor., I.

ría estaba presente á los Angeles con Jesús. ¿Cómo se hizo esto?

El mundo invisible de los espíritus y el mundo visible de los cuerpos han sido creados juntos, en el mismo principio de los tiempos, como lo enseña un concilio general de Latran; esto es lo que quiere decir el primer versículo del Antiguo Testamento: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.* El cielo es el mundo de los espíritus; la tierra es el mundo de los cuerpos. Ambos fueron hechos para Jesús y para María.

Los espíritus, más conocidos con el nombre de Angeles, tenian todos por vocacion primera ser los servidores del Rey y de la Reina de la creacion, de Jesucristo y de la santísima Vírgen. Su vocacion secundaria, consecuencia de la primera, era gobernar y fecundar los elementos, mantener el órden y, por último, ayudar á los hombres, sus hermanos, á servir á su comun Dueño Jesucristo y á María su Soberana comun. Esto es lo que nos enseña el apóstol san Pablo en su Epístola admirable á los Hebreos, donde expone las profundidades del misterio de la Encarnacion. Nos enseña como Cristo, el Hombre Dios, es anterior á todos los Angeles: *No son todos estos espíritus,* dice, *ministros y servidores que tienen por mision asistir á los elegidos que recogen la herencia de salvacion* (1)? Si son, pues, los servidores de simples mortales, con mayor razon lo serán del Rey y de la Reina, que les confian esta mision tutelar.

(1) Heb. I, 14.

Desde el principio Dios les mostró el Hombre misterioso que en medio de los tiempos habia de aparecer sobre la tierra, y les mandó adorarlo como Dios, como soberano Señor, como Dueño único, como Rey eterno y como Criador de todas las cosas. *Cuando Dios*, añade san Pablo, *introdujo á su Primogénito en la creacion, dijo: Que todos sus Angeles le adoren* (1). En este Primogénito de Dios reconoce toda la antigüedad al Verbo en su humanidad. Porque en su divinidad no es el Hijo Primogénito, sino el Hijo único del Padre. Notemos bien estas palabras del Apóstol: «*Sus* Angeles.» Los Angeles, pues, son todos de Jesús, le pertenecen, le han sido dados como los rayos al sol. Para los Angeles, como para nosotros, Jesús es la puerta de la eternidad bienaventurada. «Sin Cristo, decia en el primer siglo el pastor Hermas, ningun Angel puede entrar en el reino de los cielos (2).» Y san Ignacio de Antioquía, contemporáneo tambien de los Apóstoles, declaraba «que era preciso no equivocarse: que los espíritus celestiales, áun los Angeles más elevados en gloria, serian condenados si no creian en la sangre de Cristo (3).»

Jesús, el Hijo de María, es, pues, causa de la salvacion de los Angeles; pero lo es con su bienaventurada Madre. Con Jesús, Dios les mostró á María. Con el Sol de justicia, les mostró *la Mujer*

(1) Hebr. I, 6.
(2) Lib. III, Similit. IX.
(3) Ad Smyrnæos, VI.

revestida del sol; y les mandó, no que la adorasen, sino que la veneraran, se prosternaran ante ella y la rindieran toda especie de homenajes y de alabanzas, como á la Esposa amada, como á la Madre de su Hijo, y como á la Reina del cielo y de la tierra.

Una gran parte de los Querubines, de los Serafines, de los Tronos, de las Dominaciones y de otras jerarquías angélicas creyeron y se sometieron con amor: adoraron á Jesús como al solo verdadero Dios con él Padre y el Espíritu Santo: veneraron á la santísima Vírgen y la saludaron con santos transportes. Este acto de fe, de adoracion, de amor y de religion perfecta, ha sido y es causa de su beatitud, y así desde el primer instante de la creacion la santísima Vírgen ha sido aclamada por la Corte celestial como Reina de los Angeles.

Pero, como todos sabemos, no todos los Angeles se mantuvieron fieles. La tercera parte de ellos (tomando á la letra unas palabras de la Escritura) (1) se rebeló, negándose á adorar á Jesús y á venerar á María: y detrás de Lucifer, el primero de los Serafines, todos aquellos espíritus rebeldes osaron repetir aquel grito de rabia que tanto eco ha tenido despues sobre la tierra: *Non serviam!* «¡No me someteré!»

Inmediatamente Lucifer *(ó Satán*, es decir, el *enemigo)* fué precipitado de la cima de la gloria á lo más profundo de los infiernos, y con él todos los

(1) Apoc. XII, 4.

ángeles malos, blasfemadores de Cristo y contradictores de la santísima Vírgen. Allí arden eternamente en el horror de la maldicion, y aprenden á costa suya quien es Jesús y quien es María.

Sin embargo, continúan hasta el fin de los siglos ejerciendo cierta accion sobre los diversos elementos de este mundo, que procuran derribar y destruir en odio de Jesucristo, que es el Rey, y de la santísima Vírgen, que es la Soberana. Son en medio de la creacion como detestables revolucionarios que lo ponen todo en obra para turbar la paz del reino y para sublevar secretamente contra el rey y la reina legítimos todos sus fieles vasallos. No se verán expulsados definitivamente hasta el fin de los tiempos, cuando Jesucristo vuelva para juzgar á los vivos y á los muertos.

De esta manera la Vírgen María es con Cristo causa inmediata de la gracia, de la salvacion y de la beatitud de los Angeles. Para los Angeles como para nosotros es, con su Hijo, «la Puerta del cielo,» *Janua cœli,* porque por Ella descendió toda la gracia que ha santificado y que santificará toda criatura. Ella es la Madre de todos los bienes, la Madre de la gracia y de la misericordia, la Madre de Cristo, que es la gracia increada (1)... Tambien ha recibido de Dios Padre la fecundidad original y primera para engendrar en la salud todos los elegidos y todos los Angeles: sí, todos los Angeles, puesto que desde el primer instante de su creacion

(1) D. Alb. Magn. sup. Missus.

y de su gloriosa eleccion la vieron de antemano y la saludaron como Madre de Dios. La bienaventurada Vírgen ha recibido del Padre celestial el derecho real é imperial de primacía sobre todas las criaturas (1). Como nos dice santa Brígida en sus *Revelaciones:* «Dios le ha comunicado el imperio universal del mundo, y la ha establecido eternamente como Soberana de los Angeles (2).»

Sí, la Vírgen santísima es la Reina del cielo y de los Angeles. «¿Os llamaré el cielo? dice san Agustin: no, porque estais más elevada que los cielos. ¿Os llamaré la Soberana de los Angeles? sí, ciertamente; porque lo sois bajo todos los aspectos.» María, llena de gracia, se comunica á los Angeles en toda su plenitud; les manda como Soberana omnipotente. Lo cual hacia decir á san Agustin: «El Arcángel Miguel, príncipe de la milicia celestial, os obedece en todo, oh Vírgen, así como todos los espíritus bienaventurados ministros del Señor (3).»

María es el trono viviente del Verbo hecho carne, único Señor de los Angeles y de los hombres; de esta manera por Ella los Angeles y los hombres adoran y bendicen á Jesús Nuestro Señor, siguiendo estas palabras misteriosas del Apocalipsis: *Una*

(1) S. Bern. Senens. IV, 121.
(2) Revel., cap. XX.
(3) S. Aug. apud S. Bonav., in Speculo B. M. V., III.

voz salió del trono, diciendo: Alabad y bendecid á nuestro Dios, vosotros todos que sois sus santos (1).

La santísima Vírgen, Madre de Dios, Reina del cielo, «es el gran interés de todos los siglos,» como dice magníficamente san Bernardo; Ella es con Jesucristo desde el orígen del mundo, y será durante toda la eternidad, salud de los Angeles y ruina de los demonios. Así los Angeles la aman de una manera indescriptible, y los demonios la temen y la odian con todas sus fuerzas. Imitemos á los Angeles.

V.

De cómo la creacion está hecha á imágen de la santísima Vírgen.

La santísima Vírgen es una pura criatura, como los Angeles y como los hombres; Jesús no es una criatura (esto es de fe); y el que lo dijera seria hereje. Jesús es hombre, pero no es un hombre; no hay en El personalidad humana; no hay en El más que la persona divina del Hijo de Dios hecho hombre. Entendamos bien esto.

Jesús es el Verbo eterno encarnado, y aunque haya en El, á consecuencia de su encarnacion, un alma creada y un cuerpo creado, no se convierte por esto en una criatura; su persona divina, unida

(1) S. Petr. Dam. in Nativitate B. Virg.

á esta alma y á este cuerpo, continúa siendo lo que es en sí misma: la segunda persona de la santísima Trinidad; la persona eterna del Hijo de Dios, Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Jesús es Dios, el Dios único, Criador de María y del mundo.

La Vírgen santísima es su primera criatura, su primera obra maestra, á imágen de la cual ha creado todas las demás. «En vista de María ha hecho todas las cosas,» decia san Bernardo (1). «Le ha dado el principado de la gracia y de la gloria; le ha conferido el principado de la santidad (2) al mismo tiempo que el de la soberanía. Ha querido que fuese la criatura principal, la criatura real y soberana (3).» La Vírgen María es la criatura de las criaturas. «Cristo y la bienaventurada Vírgen son la causa final de la creacion del universo,» dice Cornelio; por eso son su tipo, su idea, su forma, su ejemplar. La Vírgen ha sido la causa por la cual Dios ha creado la luz, los cielos, la mar, los rios y el resto del mundo. El órden de la naturaleza no ha sido creado é instituido sino en vista del órden de la gracia, que se resume por completo en Jesús y en María; siendo la bienaventurada Vírgen Madre de Cristo, y por consiguiente el acueducto de la gracia de Cristo, es por esto mismo la causa final y el ejemplar de toda la creacion (4).

Jesús crea á María á su imágen y semejanza.

(1) Serm. II, de Pentec.
(2) Corn. á Lap. in Prov. VIII, 22.
(3) Serm. I, in Salve Regina.
(4) In Eccli. XXIV et XXVI.

¿Qué hay en Jesucristo? La divinidad unida á un alma y á un cuerpo. Lo que Jesús tiene por naturaleza, lo da por gracia á María. En efecto, ¿qué vemos en la santísima Vírgen? Un alma y un cuerpo inmaculados en absoluto, unidos por la gracia á Dios mismo. No es la union hipostática propia sólo de Jesús, sino la union de gracia, la más íntima, la más inefable que se puede concebir despues de la union hipostática. Dios habita en María y le comunica su vida, su santidad, su fecundidad, su omnipotencia, todo lo que hay de comunicable en sus perfecciones.

Dios Padre está en Ella, Esposo celestial, eterno, infinito, unido á su Esposa santísima y comunicándole la divina fecundidad por la cual El ha engendrado eternamente á su Verbo. Dios Hijo, Cristo Jesús, está en Ella como en su dignísima Madre, que le representa en medio de la creacion á su Padre adorable. Dios Espíritu Santo está en Ella como en su santuario viviente, como en una especie de encarnacion espiritual, llenándole de todos sus dones, de todas sus gracias, de la santidad de Jesucristo y de la majestad del Padre celestial.

Así Jesús, el Hombre Dios, hace á María á su imágen; criatura única é incomparable, calcada sobre Aquel que no es criatura, sino que es el Criador; sobre Aquel de quien Ella recibe la gracia y la vida divina, y á quien Ella da la vida humana; sobre Aquel que es por sí mismo el Rey eterno de los cielos, y que por Ella se hace Rey visible de la tierra.

Sobre este modelo acabado, en quien concentra, y con razon, todas sus complacencias, Nuestro Señor Jesucristo forma toda la creacion. La forma en primer lugar, y en general, de un mundo espiritual y de un mundo material, del cielo y de la tierra, los cuales están llamados á una especie de deificacion por la gracia; es la imágen y como la prolongacion de lo que hace en la santísima Vírgen su Madre: la gracia de María es el tipo, la imágen, la fuente y el canal de toda la gracia derramada en la creacion, en los Angeles, en los hombres, y por ellos en las demás criaturas. El alma de María, hecha por Jesús á imágen de la suya adorable, es el tipo y el modelo perfectísimo de todos los espíritus, y en particular de nuestras almas; su santo cuerpo es el tipo de nuestros cuerpos y hasta de todo el mundo material.

Para hacer comprender bien este último punto, se necesitarian explicaciones que desgraciadamente la naturaleza de nuestro trabajo nos impide dar, y que no pueden ser expuestas incompletamente sin riesgo de no ser comprendidas. Seria necesario mostrar como el mundo material está hecho á imágen del cuerpo humano, porque el hombre es el rey y el jefe de este mundo material; como á su vez nuestro cuerpo está hecho á imágen del cuerpo inmaculado de María, el cual es, en el órden de las puras criaturas, la perfecta reproduccion del cuerpo divino de Jesús. Seria necesario mostrar como los seis dias de la creacion y el séptimo que los corona tienen su razon de ser en María, y de

una manera soberana en Jesús. Pero, vuelvo á repetirlo, esta hermosa exposicion nos llevaria demasiado léjos. Bástenos saber en general que todas las obras de Dios se refieren directamente á esta obra principal y fundamental, de la cual dice la Escritura: *Vuestra obra, Señor, la habeis colocado en medio de los siglos* (1). ¿Y cuál es esta obra por excelencia sino la Encarnacion, y por consecuencia la maternidad divina? ¿Cuál es esta obra sino Jesucristo, y por consecuencia la Vírgen María su Madre?

Esta obra primordial y central la hemos visto aparecer en medio de los siglos, pero para los Angeles, que no están como nosotros sometidos á las sucesiones del tiempo, esta obra ha sido un hecho actual y siempre presente desde el primer momento de su creacion, y lo será hasta el momento supremo en que el Angel de Dios, en nombre de «Aquel que está viviente en los siglos de los siglos,» proclame que desde aquel momento no habrá tiempo.

Es cierto que los primeros santos Padres, entre otros el pastor Hermas y Clemente de Alejandría, enseñan que «la Iglesia ha sido creada la primera y que el mundo ha sido creado para la Iglesia.» Dicen que siendo la Iglesia Esposa de Cristo, es fácil de comprender que sea ella la primera ante la faz del Señor. Pero esta verdad, léjos de excluir la primacía de la santísima Vírgen, no hace sino con-

(1) Habac. III, 3.

firmarla: en efecto, ¿la Vírgen santísima no es, y en grado eminentísimo, Esposa de Dios y Compañera de Cristo? Ella es la Iglesia resumida en una sola criatura; la Iglesia, es decir, la criatura santificada y deificada por su union con Cristo.

La Iglesia entera se resume en María, comienza por María, sale de María, vuelve á María. En Ella, en esta Vírgen, en esta Paloma única, la pura criatura se hace verdadera Esposa de Cristo y de Dios. El espíritu que anima la Iglesia y que une todos sus miembros es el Espíritu Santo que llena á María, y cuya expresion perfectísima es la Vírgen inmaculada. Así, refiriéndose á María más aún que á la Iglesia, dice Nuestro Señor en el Cantar de los Cantares: *Ella es única, Ella es incomparable, mi paloma, mi perfecta... mi hermana y mi esposa.*

Siendo así la santísima Vírgen la «primogénita de todas las criaturas,» como dice Cornelio, no es sorprendente que esta amada de Jesucristo haya sido tomada por tipo y por modelo perfecto de la creacion entera. La creacion es para la Iglesia; la Iglesia se personifica en la Vírgen santísima; y con María, por María y despues de María, adora á Jesucristo, su Dios y su Rey.

¡Oh Vírgen, Reina del mundo, bendecidme porque soy todo vuestro! Os pertenezco por mi misma naturaleza, por la naturaleza de mi alma y de mi cuerpo: no soy lo que soy sino por Vos, como Vos no sois lo que sois sino por Jesús. ¡Qué dulce dependencia! ¡y cuánto os amo, santísima Madre mia!

VI.

De como la obra de los tres primeros dias profetizaba á la santísima Vírgen.

Los santos Padres, iluminados con luces sobrenaturales que elevaban á un maravilloso poder las luces naturales de su genio, han aprendido en la escuela misma del Espíritu Santo á ver el misterio de Cristo y la Vírgen en todas las obras de Dios. Tomemos de sus tesoros para remediar nuestra indigencia.

El primer dia Dios creó la luz, esta obra primera tan pura, tan perfecta y tan poderosa, que contiene en sí el calor y la vida, el esplendor y la belleza de toda la creacion, esta hermosa criatura que hace el dia. Era el símbolo profético de Jesucristo, *luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo;* de Jesucristo, *luz de vida*, *Primogénito de toda criatura*, *Príncipe de las vias del Señor* (1). Jesús es la luz y María es el dia, primer fruto de esta luz primera: María es la primera despues del primero. Es la Vírgen toda pureza, el dia sin nube, la criatura llena de luz, y sin la cual no se puede comprender la luz. Jesús es para María lo que la luz es para el dia. La Iglesia tambien es el dia; pero no lo es sino despues de María y como una extension del misterio de María.

(1) Ev. Joan. I.

Dios «*separó la luz de las tinieblas*, es decir, los Angeles de los demonios,» como explica san Agustin, que declara que este es el sentido literal de las palabras sagradas (1); «es decir, añade san Buenaventura, los Angeles que continuaron fieles, de aquellos que cayeron en el pecado (2); » y podríamos añadir, considerándolo bajo un punto de vista más general, la Iglesia del mundo, los elegidos de los réprobos. Dios llama á sí á todos aquellos que reciben á Jesús, que viven de Jesús, que poseen á Jesús y que habitan en Él; llama y bendice á los hijos de la verdad, á los hijos de la luz, y á su cabeza á la santísima Vírgen María, que es su Madre y su atmósfera luminosa. Él rechaza y arroja á los abismos de las tinieblas exteriores á los hijos de las tinieblas, es decir, á los ángeles rebeldes y á los hombres pecadores que en seguimiento del príncipe de las tinieblas, del soberbio Lucifer, pierden juntamente con la gracia de Jesucristo la luz vivificante del verdadero dia.

El segundo dia creó el Señor las aguas, y las dividió, como habia hecho con la luz y las tinieblas, en aguas superiores y aguas inferiores. Continúa el misterio de eleccion y de reprobacion. *Hizo*, dice la Escritura, *un firmamento*, es decir, una fuerza todopoderosa, *y le llamó cielo*. Este cielo encerraba la parte superior de las aguas, y lo exponia así á los beneficios de la luz y de la vida del dia primero.

(1) Apud Corn. á Lap. in Genes. I.
(2) Speculi, III.

Esto es lo que hace la santísima Vírgen para con todos los Angeles fieles y para con todos los servidores de Jesús: los eleva, los sobrenaturaliza y los hace celestiales en la gracia de su Hijo. Ella misma es el cielo de Jesús, como dice san Juan Damasceno, y Jesús es el cielo de los cielos. «La Vírgen es el cielo sobre la tierra, el cielo viviente, el cielo más elevado que los cielos, más vasto que toda la creacion; el cielo que nadie habita más que el divino Arquitecto que ha creado el cielo y la tierra (1).» Con María seamos todos de los cielos, bien desligados de la tierra, y no nos dejemos arrastrar por el demonio á esos estados inferiores y despreciables, á esos vergonzosos abismos donde se precipitan ciegamente los demonios y los pecadores impenitentes.

La Vírgen santísima, firmamento de la Iglesia, es, como dice la Escritura, *el cielo donde Dios reside;* en Ella encontramos á Jesús, la virtud del Altísimo, la fuerza de nuestras almas. María nos da á Jesús, hace de nosotros cielos, y nos lleva en su seno maternal.

La obra del tercer dia nos figura á María de una manera más palpable aún. Dios juntó en un lugar todas las aguas que estaban bajo el cielo, y llamó *Mar*, en latin *Maria,* esta reunion de aguas.

En las santas Escrituras no hay palabra ociosa. Si cada sílaba encubre un misterio, ¡cuánto más no lo encubrirá cada nombre dado por el Señor mis-

(1) Orat. II, in dormitionem B. M. V.

mo! Entre el nombre que en la lengua sagrada de la Iglesia da Dios al Oceano, y el nombre que recibirá un dia la bienaventurada Vírgen, existe una misteriosa relacion que no se ha escapado á los santos Padres. Nos muestran en la inmensidad del mar, insondable é inconmensurable aunque no infinito, una hermosa profecía y una gran imágen de la santísima Vírgen.

«María, dice san Buenaventura, es como un mar inmenso, á causa de la superabundancia y afluencia de gracias que Dios ha derramado sobre Ella. De Ella hablan los Libros santos cuando dicen: *Todos los rios entran en el mar*. Los rios son las efusiones y las gracias del Espíritu Santo. Todos los rios entran en el mar, es decir, todas las gracias de todos los Santos se hallan derramadas sobre María. El rio de la gracia de los Angeles entra por completo en María. El rio de la gracia de los Profetas y de los Patriarcas entra en María. Y el rio de la gracia de los Apóstoles, y el rio de la gracia de los Mártires, y el rio de la gracia de los Confesores y de las Vírgenes entra tambien en María. Todas las gracias sin excepcion entran en esta Vírgen bienaventurada, que puede decir tambien con el Texto sagrado: *En mí se encuentra reunida toda la gracia del camino y de la verdad; en mí reside toda esperanza de vida y de virtud.* ¿Hay algo de sorprendente en que toda gracia venga á afluir en María, por quien el Autor de todas las gracias se ha extendido sobre todas las criaturas? Esto es lo que hacia exclamar á san Agustin: «Llena sois de gra-

cias, María, y esta gracia que habeis encontrado al lado del Señor habeis tenido el honor de extenderla sobre el mundo entero (1).»

San Bernardo, despues de otros varios Doctores, aplica á la santísima Vírgen este pasaje del libro de la Sabiduría: *Estoy establecida en la plenitud de los Santos.* «Con justo título, dice, se halla establecida en la plenitud de los Santos Aquella á quien no ha faltado ni la fe de los Patriarcas, ni el espíritu de los Profetas, ni el celo de los Apóstoles, ni la constancia de los Mártires, ni la penitencia de los Confesores, ni la castidad de las Vírgenes, ni la pureza de los Angeles.» Todas las gracias de los Santos las ha recibido la Vírgen en su alma bienaventurada, donde Dios las ha juntado, como juntó las aguas en el mar. Así «la teología enseña que todo lo que ha sido acordado por el Señor á cualquier Santo, lejos de haber sido negado á la santa Madre de Dios, le ha sido, por el contrario, dado en una medida eminentísima (2).»

San Bernardino de Siena, hablando de este oceano de la gracia de María, dice que «la Madre de Jesús es la Santa de las Santas, como Jesús es el Santo de los Santos (3).»

«No solamente, añade san Buenaventura, se halla establecida en la plenitud de los Santos, sino que además conserva á los Santos en la plenitud de

(1) Specul., III.
(2) Corn. á Lap., in Ecclesiasticum, XXIV, 16.
(3) Tom. III, serm. II, art. III, cap. I.

su gracia : conserva sus virtudes é impide su huida ; guarda y preserva sus méritos ; y por otro lado, contiene á los demonios y les impide el hacer mal ; y por último, contiene el brazo de su Hijo, pronto á herir á los pecadores (1).»

De esta manera la gracia de María es el oceano de la gracia, la gracia universal de los Angeles y de los Santos en toda su plenitud.

María es el oceano del mundo espiritual. El beato Alberto el Magno, discípulo inmediato de santo Domingo y maestro de santo Tomás de Aquino, dice que «la reunion de todas las gracias se llama María, como la reunion de todas las aguas ha sido llamada Mar, *Maria* (2).» San Antonino de Florencia dice á su vez que «Dios juntó todas las gracias de los Santos en un solo lugar, es decir, en el alma de la Vírgen, como en un oceano de gracias, y lo llamó María. Y así como el mar no se desborda nunca, por más que todas las aguas de los rios afluyan á su seno ; de la misma manera la bienaventurada Vírgen María, aunque llena de los torrentes de gracias de todos los elegidos, no ha sentido jamás los desbordamientos del orgullo, ni las menores elevaciones de la vanagloria (3).» Este oceano de Dios es tranquilo ; nadie ha sondeado su profundidad ; nadie lo conocerá jamás en toda su extension. — La Iglesia es igualmente el oceano de la

(1) Specul , vii.
(2) Bibliæ B. M. V. tom. i, pág. 485.
(3) Biblioth. Virginalis, tom. ii, pág 486, 516.

gracia y de la vida, pero despues de la santísima Vírgen y bajo su dependencia, con Ella, por Ella, como hemos ya indicado.

San Buenaventura añade con este motivo dos pensamientos tan profundos como prácticos. Se inspira el uno en estas palabras de los Libros santos: *¡Ruja el mar en toda su plenitud!* «¡Ruja, pues, el oceano de la gracia, dice este admirable servidor de Jesús! ¡Eleve la Vírgen su poderosa voz! Levántese contra la lujuria, proponiéndonos la castidad y repitiéndonos: *No he conocido hombre*. Que se levante contra el orgullo, enseñándonos la humildad, y que nos diga: *Yo soy la esclava del Señor*. Que se levante contra la ingratitud haciéndonos oir su cántico de accion de gracias: *Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo en Dios mi Salvador*.»

El otro pensamiento del Doctor Seráfico se lo suministra este versículo del salmo: *¡Conmuévase el mar, conmuévase en toda su extension!* «María, dice, es el mar de que habla aquí el Rey Profeta. ¡Ah! ¡Que este mar se conmueva! ¡Que María se conmueva hasta el fondo de sus entrañas! Sí, que se conmueva oyendo nuestros suspiros, viendo los justos castigos que nos hieren! ¡Que se conmueva con nuestras lágrimas; que se enternezca con nuestras oraciones y con nuestras limosnas, y con todos los homenajes que la tributamos! ¡Que se conmueva tanto que nos veamos inundados por la plenitud de su gracia! Cuando un vaso está lleno hasta los bordes, fácilmente se desborda y derrama su licor: así

la Vírgen llena de gracias, conmovida, enternecida por nuestras lágrimas, deja desbordarse sobre nosotros las bendiciones de que se halla colmada (1).»

«La bienaventurada Vírgen es un abismo de gracias, un oceano inagotable de alegría, un oceano espiritual que la lengua de los hombres y de los Santos es igualmente incapaz de ensalzar (2).»

«¿Qué podré, pues, añadir gran Soberana mia? Cuando quiero contemplar la inmensidad de vuestra gracia y de vuestra gloria bienaventurada, me pierdo y quedo sin voz. ¡Oh María santísima, más santa que los Santos, y santísimo tesoro de toda santidad (3)!»

VII.

De como los astros nos predican incesantemente el celestial misterio de Jesús y Maria.

Entre todas las demás, la obra del cuarto dia de la creacion esta destinada á simbolizar y á predicar á los hombres el misterio de Cristo, de la Vírgen y de la Iglesia. Puede decirse que es la fe misma quien nos lo enseña; porque san Pablo, en su Epístola á los Romanos, nos dice que «los cielos que

(1) Specul., VII.

(2) S. Joan. Damasc. orat. II, de Assumptione; S. Epiphan., de Laud. Virg.

(3) S. Anselm., de Excellentia Virg.; S. Andreas Cretens. de Dormitione Deiparæ.

anuncian la gloria de Dios» son los Apóstoles de Cristo. Su voz ha hecho penetrar la luz del Evangelio en el mundo entero, como los astros extienden la luz material.

Y esto no es una simple comparacion, y menos aún una concepcion vana ó poética: es la realidad de un hermoso símbolo, divinamente establecido para elevar nuestros espíritus á las bellezas invisibles por las bellezas visibles, como lo prueba la tradicion. En efecto, desde san Teófilo, sexto sucesor de san Pedro en la Silla de Antioquía, hasta san Atanasio el Sinaita, patriarca tambien de Antioquía, que en el siglo VII escribió páginas sublimes sobre la obra de los seis dias, los santos Padres han enseñado que el sol, la luna y las estrellas han sido creados para simbolizar á Cristo, la Iglesia, los Santos, etc. Si han hablado menos explícitamente de la Vírgen María, es en primer lugar por la *ley del secreto* y el riesgo de la idolatría; despues, porque el misterio de la santísima Vírgen forma un solo misterio con el de la Iglesia, de la que María es el corazon, el centro y el tipo ideal. Todo lo que han dicho de la Iglesia puede y debe ser entendido en grado eminente de María; así como lo que dicen de María puede y debe decirse de la Iglesia, guardando las debidas proporciones.

El cuarto dia el Señor puebla su hermoso cielo de esos astros espléndidos que han de iluminar y vivificar la tierra. El cuarto dia de la humanidad, cuatro mil años despues de la creacion del hombre, aparece en medio del mundo el Sol de la justicia

eterna, el Rey de los cielos, el Astro viviente de la verdadera luz. Jesús ha dicho: *Yo soy la Luz del mundo. Yo, la Luz, he venido al mundo* (1). Dijo tambien: *Yo soy la Verdad y la Vida* (2).

El sol es símbolo pálido de Jesucristo. «¿Qué significa el sol, se pregunta el Doctor Seráfico (3), sino Cristo?» Jesús es Sol que ilumina la inteligencia, segun este oráculo del Profeta: *Para vosotros todos los que reverenciais mi nombre, se levantará el Sol de justicia* (4).

Así como toda la luz creada el primer dia se encuentra como reunida y como incorporada en el sol que la derrama sobre nosotros para alumbrarnos, para vivificarnos, para darnos color y llenarnos de alegría; de la misma manera el Verbo eterno, la Luz infinita, la Verdad divina, se encarna y se hace hombre en Jesucristo para iluminar todo el mundo de las almas, para vivificarlo y regenerarlo, para fecundarlo, consolarlo y beatificarlo. Jesús se hace hombre en la cuarta edad del mundo: por esto con el Padre y con el Espíritu Santo ha creado el sol el cuarto dia, ni antes ni despues.

En union del sol se nos aparece el astro de la noche, la luna, mucho más próxima á nosotros, luminosa solamente por reflejo; iluminándonos, es cierto, pero nada más que por reflexion.

(1) Ev. Joan. XII, 46.
(2) Id. XIV, 6.
(3) Speculum B. M. V., XI.
(4) Malach. IV, 2.

La luna es el símbolo profético de la Vírgen santísima y de la Iglesia: toda la tradicion está unánime sobre este punto, y de María dice la Escritura en el Cantar de los Cantares: *¿Quién es esa que se adelanta como la aurora, bella como la luna, espléndida como el sol* (1)? El misterio de María depende totalmente del misterio de Jesús, como en el firmamento la luz de la luna depende totalmente de la luz del sol. El predicarnos, el recordarnos la Vírgen María es la primera mision de ese astro tan dulce y tan puro que en el cielo visible es reproduccion del sol; así como en el cielo invisible, en el cielo viviente, María es una reproduccion de Jesús.

«La Vírgen María es bella como la luna en la luminosa fecundidad de su virginidad. Toda la belleza de la luna consiste en la luz que recibe del sol. ¡Oh! ¡qué luna tan radiante y espléndida fué María cuando recibió, cuando concibió en su seno al Sol eterno! Ella es aquella luna en cuya plenitud reposó el Esposo de la Iglesia, del cual estaba escrito: *En el dia de la luna llena volverá á su habitacion.* La Vírgen bienaventurada fué la luna llena y perfecta que saludó el Arcángel, diciendo: *Dios te salve, llena de gracia* (2).»

Tambien Ella es celestial, como Jesús, y se eleva sobre la tierra; luminosa y bella, pero únicamente por la gracia proveniente de Jesucristo, sin mérito alguno de su parte, por puro amor y misericordia.

(1) Joan. VI, 9.
(2) Spec., XIII.

Ella está revestida del Sol, dice tambien la sagrada Escritura hablando de la Vírgen bienaventurada; *Ella está revestida del Sol* (1), es decir, de Jesucristo y de todas sus gracias.

«¡Oh Vírgen! exclama san Bernardo y repite san Buenaventura, sois la expresion perfectísima del verdadero Sol! En medio de los millares de astros vivientes que brillan ante la faz de Dios, resplandeceis radiante con un brillo celeste y virginal ante el que todos palidecen (2).»

Finalmente, con el sol y la luna aparecen en el cuarto dia todas las estrellas del firmamento. El firmamento es la Iglesia universal de Cristo, tanto en el cielo como sobre la tierra; la Iglesia es toda para el cielo, para la eternidad, y áun aquí bajo es celestial, aunque viajando sobre este mundo. Se compone de Angeles y de Santos, es decir de espíritus y de hombres fieles á Jesús y María. Los Angeles y los Santos forman ahora y formarán eternamente la corte celestial del Rey del cielo y de la Reina del cielo.

¡Quiera Dios que un dia podamos todos formar parte de esta corte bienaventurada! ¡podamos un dia contarnos en el número de esos millones de estrellas que formarán la corona de la Vírgen María en la eternidad! Esas estrellas, como nos lo hace notar san Bernardo (3), reciben de la Vírgen santí-

(1) Apoc. XII, 1.
(2) Speculum B. M. V. XI.
(3) In Dominica infra Octavam Assumptionis.

sima todo su brillo: en efecto, ¿cómo podrian añadir nuevo lustre á Aquella que está ya revestida del sol?

Las estrellas figuran los Angeles y los Santos (1): se nos aparecen como el glorioso cortejo de los grandes astros de la luz. Entre las estrellas hay unas que centellean; hay otras cuya luz está siempre tranquila: ¿no nos representan las primeras los Angeles, mientras que las segundas nos representan más especialmente los Santos? «Las estrellas fijas son los Santos, dice el docto Cornelio, que copia con este motivo magníficos pasajes de san Agustin. Los Santos toman su luz de Cristo como de su sol. Viven siempre en los cielos; su conversacion habitual es con Jesús y con los Angeles.

«Las estrellas son más grandes que la tierra, y sin embargo nos parecen muy pequeñas á causa de su distancia y elevacion; cuanto más altas son, más pequeñas parecen. De la misma manera los Santos, cuanto más santos son, son más humildes.»

«Las estrellas, decia san Agustin, nos enseñan tambien la paciencia; ¿qué cosas no se dicen de ellas? ¿Se turban? No por cierto; continúan pacíficamente su curso. ¿Y por qué? Porque están fijas en el cielo. Siguiendo su ejemplo, el cristiano que en medio de una raza perversa posee en sí el Verbo de Dios, es como un astro que brilla en el cielo.» Dejemos decir, dejemos hacer á los enemigos de nuestra fe, como la luna deja ladrar á los perros,

(1) Speculum B M. V., xi.

como las estrellas dejan gritar á los chicos en las calles. «Si nuestros corazones se hallan firmemente ligados á las realidades celestiales, sacarémos fácilmente la paciencia del pensamiento de la eternidad. Aquel que pierde la santa paciencia es una estrella que cae del cielo (1).»

Las estrellas, pues, son un hermoso símbolo de los Santos y de los Angeles: hay estrellas más brillantes las unas que las otras, como hay Angeles y Santos más elevados los unos que los otros en gracia y en gloria.

El azul del cielo, en cuyo seno contemplamos todos los astros, ha sido tambien creado para que tengamos siempre presente el misterio inconmensurable de la Vírgen María: esta Vírgen bienaventurada lleva en el azul de su seno maternal á Jesucristo, Sol de las almas; á la Iglesia, Esposa de Cristo, encargada por El de alumbrarnos durante la noche de este mundo, y á todos los Santos y á todos los Angeles, que no se santifican sino participando de la gracia de María.

Segun san Juan Damasceno, «el Señor, que desde el principio habia creado el firmamento, ha hecho de la Vírgen santísima un firmamento, un cielo sobre la tierra; y ese cielo de la tierra lleva, más aún que el otro, el sello de la Divinidad; porque Aquel mismo que creó el sol en medio del firmamento, ha querido, verdadero Sol de justicia, le-

(1) Psal. XCIII.

vantarse en ese cielo amado, que es la Vírgen, su Madre (1).»

El seráfico Doctor san Buenaventura nos confirma esto cuando dice con aquella su hermosa doctrina llena de uncion y de luz: «La Vírgen celestial tiene por símbolo el cielo; nada más puro que el cielo, nada más sublime, nada más bello, nada más universal, nada más vivo, nada más perfecto. De la misma manera nada hay más puro y más casto que la gloriosísima Vírgen, predestinada eternamente para ser un dia el cielo en que Dios encarnándose vaya á residir, segun las palabras de los Libros santos: *Mi trono es el cielo.* María es toda pureza en el seno de su madre; es más pura aún cuando aparece en el mundo, y es purísima y santísima ahora que resplandece en los cielos.

«Nada hay más sublime que la Vírgen María, elevada sobre las cosas terrestres y viviendo por completo de la vida celestial, segun las palabras sagradas: *Habito en lo más alto de los cielos.* Nada más bello, nada más espléndido que esta Vírgen bendita, la más admirable de las criaturas. De ella está escrito: *Su belleza es como la inmensidad del cielo.* Nada hay más universal: su bondad innata no se niega á nadie; se derrama y extiende sobre todas las criaturas; únicamente no sienten sus beneficios los que rechazan su vivificante luz (1).» Tal es María, el cielo de Jesucristo.

(1) Orat. de Nativ.
(2) De Ecclesias. Hierar. pars. III, cap. VII.

Y así *los cielos relatan la gloria de Dios y el firmamento canta las maravillas de sus manos* (1): la gloria de Dios, es decir, el misterio de Jesucristo, de su Madre y de su Iglesia; las maravillas de sus manos, es decir, la humanidad santa de Jesús, la gloriosa Vírgen, primera maravilla de las manos de Jesús, y todos los Angeles y todos los Santos que con Jesús y María son y serán los habitantes de los cielos.

¡Qué elocuente predicador es el firmamento! Nos cuenta sin cesar el secreto de nuestra existencia y de nuestro eterno destino: nos grita sin cesar los nombres sagrados y mil veces benditos de Jesús y de María.

¡Pueda yo, oh dulce Criador mio, escuchar siempre las grandes palabras del firmamento! ¡Pueda siempre pensar en mi Señor Jesucristo y en la santísima Vírgen, todas las veces que contemple los cielos!

VIII.

De como la tierra es un hermoso símbolo de la santísima Vírgen.

«En el libro del Eclesiástico se encuentra el siguiente pasaje: *¿Quién ha medido jamás la altura del cielo, la extension de la tierra, la profundidad del mar?* Ya lo hemos visto: el cielo es María, que abun-

(1) Psalm. XVIII.

dando en pureza y en luces celestiales es el trono sublime del Señor. La mar tambien es María, cuya bondad y misericordia son un abismo insondable: y por eso esta Vírgen dulcísima impetra incesantemente para nosotros la infinita misericordia de su Hijo, realizando el oráculo sagrado: *El abismo llama al abismo.*

«Pero la tierra es tambien María, que ha dado al mundo el fruto bendito del cual dijo el Profeta: *La tierra ha dado su fruto.* ¿Quién ha podido jamás medir la extension de esta tierra? ¿Quién ha podido jamás medir la inmensidad del misterio de María, sino únicamente Aquel que la ha hecho tan sublime, vasta y profunda, no solamente en gracia y en gloria, sino tambien en misericordia (1)?»

La tierra, que nos sustenta y que todo lo sustenta aquí bajo, no es una criatura menos misteriosa que el cielo y que la luz. ¿Qué es la sustancia de la tierra? ¿Qué es esta criatura de Dios que engendra las piedras, las aguas, las flores, las plantas; que todo lo nutre con un jugo maravilloso y desconocido; que sustenta á todos los séres vivientes? Su interior está lleno de un fuego del que nada puede dar idea. El sol la ilumina, la vivifica, la fecunda, sin que ella jamás se agote.

Tal es la santísima Vírgen, que Dios ha querido simbolizar al crear la tierra. La sustancia de María es un misterio: está «edificada con la gracia, hecha con la gracia,» segun la explicacion del texto ori-

(1) S. Bonav. Spec. v.

ginal del Evangelio, en la salutacion angélica. Su carne era inmaculada como la de Jesús; su alma más celestial y más maravillosa que el espíritu del Serafin más elevado en gloria. Su interior está lleno del Espíritu Santo, de las llamas eternas y divinas del Dios de amor. Solo Jesús es su luz y su vida. El Padre celestial le comunica su divina é inagotable fecundidad. Es Madre de Dios, Madre de la Iglesia, sea en el cielo sea sobre la tierra; es la Madre y la Reina universal.

Sí, la tierra, pura aún de toda mancha y resplandeciente con su maravillosa belleza, ha tenido la honra de ser creada para representar á la santísima Vírgen que un dia habia de habitar en ella. Estaba adornada de mil bellezas á cual más admirables, símbolos de todas las gracias, de todas las virtudes de María. En uno de sus hermosos éxtasis, decia santa Brígida á la santísima Vírgen: «Vuestras obras pudieran compararse á los árboles cargados de flores y de frutos; vuestro amor debia producir, con que llenar de júbilo á Dios y sus Ángeles, más mil veces que con los vivos colores de todas las flores y con el sabor de todos los frutos. Al crear la tierra, Dios os tenia presente, oh Vírgen sagrada, y contemplaba en Vos gracias más abundantes que todas las riquezas que iba á derramar en toda la variedad de plantas, flores, árboles, frutos, piedras preciosas, perlas, metales y de todas las bellas criaturas que forman el ornamento del universo (1).»

(1) In Serm. Angel. v.—*Idem,* Corn. á Lap. in Prov. c. VIII, v. 22.

Este era tambien el pensamiento del Doctor seráfico. «La tierra, dice, es un hermoso símbolo de María, segun se halla escrito en el profeta Isaías: *Que la tierra abra su seno, y brote el Salvador*. ¿Qué más humilde que la tierra y qué más esencial? Está bajo los piés de todas las criaturas, y mantiene la vida de todas. De la misma manera: ¿hay nada más humilde y más esencial que la santísima Vírgen? Su humildad la colocaba en lugar ínfimo, y sin embargo, á su fecundidad y á la plenitud de su gracia lo debemos todo. Así san Bernardo decia «que nos es necesario honrar en gran manera «á María en quien ha depositado el Señor la ple- «nitud de todo bien: de manera que debemos referir «á María, como á su verdadera fuente, todo lo que «hay en nosotros de esperanza, gracia y salvacion.» De ella, de María, está escrito en el Eclesiastes: *El Señor ha mirado amorosamente á la tierra y la ha llenado de sus bienes*.

«San Jerónimo, hablando de esta plenitud de la verdadera tierra, que es María, decia: «Convenia «que la Vírgen fuese así colmada de todos estos «dones, para que estuviese verdaderamente *llena «de gracias,* Ella que ha dado á los cielos su gloria, «á la tierra su Dios; Ella que ha devuelto la paz al «mundo, la fe y la vida á las naciones (1).» Así, para el primer hombre, la tierra vírgen fué una espléndida imágen y una profecía universal de la Vírgen, Madre del Hombre Dios.

El Evangelio nos dice que el *árbol se ha de juz-*

(1) S. Bonav. Speculi, VII.

gar por el fruto. Lo mismo acontece con la tierra: su riqueza, su excelencia, se juzgan por sus maravillosos productos.

La santísima Vírgen es la tierra bendita que ha producido el fruto por excelencia, el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, Jesucristo Nuestro Señor. La excelencia infinita de Jesús es, pues, la medida de la grandeza y excelencia de María. «Teniendo en cuenta la sublimidad de su bendito Hijo, y el bendito fruto de sus entrañas, juzgad, dice san Buenaventura, juzgad si la Vírgen santísima habrá sido bendecida divinamente. ¡Ah! ¡justamente bendita es la tierra que produce tan bendito fruto! *Habeis bendecido vuestra tierra, Señor,* exclamaba el Salmista. Esta tierra de Dios es María, de quien el Rey-Profeta añade: *De la tierra ha brotado la Verdad.* La Verdad es Cristo que dijo: *Yo soy la Verdad y la Vida.* ¡Bendita sois, Vírgen María, porque bendito es Jesús, fruto de vuestro vientre (1)!»

Isaac, imágen del Padre celestial, al bendecir á Jacob, imágen de Cristo, que le presentaba su madre Rebeca, imágen de María, dice á su Hijo: *El olor de tus ropas es como olor de un campo lleno al que bendijo el Señor.* «Este campo, añade el Doctor Seráfico, es la Vírgen María, en quien encontramos el tesoro de los Angeles, más aún, todo el tesoro de Dios Padre. ¡Bienaventurado aquel que vende todo lo que posee para adquirir este campo! El perfume de este campo fértil es la plenitud de

(1) Spec. xv.

a grandeza y excelencia de María... Así, pues, ha podido decir el Padre celestial: Hé aquí el perfume de mi Hijo Jesús; la excelencia de mi Hijo es la excelencia de su Madre. Juzguemos con san Jerónimo de la grandeza de la Vírgen Madre, por la grandeza de Aquel que ha nacido de ella (1).»

Pero juzguémosla tambien por la excelencia de todos los demás frutos que lleva en el seno maternal de su gracia; quiero decir, la Iglesia, con todos los Querubines y todos los Angeles; con todos los Patriarcas y todos los Profetas; con todos los Apóstoles, todos los Mártires y todos los Santos, desde el principio hasta el fin del mundo. María es la tierra de los Santos; todos tienen su raíz en el misterio de su maternidad divina, como todos los árboles y flores la tienen en el seno de la tierra: todos están en ella, todos están en la Madre de Jesús, así como todos los metales y piedras preciosas están en la tierra y pertenecen á la tierra. Ella sostiene á todos los vivientes, como la tierra á todos los séres animados. Todas sus riquezas las guarda la tierra para el hombre. María nos posee para Jesús. Así, pues, nosotros tambien somos la gloria de María, y la santidad de la Iglesia universal es un reflejo de la santidad de su Reina y de su Madre.

Aun hoy en dia, á pesar de los parciales desórdenes de que el pecado la ha cubierto como con un velo de tristeza, la tierra representa á la santísima Vírgen: la tierra es quien nos sustenta, quien

(1) Spec. VII.

sustenta la Iglesia, quien sustenta la Eucaristía, así como María sustenta á Jesús, á la Iglesia y á cada uno de sus miembros.

Los pecadores son mancha y motivo de tristeza para la santísima Vírgen, así como los fieles y las cosas santas su ornamento y alegría, el objeto de sus maternales complacencias. Seamos para nuestra tierra, para María, flores hermosas de delicioso aroma, frutos excelentes llenos de jugo y de sabor divino, piedras preciosas, oro y plata. Y que jamás tenga que sustentar esta Madre santísima cosa alguna que repugne á su corazon inmaculado. ¡Oh! ¡con cuánta alegría sustenta esta Vírgen santísima á los cristianos fervientes, á los niños puros, á los jóvenes castos, á los buenos sacerdotes, á los misioneros, á los verdaderos religiosos, á las vírgenes consagradas al Señor, á los pecadores convertidos! ¡Con cuánta alegría sustenta á los Pastores de los pueblos, á los Obispos, y sobre todo, al Vicario de su Hijo, al Papa, Jefe de la Iglesia! Por el contrario, ¡con qué religioso horror se ve obligada á sustentar por algun tiempo á los malos cristianos, á los sacerdotes indignos, á los cismáticos, á los herejes, á los blasfemos, á los impúdicos, á los enemigos de Jesús, á los perseguidores de la Iglesia santa!

Sea, pues, que la contemplemos en su belleza original, sea que se la considere en su estado de dolorosa decadencia, la tierra se nos aparece como el gran símbolo de la Vírgen María. En otro sentido, es tambien símbolo de la Iglesia.

Que no se imagine nadie, vuelvo á repetir, que estas sean comparaciones, semejanzas más ó menos ingeniosas, símbolos encontrados *a posteriori*. No; Dios ha organizado así las cosas, para anunciar y profetizar el augusto misterio de Cristo y de su Madre, y para hacerlo mejor comprender. Jesús y María, Cristo y la Iglesia, se encuentran en toda la historia del mundo, *porque* el mundo ha sido hecho para ellos: el mundo se les parece, como un retrato se parece al original. Todas estas imágenes son luces de la fe y no vanos juegos de imaginacion.

Así lo han entendido los santos Padres, es decir, aquellos hombres que unieron á las más preciosas cualidades de la naturaleza los más ricos dones de la gracia; los hombres más profundos, más sabios, más esclarecidos, más soberanamente razonables, al mismo tiempo que los más puros y los más perfectos. ¿Quién osará desdeñar las luces y las concepciones de un san Ambrosio, de un san Agustin, de un san Jerónimo, de un san Juan Crisóstomo, de un Orígenes, de un san Bernardo, de un santo Tomás de Aquino, de un san Buenaventura? La sublimidad de su ingenio y la poesía de su alma no tenian igual sino en la solidez de su doctrina y de su ciencia. Nos hacemos discípulos suyos para hablar aquí de la santísima Vírgen y descubrirla en las divinas Escrituras.

Sí, en su santa escuela, ó por mejor decir, en la vuestra, oh Jesús, Sabiduría eterna encarnada en el seno de María, ingresamos, y en ella queremos

continuar siempre, para comprender bien lo que es para nosotros vuestra santa Madre. Al crear la tierra y al darla su maravillosa fecundidad, habeis querido proponernos incesantemente la Imágen de esta Vírgen fecunda, de esta Madre universal, por la que nos llegan todos los dones, sea en el órden de la naturaleza, sea en el de la gracia y de la gloria. «Cristo, dice san Jerónimo, ha decretado que todos los dones de su munificencia nos lleguen por mano de María (1);» y el seráfico Bernardino de Siena repetia la misma verdad tan profunda como dulce al corazon: «Ninguna criatura ha obtenido jamás de Dios una gracia cualquiera, sino por dispensa misericordiosa de la Vírgen su Madre (2).»

¡Oh María, tierra de Jesús, tierra viviente de los vivos, dignaos llevarme hasta el fin en el seno de vuestro amor, á pesar de mi indignidad para aspirar á tanta dicha! ¡Oh Madre de Jesús, alimentadme con el fuego de la divina gracia; llenadme del Espíritu Santo que el Salvador os ha dado para nosotros; haced reverdecer en mí tantas hojas secas, tantas flores marchitas y moribundas! ¡Hacedme llegar, como á pesar mio, á la estacion de los frutos, á la bienaventurada eternidad, donde los Angeles, segadores y jornaleros de vuestro divino Hijo, recojan en los graneros del Padre celestial todos los granos en sazon y dignos de El!

(1) Hom. de Zona.
(2) Serm. LXI.

IX.

De como la santísima Vírgen está figurada y profetizada con Jesucristo en el paraiso terrenal.

En la creacion y en la formacion de Adan Dios ha figurado á su santa Esposa, á la Madre de su único Hijo. Para hacer á Adan, Dios toma un poco de tierra vírgen, la endurece y le da la forma, la figura de la futura humanidad de Cristo, que para El está ya presente, como dice Tertuliano: la anima con su soplo y le da simultáneamente el alma, que hace de él un hombre con razon, y el Espíritu Santo que le hace Hijo de Dios y como el Dios visible de este mundo. Símbolo magnífico del misterio de la Encarnacion, en que Dios Padre forma de la sustancia misma de la Vírgen santísima el cuerpo de su Hijo, y en que el Espíritu Santo, el Espíritu creador, forma en el seno de María lo que primitivamente y de una manera figurada y profética habia formado cuando quiso dar al mundo su primer rey, su primer pontífice. «El primer Adan, dice san Andrés Cretense, fué formado de una tierra vírgen é inmaculada, como Cristo fué formado de la inmaculada Vírgen María.» San Agustin añade: «El primer hombre provenia de la tierra y del cielo, el segundo del cielo y de la tierra. Aquel que proviene del cielo y de la tierra, Jesús, es de Dios y de María; el que proviene de la tierra y del

cielo, Adan, es de la tierra y del Espíritu Santo. El uno y el otro son hijos de una madre vírgen. Adan salió de una tierra sin mancha; Cristo, de una Vírgen sin pecado (1).»

Y de esta manera, «el Hijo único de Dios y consustancial al Padre ha tomado la sustancia de esta Vírgen, de esta tierra completamente pura, para formarse El mismo su humanidad (2).»

Mas si la fe nos enseña que Jesús ha nacido de la Vírgen María, igualmente nos enseña que María lo debe todo á Jesús, que es su Criador y Señor. Este doble misterio ha sido figurado por la divina Providencia, en primer lugar, en la formacion del primer hombre que acabamos de decir, despues en la formacion de la primera mujer, que fué hecha, como todos saben, de la sustancia misma de Adan. — Un niño chino de cinco años, bautizado gracias á los desvelos de la *Obra de la santa Infancia*, respondia á un Obispo misionero que le interrogaba acerca del misterio de la Encarnacion: «El Señor del cielo ha creado á la Vírgen María, y despues la Vírgen María se ha convertido en Madre del Señor del cielo.»

Para que comprendamos bien la union extraordinaria que hay entre el Hombre por excelencia y la Mujer por excelencia, entre Jesús y María, nos dice Dios en el Génesis estas palabras, extrañas en apariencia, pero en realidad llenas de misterio:

(1) Serm. XXXIV, in Natali Domini, XXIV.
(2) S. J. Damasc., hom. II, in dormitionem B. M. V.

Dios creó al hombre á su imágen y semejanza, y le hizo hombre y mujer (1). El sentido inmediato de este pasaje considera á Adan y Eva indivisiblemente unidos por la voluntad santa de Dios; pero no menos directamente se refiere al verdadero Adan y á la verdadera Eva. En efecto, nunca debemos separar, en la contemplacion del gran misterio de la fe, que es Jesucristo, el Hijo de la Madre, el Hombre Dios de la Vírgen Madre de Dios; jamás hemos de separar á Jesús de María. *Que el hombre,* dice el Evangelio, *no separe lo que Dios ha unido.*

Despues, para mostrarnos que esta union no es una igualdad, sino que la santísima Vírgen, por soberana que sea, no existe más que por Jesucristo y toma de El sólo lo que tiene, añade inmediatamente la santa Escritura que la mujer fué milagrosamente formada de la sustancia misma del primer hombre Adan, rey del paraíso terrenal y de toda la tierra. *Hagamos á Adan,* dice el Señor, *una compañera á él semejante* (2). Y tomó el Señor una costilla de Adan y formó de ella la mujer.

Adan era imágen y profética figura de Jesucristo, verdadero Hombre, verdadero Hijo de Dios, verdadero Rey de todas las criaturas; y Eva, la esposa vírgen, reina de las criaturas, madre de los vivos, compañera del hombre, era imágen y figura profética de María, compañera inseparable de Jesús en los grandes misterios de la Encarnacion, de la Redencion y de la gracia. María es la compañe-

(1) Genes. I, 27.
(2) Ibid. II, 18.

ra de Jesús, no igual á El, sino semejante; es su compañera en la soberanía de la tierra y de los cielos, pero compañera asociada por puro amor á todas sus grandezas, á las cuales no tiene por sí misma ningun derecho. Adan y Eva son inocentes en el paraíso terrenal: Jesús en medio del paraíso de su Iglesia es todo inocencia, y María es toda inmaculada.

La creacion del primer hombre y de la primera mujer, del padre y de la madre de toda la humanidad, está destinada á hacernos comprender el gran misterio de la primogenitura universal de Cristo y de la santísima Vírgen. En el órden terreno Adan es el primero, Eva es la primera despues de él: en el órden celeste, en que todos los tiempos están presentes al Señor y en que el primero no es el más antiguo, sino el más elevado en gracia y el principio de la gracia de los demás, el primogénito de toda criatura es Jesús, es la Sabiduría encarnada, como ya hemos dicho. Jesús aparece inmediatamente despues de Dios creador; inmediatamente despues de Jesús aparece la Vírgen inmaculada, Madre de Jesús; despues de la Sabiduría encarnada, la Madre y el asiento de esta divina Sabiduría; ó por mejor decir, al mismo tiempo que Jesús aparece María, porque son inseparables y «dos en una carne,» no siendo la carne de Cristo sino como la germinacion y prolongacion de la inmaculada de María, y la carne de María como la raíz y el gérmen bendito de la adorable de Jesús.

Oh Jesús, Dios mio, que os habeis hecho mi hermano, os adoro en vuestro hermoso paraíso, que es el seno de vuestro Padre Eterno, despues el seno inmaculado de vuestra Madre; os adoro en el paraíso terrestre de vuestra Iglesia, donde residís por la divina Eucaristía; en el paraíso interior de mi alma, que es para Vos un escondido cielo donde habitais en la union de vuestra gracia. Al adoraros venero y saludo con religioso amor á la Madre y Reina de mi alma, á la verdadera Eva, por quien he nacido á la vida verdadera. Sí, «os saludo Vírgen santísima, que habeis sido predestinada para Madre de Dios. Os saludo á Vos, que en el pensamiento de Dios, y con preferencia á todas las demás criaturas, habeis sido escogida antes de los siglos para ser la divina produccion de la tierra, la habitacion del Fuego celestial, la imágen sacratísima y viva representacion del Espíritu Santo, la Fuente de Agua viva, el paraíso del Arbol de la vida, la rama por excelencia de la divina Cepa, de la que manan el néctar viviente y la verdadera ambrosía, el caudaloso rio de los aromas del Espiritu Santo, la tierra del Trigo de los elegidos, la rosa resplandeciente de virginidad y embalsamada con los perfumes de la gracia, el lirio inmaculado con que se adorna el Rey de los reyes, la oveja sagrada de la que nace el cordero de Dios, cordero que borra los pecados del mundo! Vos sois la Madre de nuestra salvacion; estais más elevada que todas las potencias angélicas; Vos sois, María, la

servidora y la Madre del Señor (1).» Estas magníficas palabras de san Juan Damasceno compendian toda la tradicion de las Iglesias del Oriente sobre el misterio de la santísima Vírgen.

Tal es el profundo sentido de las palabras del Génesis relativas á la creacion de Adan y Eva: todo habla de Jesucristo y de su bienaventurada Madre. Tal era el Eden, el paraíso de delicias donde Dios quiso formar y colocar á Adan.

El Eden simbolizaba á esta Vírgen sagrada, verdadero paraíso de delicias, colocado por completo en la gracia y en la paz de Dios, del centro del cual brotaba el agua de la vida que se derrama sobre toda la creacion para fecundizarla y santificarla; que produce el fruto de la vida, Jesucristo Nuestro Señor, y que el Querubin con la espada de fuego conservará completamente inmaculado, sin que el demonio y el pecado puedan introducirse jamás.

Los Santos Padres lo han explicado ya: «En hebreo, Eden significa tierra vírgen, dice san Juan Crisóstomo. Esta tierra vírgen era figura de la Vírgen María. De la misma manera que el Eden germinó y produjo sin ninguna especie de cultivo toda clase de flores y frutos, así tambien la bienaventurada Vírgen concibió milagrosamente y nos dió á Cristo. ¿Me preguntaréis acaso como una Vírgen ha podido concebir y parir continuando vírgen? os preguntaré á mi vez: ¿cómo la tierra

(1) Hom. III, in dormitionem B. M. V.

vírgen del Eden ha podido hacerse fecunda y producir sus árboles maravillosos (1)?»

«Oh Vírgen Madre de Dios, Madre de toda belleza, ¿á quién os compararé? Sois verdaderamente el paraíso de Dios; habeis producido y dado al mundo el Arbol de la vida: el que de él se alimente vivirá eternamente. El Rio de vida que ha salido del seno del Padre, brotó de vuestro seno virginal para derramarse sobre la árida tierra, para alegrar á la ciudad de Dios. Hay aquí algo más que el primer paraíso; porque aquel que bebia de las aguas del Eden tenia aún sed, mientras que aquel que bebe en las fuentes de Cristo la verá satisfecha para siempre. ¡Oh, qué gracia habeis traido al mundo al extender sobre él esta agua viva que conduce á la vida eterna!» Así habla san Bernardo (2).

El paraíso terrenal nos habla continuamente de Jesucristo y de la santísima Vírgen. Segun santo Tomás, Adan y Eva por la revelacion conocieron explícitamente y desde el primer instante de su sentencia el misterio futuro de Jesús y María. «El hombre, en el estado de inocencia, dice el santo Doctor, conoció explícitamente el misterio de la Encarnacion de Cristo, no como mediador de redencion, puesto que no tenia conocimiento de su próxima caida, sino como mediador de salvacion y como camino para llegar á la gloria eterna (3).»

(1) De Mutatione nominum, II.
(2) Ad B. V. Deiparam sermo panegyricus.
(3) Sum. Theol. II, 2.ª q. II, art. 7.

¡Qué perfectas debian ser las adoraciones que aquellos dos puros corazones elevaban á la majestad de Cristo, que se les presentaba al mismo tiempo como su Dios y como su hijo! ¡Qué amor, qué respeto, qué santas efusiones, qué humildes ruegos, qué perfecta religion hácia aquella Vírgen incomparable, Reina tambien y al mismo tiempo hija suya, y á la que veian sublimada á la inefable dignidad de Esposa de Dios, de Madre de Dios y de Soberana universal de los Angeles y de los hombres!

La veian como manantial de la vida de su alma, como Madre de su salud: «porque ninguna gracia ha descendido de los cielos á los hombres sino por la Vírgen santísima. En efecto, es ella, es María, la que por toda la eternidad ha recibido de Dios el privilegio único de ser la dispensadora de las gracias celestiales, como ella misma lo afirma por boca del Profeta: *Por toda la eternidad he recibido de Dios este ministerio* (1).» «Por Vos, oh Vírgen inmaculada, exclama san Efren; sí, por Vos han descendido y descenderán sobre los hombres toda gracia, toda gloria y toda santidad. Desde nuestro primer padre, desde Adan, hasta la consumacion de los siglos, todos sin excepcion han recibido de Vos la gracia: los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, todos los Santos, todos aquellos que son dulces y humildes de corazon. ¡Todas las criaturas se regocijan en Vos, Vírgen llena de gracia (2)!»

(1) S. Bern. Senens. Tom. IV, pág 129.
(2) Tom. III, pág. 532.

Y así Adan y Eva en el Éden eran la profecía viviente de Jesucristo y de la Vírgen María. Hacian aquí bajo lo que los Angeles en el cielo. Adoraban al verdadero Dios, y le adoraban, rogaban y bendecian en la humanidad de Jesús. Nuestra vocacion sobre la tierra es hacer como ellos. ¡Que la Vírgen santísima nos conceda la gracia de continuar fieles hasta el último suspiro!

X.

La Vírgen santísima y el pecado original.

En los designios de Dios, Adan y Eva debian extender sobre la tierra toda la raza humana santa é inocente; debian con los hombres multiplicar por todas partes, hasta la venida de Cristo y de su Madre, la figura profética de este Señor mil veces bendito y de la santísima Vírgen. Cada hijo de Adan estaba destinado, como Adan mismo, á figurar y á profetizar al Hombre Dios; cada hija, cada mujer debia, como Eva, figurar y profetizar á la Vírgen Madre: inmensa profecía humana que debia unir al primer Adan con el segundo, á Eva con María.

El pecado vino á oscurecer este hermoso cuadro, aunque sin destruirlo; porque no está en el poder de los hombres ni de los demonios el destruir los planes de Dios. Satanás consiguió hacer pecar á Adan y Eva, por orgullo y por curiosidad; pero en

seguida la misericordia vino á suplir la inocencia perdida: y el Hijo eterno de Dios, que cuarenta siglos más tarde debia encarnar y aparecer sobre la tierra, se dignó mostrarse á los dos culpables arrepentidos, en medio del paraíso terrenal, en la forma humana que un dia habia de tomar, «preparándose, como dice Tertuliano, en una carne que aún no habia nacido, á la gran obra futura de su verdadera Encarnacion.»

Una antigua tradicion refiere que ambos estaban escondidos en la gruta de la Agonía, en Gethsemaní; y todo nos induce á creer que el pecado original fué cometido en el mismo lugar de la crucifixion, en el Calvario. Nuestro Señor recibió con amor y compasion la confesion de Adan y Eva; les concedió la absolucion y les perdonó su desobediencia; y, encargándose El mismo de la expiacion, les asoció á ella dándoles la austera penitencia que todos conocemos. Dijo á Adan: *Maldita será la tierra bajo los esfuerzos de tu trabajo; espinas y abrojos te producirá; con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste tomado; porque polvo eres y en polvo te convertirás*. Y dijo á Eva: *Multiplicaré tus sufrimientos; con dolor parirás los hijos, estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre tí*. Por último dijo á Satanás: *Te arrastrarás sobre la tierra y te alimentarás de barro; enemistades pondré entre tí y la mujer; ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás en vano asechanzas á su calcañar* (1).

(1) Genes. III.

Tal fué la triple sentencia pronunciada por el Juez Salvador, por Cristo Jesús. Está llena de misterios, se realiza sin interrupcion hasta el presente, y se realizará hasta la consumacion de los siglos.

El Hijo de Dios, Cristo Rey de la gloria, tomó sobre sí, junto con Adan, la sentencia pronunciada contra éste. Señor del hombre y del mundo, el Hijo del hombre se dignó, únicamente por amor por la gloria de su Padre y por nuestra salvacion, constituirse desde aquel momento en Víctima expiatoria, y por consiguiente en Salvador del mundo; consintió, por borrar el pecado del hombre penitente, en descender, vivir y trabajar sobre una tierra maldita, cuya ingratitud y esterilidad veia de antemano; por amor á nosotros aceptó los abrojos y espinas que desde entonces reemplazaron á las blancas flores de la inocencia perdida; por fin, aceptó la muerte, El, Cristo Dios, El, la Vida eterna. ¡Oh Jesús, qué prodigio de amor!

Pero, entiéndase bien, que si Nuestro Señor se hizo Redentor y Víctima, fué principalmente por aquella hija de Adan que El predestinaba para ser un dia Madre suya, por la santísima Vírgen. Salvó á la humanidad ante todo por María. Si pasando los tiempos no hubiera de producir el mundo la planta bendita de la que había de nacer la flor del cielo, el Verbo encarnado, principio y fin de la creacion, el pecado hubiera destruido la creacion culpable. « Despues del pecado de nuestros primeros padres, dice san Bernardino de Siena, el mundo entero merecia no solamente el castigo de la muer-

te, sino hasta el de la exterminacion y el de la reduccion á la nada. Pero de ello le ha preservado el amor de la Vírgen incomparable. Por el religioso respeto que de antemano profesaba el Señor á su Madre, por el inefable amor que por Ella tenia, perdonó primero á Adan y Eva, despues á su pecadora descendencia. Dios veia á la Vírgen María en la carne de Adan, de la que un dia habia de nacer. El primer hombre y la primera mujer eran lejanos padres de María: y de María, únicamente de María, habia de nacer el Hijo eterno de Dios, Jesucristo, que de esta manera está sustancialmente en gérmen en el cuerpo de Adan. El Padre de las misericordias perdona á los dos primeros pecadores, no los anonada, por la Vírgen bienaventurada, en cuyo seno iba á tomar carne mortal Cristo Dios (1).» «Por este modo, añade otro Santo, nuestro Criador en su sabiduría y clemencia infinitas no ha destruido el rosal roto; antes bien lo ha enderezado milagrosamente, y ha encontrado medio de formar del viejo Adan el Adan nuevo (2), de transformar Eva en María; Eva era la espina, María es la rosa.»

La tradicion une muy á menudo á Eva, la vírgen pecadora, madre de los pecadores, con María, Vírgen inmaculada, verdadera Madre de los vivientes, es decir, de los elegidos. El gran mártir

(1) S. Bern. Senens, tom. IV, p. 129 et 29.

(2) Dominica infra Octav. Assumptionis. *Idem*, Sermo de Beata Maria Virgine.

de Lion san Ireneo, contemporáneo casi de los Apóstoles, nos dice que «la Vírgen María se ha hecho para sí misma y para todo el género humano causa de su salvacion, como Eva fué para sí misma y para todo el género humano causa de la muerte (1).» Y añade san Agustin: «Por la mujer entró el mal en el mundo: por la mujer entró el bien. Por Eva caímos: pero nos levantamos por María. Por Eva fuimos convertidos en esclavos; por María nos hacemos libres. Eva nos quitó la eternidad bienaventurada; María nos la ha devuelto. Eva nos perdió por el fruto del árbol: María nos ha salvado por el fruto del árbol, por Cristo, que por nuestro amor fué clavado en una cruz (2).»

Y esta salvacion la santísima Vírgen «ha hecho que la beneficiase el mundo de antemano, desde el primer momento de la caida y del perdon. Desde entonces, Madre de misericordia, dulce refugio de los pecadores, habeis socorrido á todos los que han implorado vuestra proteccion; y así justamente sois proclamada digna de bendicion sobre todas las criaturas (3).»

La tierra de Adan, donde el Redentor habia de descender un dia por María, fué maldita á causa del pecado. Sin embargo, sobre esta tierra maldita y en medio del ingrato trabajo que Jesús se dignaba asumir sobre sí, resérvase como consuelo para

(1) Contra hæres., lib. I, cap. XXXIII.
(2) Serm. XXXIV, in Natali Domini, XXVI
(3) S. Anselm., de Excell. V, c. XII.

su santidad una tierra bendita, un nuevo paraíso terrenal que le sirviese como lugar de refugio en sus sufrimientos. Esta tierra santa é inmaculada es la Vírgen María. Es «el huerto cercado» queda á Jesús olorosas flores y frutos deliciosos de gracia. Es mil veces más bendita que la otra tierra ha sido maldita... Sí, mil veces bendita, dice otro discípulo de san Bernardo, es la tierra vírgen que con el trabajo del Redentor produce para el mundo entero la fruta de la vida y la remision de los pecados! Fecundada únicamente por el rocío del cielo, por el Espíritu del Padre celestial, germina y de ella brota el Salvador: da á los pobres mortales el Pan de los Angeles, el alimento de la vida eterna. Porque era tierra vírgen, parecia infecunda; pero este desierto, por el fruto que habia de producir, era un paraíso de felicidad y el jardin de delicias del Señor; de este prado oloroso el Padre celestial haria un día salir para enviarlo al mundo el Cordero dominador de la tierra: de esta Vírgen santa é inviolable debia nacer Cristo, el Santo, el Inviolable (1).

Por otra parte, Eva unida á Adan en su pecado y en su penitencia, representa desde entonces á la santísima é inmaculada Vírgen unida al Cristo Salvador, al nuevo Adan, y siguiéndole con poderoso amor en las humillaciones de la Redencion. Segun el plan primitivo, la Madre del Verbo hecho carne debia estar en medio del mundo como una Reina coronada de gloria; el amor redentor le despojaba

(1) Guarric. abbl, serm. II, de Annuntiatione.

ahora, no de su santidad y grandeza, sino del brillo de esta grandeza y de esta santidad.

Para expiar el orgullo, Jesús y María se sometian á la oscuridad, á la humillacion, á los anonadamientos, á los insultos, á los peores desprecios, y esto hasta el fin de los tiempos. Para expiar la curiosidad y el amor á los falsos bienes, Jesús y María se sometian á la pobreza y á todas las privaciones de la indigencia. Para expiar la sensualidad y la rebelion de la carne, Jesús y María, los Reyes del mundo, aceptaban el sufrimiento, castigo de la carne, la muerte, la horrible muerte, castigo supremo del pecado... Pero el mundo se habia salvado, y la gloria de Dios, objeto final de la Creacion y de la Encarnacion, salia intacta del espantoso naufragio.

Revestidos con la misteriosa túnica de pieles que Dios Salvador les dió, y que simbolizaba el estado de víctima al que se someteria el Redentor venidero, Adan y Eva, penitentes perdonados, adoraron de nuevo con humilde fe, dulce confianza y grandísimo amor, primero al Padre celestial, tan misericordioso; despues á Jesús, su Mediador de religion y redencion; y por último al Espíritu Santo, al Espíritu de gracia, que les habia sido devuelto; dieron gracias humildemente á su co-redentora la Vírgen María, tambien víctima voluntaria de su salvacion; por María dieron gracias dignamente á Jesús, y por Jesús á Dios Padre.

En el estado de penitencia como en el de inocencia, el Espíritu santificador de Jesucristo fué la

vida de su alma, les unió interiormente por la fe á Cristo, manantial de vida, y por medio de Cristo al Padre. Este mismo Espíritu Santo es el que, recibido en todos los siglos por los hombres de buena voluntad, ha hecho y hará hasta el fin los miembros de Cristo, los elegidos de Dios, dándoles la gracia santificante, la fe en Jesús, la caridad, el amor á la santísima Vírgen, la humildad, la penitencia, la santidad.

La tierra desolada se hizo y es aún símbolo de María, anonadada por nuestro amor; como la tierra, la Vírgen santísima nos lleva á nosotros pecadores, única causa de sus dolores y humillaciones. Y sobre esta misma tierra todos los cristianos penitentes son la viva imágen del Hombre por excelencia, de la gran Víctima, de Jesucristo, Penitente universal; así como todas las mujeres cristianas, en los dolores del parto y en todos los demás dolores, son vivas imágenes de la Mujer enemiga del pecado, y sin embargo víctima de él.

En cuanto á los pecadores propiamente dichos, es decir, los hijos de Adan que no quieren la redencion del Hijo divino de María, son en la tierra imágen del demonio; se arrastran aquí bajo sin elevarse jamás á los cielos; se alimentan de barro; no aman, no disfrutan más que con las cosas terrenas é impuras. Son hombres demonios, Hijos de Satanás: *tienen por padre al demonio,* como dice el Evangelio (1). Cuanto más pecamos más nos pare-

(1) Ev. Joan. VIII, 44.

cemos á Satanás, más nos parecemos al demonio y causamos más horror á Jesús crucificado y glorificado, verdadero Rey del mundo, así como á la santísima Vírgen que es, á pesar de Satan, legítima Soberana de los hombres y de la tierra.

Todos tenemos, en calidad de cristianos y de hijos de María, la hermosa mision de combatir el demonio bajo todas sus formas, á combatir el pecado y los pecadores. ¡Ayudadnos, Vírgen María, y hacednos triunfar en este combate! ¡Ayudadnos, Madre de los vivientes, para que nunca caigamos en la muerte, para que siempre perseveremos en la vida, esto es, en Jesús, vuestro Hijo y nuestro dulce Salvador, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos!

XI.

La Virgen santísima y la serpiente del Eden.

La serpiente de que nos habla el Génesis era Lucifer, el Arcángel caido, el gran Serafin, jefe de todos los espíritus. Adan era sobre la tierra lo que Lucifer debia ser en los cielos: el jefe de los servidores de Cristo, el primero de los fieles. En lugar de ayudar á Adan á conocer, amar y servir á su divino Dueño, el Arcángel caido le tentó y le arrastró con él á la rebelion. Para esto se sirvió de Eva.

La Escritura le llama «serpiente,» sea porque se presentase ante Eva bajo la forma graciosa y seductora de una magnífica serpiente, como creen casi todos los intérpretes, sea porque el seductor estaba lleno de astucia y perfidia. Lucifer y la serpiente, cuya forma tomó, fueron malditos, y hace poco recordábamos las palabras mismas del Señor, pronunciando la temible sentencia en el paraíso terrenal. *Enemistades pondré*, dijo, *entre tí y la mujer, entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza.*

Esta mujer es la bienaventurada Vírgen María, hija de Adan y Eva en el órden de la naturaleza, y en el de la gracia hija y esposa de Dios. Su linaje, su descendencia es su Hijo único Jesucristo, y en Jesús todos los cristianos. La serpiente es el diablo, y los hijos del demonio son los infieles y todos los impíos (1). La Vírgen santísima, primero por sí misma, luego por Jesús, despues por la Iglesia, quebranta la cabeza de la serpiente. La quebranta por su concepcion inmaculada, por la perfeccion de su santidad, por su triunfo total sobre el pecado y sobre la muerte. La quebranta por Jesús, que es el vencedor todopoderoso de Satán, del pecado y del mundo. La quebranta por la Iglesia, es decir, por todos los miembros fieles de Jesús, que no quieren tener nada comun con el demonio, y que, salvo los desfallecimientos de la fragilidad

(1) Corn. á Lap., in Genes., III.

humana, viven en Dios, en Jesucristo, en la imitacion de la santísima Vírgen.

San Juan Crisóstomo pone en paralelo á Cristo con Adan, á María con Eva, al Angel Gabriel con Lucifer, el Angel caido. «La muerte, dice, viene de Adan; la vida viene de Cristo. Eva se dejó seducir por la serpiente: María se ha dejado persuadir por el Angel; pero la seduccion de Eva trajo la muerte, mientras que el asentimiento de María ha dado al mundo al Salvador. Lo que habia muerto por Eva ha sido restaurado por María; lo que Adan habia reducido á la cautividad Cristo lo ha rescatado; las esperanzas que el demonio habia arrebatado las trae del cielo el santo Angel Gabriel (1).»

San Agustin hace los mismos paralelos y expone los mismos misterios. Nos muestra como «el primer hombre cayó á consecuencia de la infidelidad de una vírgen, y como el nuevo hombre, Jesucristo, ha rescatado el mundo á causa del consentimiento de una vírgen. Por la mujer introdujo el diablo la muerte, por la mujer introdujo el Señor la vida. Un ángel rebelde sedujo á Eva; un Angel fiel habló á María. Por creer en las palabras de Lucifer Eva perdió á su esposo: creyendo en las palabras de Gabriel, María preparó en su seno inmaculado una habitacion digna del Hijo de Dios y recibió por Hijo al que era su Señor. La palabra perdió á Eva, la palabra santificó á María y reparó la caida primera. La mujer fué el principio del pe-

(1) Apud Corn. á Lap., in Genes., III.

cado, y por ella morimos todos; la mujer es el principio de la fe, y por esta mujer bendita hemos sido restablecidos en la vida que no conoce la muerte (1).»

La santísima Vírgen es «la Mujer» profetizada en el Génesis. Es la mujer por excelencia enemiga irreconciliable de Satanás y del pecado, la mujer que por su santidad inmaculada y por su maternidad divina debe aplastar la cabeza de la serpiente y dar al mundo su Libertador.

«Esta victoria ha sido reservada á María; y Satanás, el insensato por excelencia, el jefe de la locura en el universo, despojado de su sabiduría y de su gloria, aplastado por los piés de María, se halla reducido á la vergüenza de la esclavitud. Sí, hé aquí la Mujer prometida por el Señor, que debia quebrantar bajo sus piés la cabeza de la antigua serpiente (2).»

Recordábamos en un capítulo precedente que la caida de Lucifer habia tenido por causa el negarse á adorar la humanidad de Cristo y reverenciar la soberanía de la Vírgen María. Hay que notar que esta rebelion tuvo por objeto inmediato la santísima Vírgen, en su cualidad de pura criatura; y este es el sentido directo del oráculo del Génesis: *Enemistades pondre entre tí y la mujer.* Lo que hizo revelarse á Satanás y á sus ángeles, lo que les preci-

(1) Serm. XXVIII, in Natali Domini, XIX.

(2) S. Bern., hom. II, super Missus est.—*Idem*, Dominica infra oct. Assumpt.

pitó en el abismo del pecado y de la condenacion, lo que fué su piedra de toque, fué en primer lugar la mujer predestinada á ser Madre del Señor, y por lo tanto Soberana de los Angeles y de los hombres. Así, en la sentencia del Eden, la santísima Vírgen es presentada á Lucifer como su inmediato adversario, como aquella que triunfará de él; es «la mujer que aplastará tu cabeza,» y si se añade que un odio irreconciliable reinará «entre el linaje de la mujer y el de la serpiente,» es sólo en segundo término; la lucha inmediata tuvo lugar entre la mujer y la serpiente, entre María y Satanás. San Miguel y todos los Angeles fieles combatian por María, al lado de María y con María. Veian á Jesús en María; y defendiéndola, defendian la causa de su divino Rey.

San Juan en el Apocalipsis nos expone el mismo misterio operado desde el principio en el cielo, continuándose y manifestándose sobre la tierra al través de los siglos, pero únicamente consumado al fin de los tiempos. *Un gran prodigio ha aparecido en el cielo: la Mujer revestida del sol, teniendo la luna bajo sus piés, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas... Y el Dragon se levantó contra la Mujer que habia de parir, á fin de devorar al Hijo en cuanto apareciese sobre el mundo. Y ella parió un Hijo que debia reinar como dueño sobre todos los pueblos de la tierra; y este Hijo fué elevado hasta Dios y hasta su trono. Y se trabó un gran combate en el cielo. Miguel y los Angeles luchaban contra el Dragon y sus ángeles. Y estos fueron vencidos y precipitados de*

los cielos. Este gran Dragon, la antigua serpiente, que se ha llamado el Diablo y Satanás, que seduce al universo entero, fué expulsado y fué arrojado á la tierra con sus ángeles (1).

Estas santas palabras no necesitan comentario. La Mujer del Apocalipsis es la Mujer del Génesis, es «la Mujer bendita entre todas las mujeres,» saludada humildemente por el Arcángel Gabriel el dia de la Encarnacion. Es la Vírgen María, el gran prodigio de Dios, cuyo Hijo único ha recibido todo el poder en el cielo y en la tierra. Es la Madre de Aquel cuya humanidad santa, unida hipostáticamente á la divinidad, se ha elevado hasta la gloria de Dios mismo, sentándose á su diestra sobre el trono de su majestad. Es la Vírgen inmaculada, revestida del sol, es decir, de Cristo, el Santo de los santos. «En vos, dice san Bernardo, en vos habita el Sol, Cristo; y Vos, oh María, habitais en El. Sois su vestidura, El es la vuestra; le revestís de la sustancia de vuestra carne, y El os reviste de la gloria de su majestad. Escondeis el sol bajo la nube, y El en cambio os reviste de su esplendor (2).»

La mujer del Génesis y del Apocalipsis es María, y con ella y en ella toda la Iglesia, que no es otra cosa que la expansion del misterio de la santísima Vírgen; porque, dice san Ambrosio, «la santísima Vírgen es Madre de la Iglesia únicamente porque

(1) Apoc. XII.
(2) Dominica infra Oct. Assumpt.

es Madre del Jefe y del Autor de la Iglesia (1).» ¿Hemos de extrañarnos de que Satanás busque el medio de morder el talon de Aquella á quien mira como su adversario por excelencia?

«¡Regocíjate, regocíjate, Adan, por causa de María, Madre de Dios! Para perderte, la serpiente se valió de una mujer: tú la perderás y aplastarás su cabeza por ministerio de una mujer. En el Eden, una mujer y un árbol fueron el principio de la decadencia: ahora, por una mujer y por un árbol ha sido rehabilitado. La mujer que Dios habia formado con sus propias manos te engañó y te perdió: hé aquí otra mujer, hé aquí la hija de Joaquin y Ana, que vírgen y madre va á dar á luz al vencedor de la muerte, al triunfador del tirano que á todos nos ha reducido á la esclavitud. El árbol que nos perdió halagaba á los sentidos, deleitaba la mirada, y su fruto parecia dulce y sabroso: el árbol de la cruz que nos salva es un leño duro y árido; pero aplastará la serpiente, y devolverá á los habitantes todos de la tierra el fruto de la vida eterna (2).»

Acudamos á la santísima Vírgen en todas nuestras tentaciones, en todas nuestras luchas contra la antigua serpiente; si nuestro primer padre se perdió por Eva, nosotros, sus hijos regenerados, nos salvarémos por María; y así como Satanás se

(1) Apud Corn. á Lap., in Apoc. XII

(2) In appendice ad opera S. Joan. Damasc., serm. in Conceptionem Deiparæ

dirigió á Eva para hacer pecar al hombre, nosotros, para no pecar, recurrirémos siempre á vos, oh Vírgen María, Madre de Dios concebida sin pecado!

XII.

La santísima Vírgen y Abel.

Además de estas figuras generales y, por decirlo así, universales de la Vírgen santísima, la sagrada Escritura nos presenta algunas figuras particulares del gran misterio de María. Tomarémos las más notables y las expondrémos brevemente. Los escritos de los Padres de la Iglesia están llenos de magníficos pasajes sobre estas profecías en accion.

La primera que señalarémos despues de la caida original, es Eva ante Caín y Abel; Abel, á quien la Iglesia llama «el justo» (1) y que coloca al nivel de Abraham, padre de los fieles, y de Melquisedec, el rey-pontífice, gran sacerdote de Dios altísimo, y uno de los más sublimes y misteriosos personajes de la religion antigua.

Abel, hijo querido de Adan y Eva, ofrecia con amor al Señor su Dios un sacrificio purísimo: era el símbolo y la profecía del verdadero Abel, hijo amado de Dios y de María, que ofrecia desde aquel

(1) Canon Missæ.— Ad Hebr., v et seq.

momento, por mano de su servidor Abel, el sacrificio de adoracion, de accion de gracias, de suplicaciones y de expiacion. Cierto que el sacrificio de Abel no era más que un sacrificio de víctimas sin valor, como lo fueron despues todos los del templo; pero este sacrificio sacaba un precio admirable de aquel al cual representaba y en el que la vida misma del Cordero de Dios, inmolado desde el principio del mundo, debia ser ofrecido á Dios para la salvacion de todos los hombres.

Abel nació despues de Caín, y éste mató á Abel: Jesús debia nacer de la Vírgen despues de haber nacido el hombre pecador, Adan, convertido en Caín, en matador deicida de su hermano, el Hombre-Dios.

Caín representaba tambien al primer Israel, al pueblo deicida; como Caín lleva el pueblo judío escrito sobre su frente el signo de la reprobacion; y errante sobre la tierra, desesperado, enemigo de todos, impenitente, no puede morir.

Eva, ante el inanimado cuerpo de su Abel, es la Vírgen María, Madre de los dolores, llorando á la vez la muerte de su hijo Jesús y el pecado, la verdadera muerte de todos los hombres y en particular de los hijos de Israel, que son, antes que los demás, su familia y su pueblo. La primera madre de los dolores profetizaba la segunda: la madre de Abel profetizaba la Madre de Jesús, Madre de todos. ¡Pobre Caín, que no imploró el perdon de su padre por medio de su madre! ¡Pobres judios, y en general, pobres pecadores! ¡acudid á la Vírgen santísima; Ella os perdonará la muerte de su

Hijo; Ella obtendrá de Dios, de vuestro Padre que está en los cielos, el perdon sin el cual sois perdidos!

Nosotros los fieles serémos para Vos, Madre santísima, lo que Seth fué para Eva; Seth, bueno y santo, fué dado á su madre para que ocupara el lugar de Abel; y nosotros tambien, santísima Vírgen María, os hemos sido dados por hijos en el Calvario en la persona de san Juan. No olvideis nunca el testamento de vuestro Abel crucificado, de vuestro Hijo espirante. *¡Mujer, hé ahí á tu hijo!* En cuanto á nosotros, llevamos grabado con caracteres de fuego en el fondo de nuestros corazones bautizados las palabras que nos dan irrevocablemente á Vos: «¡Hé ahí á tu Madre!»

Eva es tambien nuestra madre; mas con toda la diferencia que hay entre la naturaleza y la gracia, entre la vida humana y la divina; y además hemos de añadir que con esta vida humana y natural nos transmite el veneno del pecado: de tal suerte que más bien nos hace nacer á la muerte que á la vida.

Despues del pecado original, Eva fué llamada por Adan «madre de los vivientes.» Era una profecía y una palabra de esperanza: únicamente la Vírgen María debia realizar aquel hermoso nombre. «María, dice san Epifanio, es la Madre de los vivientes, la Madre de aquellos que viven no solamente con la vida temporal, sino tambien con la espiritual y eterna (1).» Si el hijo de Eva, Seth,

(1) Apud Corn. á Lap., in Genes. III

padre del género humano despues de Abraham, fué justificado como Abel, y como él vivió en la gracia de su Dios, tomó esta felicidad, no de la maternidad de Eva, sino de la de María.

«Eva, dice san Agustin, tiene la gloria de haber dado nacimiento á todos los pueblos de la tierra; pero María tiene la gloria, incomparablemente más grande, de haber dado nacimiento á Cristo, Hijo de Dios vivo. Eva es la madre del género humano: María es la Madre de salvacion. Por Eva vivimos, por María reinamos. Eva nos da al mundo, María nos eleva al cielo. Y para resumir en una palabra todo este misterio, diré que María estaba ya presente en Eva, y que más tarde Eva fué rehabilitada por María (1).»

Alégrate, pues, madre de todas las madres, ¡oh pobre Eva! Desde ahora tus hijos no nacerán ya para morir, sino para vivir con vida inmortal. Y vosotros tambien, Abel y Seth, prorumpid en cánticos de gozo; hé aquí que el Altísimo prepara su tabernáculo y viene á bendecir la tierra que habia maldecido (2).

La Vírgen santísima es tambien verdadera Madre nuestra; y nuestro corazon, unido al de Jesús, la ama con religioso amor.

(1) Serm. XXXIV, in Natali Domini, XXVI.
(2) Appendix ad opera S. J. Damasc., in Conceptionem Deiparæ.

XIII.

La Vírgen santísima y el arca del diluvio.

Los hijos de Adan se multiplicaban; todos eran llamados, pero pocos elegidos, porque pocos eran los que continuaban fieles á la ley de la penitencia y á la union con Jesús y María. El soberano pontificado de la verdadera religion se transmitia de generacion en generacion al primogénito de la gran familia humana, y el patriarca Noé era, como dice la Escritura, «el octavo depositario de la Religion,» es decir, el octavo Soberano Pontífice despues de Adan.

El pontificado de Noé fué testigo del primer gran acto universal de la justicia de Dios contra el pecado: por el agua castigó en un principio Dios al mundo prevaricador. La segunda expiacion debia hacerse por la sangre, sobre el Calvario: la tercera se hará por el fuego al fin del mundo.

Las aguas del diluvio, cuya caida fué milagrosa, digan lo que quieran nuestros pretendidos sabios modernos, cubrieron la superficie de la tierra y destruyeron la humanidad pecadora, excepto Noé, su esposa y sus hijos. Dios les salvó de la pérdida comun por medio de una arca inmensa, impenetrable al agua, y construida con infinito arte, siguiendo las instrucciones mismas del Señor y sus Angeles.

Esta arca de salvacion era imágen de la santísima Vírgen María, única preservada de las aguas mortales del pecado en medio de los hijos de Adan. Recibe en su casto seno al verdadero Noé, al verdadero Pontífice de la religion divina, Jesucristo, único que salvará la raza humana; con Jesús y por Jesús, la Vírgen santísima recibe en el seno inmaculado de su amor á la Iglesia, esposa inmaculada de Jesús, y por consiguiente, á todos los hijos que la Iglesia da á Jesús. La Vírgen María es la salvacion del mundo, porque da al mundo á su Salvador. Jesús dirá un dia: *Yo soy la resurreccion y la vida* (1): la Vírgen santísima es la madre de la resurreccion y de la vida.

Unicamente fueron preservados de las aguas del diluvio aquellos que entraron en el arca y continuaron en ella: únicamente escapan al torrente de las pasiones, á la muerte del pecado y á la condenacion eterna, aquellos que buscan un asilo en el amor de la Vírgen santísima, salvacion de los débiles, refugio de los pecadores, y que por María llegan á Jesús, único Salvador.

San Bernardo explica largamente todas las analogías que existen entre el arca del diluvio y la santísima Vírgen. «El arca de Noé, dice, simbolizaba el arca de salvacion, es, decir, María, llena de gracia. Por el arca de Noé todos sus habitantes se salvaron del diluvio; por María los hombres se salvan del naufragio del pecado. Noé construyó su arca

(1) Joan. XI, 25.

para librarse de las aguas del diluvio: Cristo, que es nuestra paz y reposo, se preparó él mismo esta Vírgen sagrada, á fin de redimir el género humano. Solamente ocho personas se salvaron en el arca: en María todos los hombres están llamados á la vida eterna. El arca fué construida de madera cuidadosamente trabajada: la Vírgen santísima está formada de gracias perfectas y de consumadas virtudes. El arca dominaba las aguas del diluvio: María se cierne sobre el pecado, y el vicio no puede alcanzarla (1).» Cien años fueron necesarios para construir el arca de Noé: cuatro mil necesitó el verdadero Noé, Jesús, para prepararse la verdadera arca de salvacion, la Vírgen María, su santísima Madre.

La tierra fué repoblada por los habitantes del arca: la Iglesia y el paraíso están poblados por la generacion nueva que sale del arca de salvacion, es decir, de María.

En el gran drama del diluvio, la santísima Vírgen fué además simbolizada por la hermosa paloma que llevó á los habitantes del arca el ramo de olivo, anuncio seguro de la libertad. La paloma es blanca; sus ojos son de un rojo de fuego; sus patitas y su pico rosados y sin mancha: la Vírgen santísima es inmaculada, toda bella y pura, es toda amor, y únicamente Ella ha traido á los hombres el celestial ramo de olivo, Jesús, el dulce Salvador, que pacifica con su sangre el cielo y la tierra, que

(1) In Appendice de B. M. V.

evuelve la paz al mundo angustiado, y al que la
scritura llama la paz en persona: *Y este será la*
az(1). En el nacimiento de Jesús los Angeles de Be-
n cantaron: *¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en*
tierra á los hombres de buena voluntad! El dia de
resurreccion de la tierra, despues del diluvio, la
aloma del arca traia el mismo gozoso mensaje:
¡Gloria á Dios en las alturas, porque el pecado
stá castigado, y la santidad del amor se halla ven-
ada! ¡Paz en la tierra á los hombres de buena vo-
ntad, paz á los fieles de Jesús, paz á los hijos de
aría y la Iglesia!»

«Dulce Vírgen María, Vos sois la fidelísima pa-
ma enviada como mediadora de reconciliacion
ntre Dios Altísimo y el mundo sumergido bajo las
guas del pecado. El cuervo de Noé fué infiel; la
aloma fué fiel. Así fué Eva la vírgen infiel, y Ma-
a la Vírgen fidelísima (2).» ¡Salud, amor, bendi-
on, reconocimiento á la Vírgen fiel que nos ha
ado á Jesús! El dia de su gloriosa Asuncion, «la
aloma santísima, el alma pura é inocente, consa-
rada por completo al Espíritu Santo, tomó el vue-
, dice san Juan Damasceno: por un momento sa-
ó del arca, es decir, del cuerpo al que Dios ha
escendido y ha dado nacimiento á la Vida. Al
olar á los cielos la Paloma de Dios, ha encontrado
onde posar el pié; y en el mundo invisible, en la

(1) Mich. v, 5.—Ad Ephes. II, 14.
(2) S. Bonav. Speculum B. M. V., IX.

tierra de la herencia celestial, que no conoce mancha, ha fijado su habitacion (1).»

El cuervo que no volvió era el hijo de perdicion, el traidor, y con él todos los pecadores que se alejan de Jesús, de María y de la Iglesia.

Consideremos esto con fe y amor: bajo la figura de una paloma se apareció el Espíritu Santo sobre la cabeza de Nuestro Señor en el momento de su bautismo. Aquí la paloma de Noé era imágen del Espíritu Santo, saliendo del arca y volviendo á ella, elevándose sobre las aguas en el principio de la creacion, al fin del diluvio, cerca del Jordan, sobre la Iglesia, anunciando siempre la paz, que es Cristo. Y si queremos saber por qué el Espíritu Santo adorable se presentó bajo la figura de una paloma, escuchad á Cristo que nos dice en su Cantar: «Mi paloma es única.» Y esta paloma, que es la santísima Vírgen, es la manifestacion perfecta, la imágen sacratísima del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es, pues, la paloma, y María es tambien la paloma; ó por mejor decir, María es la paloma porque el Espíritu Santo lo es. Para Jesús y para todos vosotros es una misma y única paloma.

¡Ah! ¡que esta hermosa y dulce Paloma se cierna siempre sobre nosotros! ¡Que nos proteja, que nos abrigue bajo sus alas maternales, y que de esta manera nos guarde para la vida eterna! Bajo la proteccion de María nadie podrá perecer.

(1) Hom. II, in dormitionem B. M. V.

XIV.

La Vírgen santísima y el arco iris de Noé.

Tambien hemos de reconocer á la santísima Vírgen en el *arco iris* que por primera vez se apareció á las atónitas miradas de Noé y de su familia á la salida del arca. En efecto, era un fenómeno nuevo, como aquel de que nos habla el profeta Jeremías cuando anunciando el misterio venidero de la Vírgen y de Cristo, decia: *El Señor ha creado sobre la tierra una nueva maravilla; una mujer contendrá á un hombre.*

Muchas cosas hermosas podríamos decir sobre el arco iris. En caldeo le llaman el *enviado;* y segun todas las tradiciones, el arco iris tiene algo de viviente, de celestial, que anuncia la paz, aunque esté ocasionado por lo que llaman los sabios causas segundas y naturales. Bástenos hacer notar aquí, que en la narracion del Génesis el arco iris se presenta evidentemente á Noé y á la nueva generacion como un fenómeno sobrenatural, misterioso, desconocido hasta entonces. *Hé aquí*, dijo el Señor, *que pondré mi arco en las nubes, y será la señal de la alianza que he formado con la tierra.* El texto hebreo dice: *he puesto;* el texto griego de los Setenta dice: *pongo;* el texto latino de la Vulgata dice: *pondré.* Los que no quieren ver aquí un fenómeno nuevo contradicen formalmente la sagrada Escritura: tra-

ducen como si Dios hubiese dicho: «no pondré,» ó bien «no pongo,» ó «no he puesto mi arco como un signo de alianza.» Esta opinion es insostenible.

El arco iris del diluvio era, por el contrario, el anuncio de una nueva alianza, que habia de comenzar en medio de los tiempos, en la persona de la Vírgen inmaculada, por la Encarnacion y la primera venida del Salvador, y que se consumará al fin de los tiempos, el dia de la segunda venida de Jesús y de su triunfo definitivo. La verdad es que este signo celestial y vivo del perdon se ha realizado ya, se realiza aún, y se realizará un dia de una manera soberana, en la persona de la Vírgen María.

En cuanto al arco iris que figuraba y anunciaba á esta Vírgen misericordiosa, era para Noé una señal nueva, porque el diluvio modificó esencialmente las condiciones vitales y hasta el aspecto mismo de la tierra. Los sabios incrédulos lo ignoran; pero *si lo ignoran,* dice expresamente el apóstol san Pedro, *es porque quieren ignorarlo. En efecto, antes del diluvio habia cielos, habia una tierra que el Verbo de Dios habia formado del agua y que del agua tomaba su consistencia: estos cielos y esta tierra fueron los que hicieron perecer el mundo primitivo bajo la inundacion del diluvio. Los cielos y la tierra que ahora existen han sido reconstituidos por el mismo Verbo divino, y reservados para el fuego el dia del juicio* (1).

De estas palabras del Apóstol se deduce que antes del diluvio las aguas ocupaban bajo el firma-

(1) II, c. III, 3.

mento otro lugar que el que hoy ocupan; que eran mucho más abundantes, y que representaban distinto papel que en nuestro mundo actual: no podian dar lugar al fenómeno natural del arco iris. Pero otra cosa fué cuando cayeron sobre la tierra y destruyeron la raza pecadora. Solamente entonces apareció en el cielo el signo de reconciliacion, el símbolo purísimo de la Vírgen María, madre del Salvador, esperanza de la humanidad, causa de nuestra alegría y verdadero arco iris de la Iglesia.

Los dias del diluvio, la caida inmensa de las «aguas superiores,» que sumergieron la tierra culpable, se operó por ministerio de los santos Angeles; así como, en los dias del Anticristo y de la segunda venida, el incendio universal de la creacion y la purificacion del mundo por el fuego se operará tambien por su ministerio. «Los Angeles son, dice santo Tomás, los administradores de todo el mundo corporal, como lo enseñan no solamente nuestros santos Doctores, sino además todos los filósofos que admiten la existencia de los espíritus (1).» San Miguel y todos los Angeles fieles, instrumentos de la justicia divina, castigaron por el elemento del agua la raza humana pecadora; un dia castigarán por el elemento del fuego á esta misma raza humana, de nuevo rebelada, y con ella á todo el universo, que es el imperio del hombre.

Ellos son los que administrando la luz, el aire y el agua, han formado y forman aún el misterioso y

(1) Sum. theol. pars. I, quæst. CX, art. I, c.

espléndido fenómeno del arco iris. Las causas segundas no son, bajo la accion de los Angeles, sino los dóciles instrumentos de los designios del Criador.

El arco iris, que á pesar de ser celeste toca á la tierra y á ella parece pertenecer, representa maravillosamente la hermosísima, pura y celestial Vírgen, hija verdadera del cielo, revestida de luz, que Dios ha dado á la tierra para que trajese el gozo del perdon y de la esperanza. Los siete colores del arco iris figuran los siete dones del Espíritu Santo y el perfecto conjunto de la gracia que formaba la sustancia de la santísima Vírgen. El número *siete* se encuentra en todas partes en las obras de Dios, porque es el número de la gracia. La creacion sobrenaturalizada en Adan es una obra de seis dias coronada por un séptimo, el dia de la gracia añadido á la naturaleza, el dia de Adan y Eva, el dia celestial del paraíso terrenal, desgraciadamente oscurecido tan pronto por las tinieblas del pecado. *La habitacion que la Sabiduría se ha construido reposa,* dice la Escritura, *sobre siete columnas.* Esta habitacion de Dios es la Vírgen santísima, que simbolizaba la obra universal de la creacion, y de la que era María el centro y el corazon. El número *siete,* el número de la gracia, es el número de la Vírgen santísima así como el de la Iglesia.

Noé, su mujer y sus hijos bendijeron mil veces á Dios á la vista del arco iris de salvacion, y saludaron de lejos, llenos de reconocimiento y amor, á la santísima Vírgen que les era mostrada como prenda de su redencion, como fundamento de su esperan-

za. Y nosotros tambien, dulce María, os saludamos como aurora de nuestra redencion. Reflejad sobre nosotros, pobres servidores vuestros, los hermosos colores del arco iris, las gracias santísimas que llenan vuestro corazon: el color violeta es la humildad, la penitencia y el temor de Dios; el añil es la piedad y la misericordia; el azul es la ciencia celestial; el verde es la fuerza en la esperanza; el amarillo es la luz viva de la fe que ilumina y dirige las obras; el anaranjado es el conocimiento de las cosas divinas, vivificado por el fuego del amor; el rojo es el amor puro, la sabiduría sobrenatural, la vida del hombre nuevo, que sólo se conduce por el Espíritu de Dios. La suma total de estos colores es el blanco puro, el color mismo del sol y de la luz perfecta: el vivo resúmen de todos los dones del Espíritu Santo es la santísima Vírgen María; es la Mujer revestida del Sol, del Sol de justicia, Jesucristo nuestro Señor, nuestro único Redentor y nuestro eterno Amor.

XV.

La Vírgen santísima y los tres grandes Patriarcas.

La Vírgen María fué la «Reina de los Patriarcas,» de todos sin excepcion, desde Adan y Noé hasta Moisés; y esto era natural; porque Jesús era su Rey: «Rey de los Patriarcas, tened piedad de nosotros,» se dice en las letanías del santo nombre de Jesús.

Llevando en sí mismos el misterio de «Aquel que habia de venir,» le adoraban diariamente y le pedian, como lo hacemos aún, que tuviera piedad de ellos. Todos los dias pensaban en la Vírgen Madre, en su Reina amada, suspirando por su venida tanto como por la del Redentor prometido á su fe. «Todos los siglos se disputaban la felicidad de verla aparecer,» como dice san Juan Damasceno. «Ella es la que prefiguraban los Patriarcas; á Ella anunciaban los Profetas (1).» Más dichosos que ellos, conocemos el nombre bendito del Redentor y de la Vírgen; y nuestros corazones que viven en la misma fe de los antiguos fieles, repiten mil veces al dia lo que ellos no podian repetir: ¡Jesús! ¡María! Jesús, Rey de los Patriarcas, tened piedad de nosotros! ¡María, Reina de los Patriarcas, rogad por nosotros!

El Patriarca Abraham, el gran elegido de Dios, el Padre y jefe de los creyentes, tiene á Sara por compañera; Sara en hebreo quiere decir *reina*. Tambien significa *carbon abrasado*. La Vírgen santísima es la verdadera Sara: Jesús, que es el Rey del mundo, se le une indisolublemente y la hace participante de toda su soberanía; «fuego ardiente,» como dice el Apóstol, abrasa á María de todos los ardores del Espíritu Santo y la hace un mismo fuego con él.

«La Vírgen santísima, dice san Buenaventura, fué

(1) S. Hieron. ad S. Paul. et S. Eust., apud S. Bonavent. in Speculi B. M. V. prologo.

abrasada con los ardores de la caridad, como un carbon penetrado por el fuego. El Señor dijo de Sara: *La bendeciré y le daré un hijo al cual bendeciré tambien*. En el Evangelio dice á María por boca de Gabriel y de Isabel: *Bendita eres entre todas las mujeres;... y bendito es el fruto de tu vientre*. ¡Oh carbon ardiente, verdaderamente bendito, que producís tan bendita llama! ¡Oh María, verdaderamente bendita, que dais á luz tan bendito Hijo (1)!»

Abraham recibe del Señor la órden de abandonar la casa de sus padres y de marchar á tomar posesion de la Tierra santa. Su amada esposa va con él á Egipto; el rey de este país la quiere robar, pero la devuelve pura é intacta. Sara concibe sobrenaturalmente á Isaac, el hijo único de Abrahan y el heredero de las divinas promesas.

Abraham (en hebreo, padre de la multitud) es Jesucristo, cuyo amor ha engendrado sobre el Calvario la multitud de los elegidos.

Abraham abandonó su padre y su país para establecerse en la tierra que el Señor iba á mostrarle. Jesús salió del seno de su Padre y vino á este mundo, descendiendo por la Encarnacion al seno de la Vírgen inmaculada, su tierra prometida y su reino de amor.

Sara, la reina, es la santísima Vírgen, Reina de la Iglesia, Soberana del mundo. Sara acompaña á Abraham á todas partes: María es la fiel compañe-

(1) Speculi, xv.

ra de Jesús en todas sus humillaciones; la sigue al mundo de los pecadores; como Él y por amor á Él, se ve pobre y humillada; se encuentra á su lado en la cuna, en Nazareth y al pié de la cruz; está asimilada, como El, á los pecadores, excepto en el pecado, y puede decir con su Jesús: *El príncipe de este mundo no tiene en mí nada que le pertenezca* (1). Despues de cuarenta siglos de expectacion, figurados en la vejez y esterilidad de Sara, María, siempre vírgen, concebirá y parirá milagrosamente al Hijo único del Padre celestial, al heredero de las promesas eternas, al amado de Dios, á aquel en quien reposan todas las complacencias del Padre, toda la salvacion y santificacion de las criaturas.

Sara era de la familia de Abraham y próxima parienta suya; al entrar en Egipto le habia dicho: *Te suplico digas simplemente que eres mi hermana, para que me traten bien por causa tuya, y por tu favor respeten mi vida.* Podemos dirigir á María el ruego que Abraham dirigió á Sara. ¡Oh María, oh nuestra verdadera Sara! dignaos decir que sois nuestra hermana, para que Dios nos trate bien por causa vuestra, y por vuestro favor nos haga vivir por completo en él! ¡Oh! ¡sí, carísima Sara, decid que sois nuestra hermana, para que los egipcios, es decir, los demonios, nos respeten; para que los Angeles se nos unan y combatan por nosotros; para que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tengan misericordia de nosotros (2)!

(1) Ev. Joan. XIV, 30.
(2) S. Bon. Speculi, VI.

El Patriarca Isaac viene á su vez á profetizar y figurar el gran misterio que se ha de cumplir. Es el hijo del milagro: su concepcion es milagrosa; es el hijo único del gran Patriarca y de la casta Sara. Es la única esperanza del porvenir: asi Jesús, el Hijo único del Padre y de la Vírgen María, concebido milagrosamente en el seno de una Vírgen, por obra del Espíritu Santo, gérmen de la santa Iglesia, única esperanza de los Angeles y de los hombres. Isaac en figura, Jesús en realidad, «es el grano de mostaza que, sembrado en el seno de la Vírgen por mano de Dios Padre, empieza por ser la más pequeña planta de la tierra, pero que bien pronto toma tan prodigiosas dimensiones que las aves del cielo vienen á buscar abrigo entre sus ramas benditas. Es el árbol de la vida plantado en medio del paraíso (1);» es el hijo de Sara; es el Hijo de María.

Isaac va á buscar muy lejos, en tierra extranjera, á la pura y casta Rebeca, la esposa querida cuyo amor le hace olvidar el dolor de la muerte de su madre. Rebeca le da dos hijos, Esaú y Jacob: el primero, duro salvaje, infiel á la gracia de Dios; el segundo, dulce y humilde de corazon; por ministerio de Rebeca, el derecho de primogenitura, que no es otra cosa que el soberano pontificado, pasa de Esaú á Jacob.

Todo esto es profético: bien lejos, en medio de los pecadores, va á buscar el Hijo de Dios á aquella

(1) S. Dam. serm. 6, XLIII.

que ha escogido para compañera de sus misterios. Rebeca quiere decir rica, opulenta, llena de gracias; María es la verdadera Rebeca, abundante en gracias divinas. Ella es la Reina del Antiguo Testamento, como lo es del Nuevo; y Ella es la que dando al Verbo eterno carne semejante á la nuestra, hace de El el nuevo Gran Sacerdote, el Pontífice de la nueva alianza, el Jacob, es decir, el suplantador del antiguo Pontificado. Rebeca cubrió á Jacob con los vestidos de Esaú; María revistió al Hijo de Dios de las vestiduras del pecado, de la carne que fué azotada, golpeada, crucificada, ensangrentada por nosotros.

Lo mismo sucede con el tercero de los grandes Patriarcas, Jacob. Compra á su amada Raquel al precio de largos trabajos, y se ve obligado á tomar al principio por compañera á Lia, la de los ojos enfermos. El Señor toma en un principio por compañera á la Sinagoga, débil é imperfecta á la vez, que no le reconocerá cuando aparezca en la Encarnacion. No es sino despues de largos siglos cuando obtendrá la amada de su corazon, la inmaculada, su compañera únicamente amada. María dará á su Dios el verdadero José, salvador de Israel; y despues á Benjamin, el hermano predilecto de José, el cristiano, hijo adoptivo de María, hermano del dulce Jesús.

El nacimiento de José no trae á Raquel más que alegría; el de Benjamin le trae la muerte. La Vírgen María da á luz á Jesús con los transportes de un gozo celestial; da á luz al cristiano sobre el

Calvario, al pié de la cruz, con unos dolores que jamás el espíritu del hombre podrá concebir.

Raquel simbolizaba á la vez la santísima Vírgen y la Iglesia, pero la santísima Vírgen ántes que la Iglesia. En efecto, como hemos notado ya, la Vírgen santísima es la primogénita de la Iglesia, recibiendo inmediatamente de Jesús, que es el Jefe único de ella, la plenitud de la gracia y de la santidad que este divino Rey comunica á la Iglesia, su Esposa inmaculada. La Iglesia existe por María; se encuentra por completo resumida en María. «Hé aquí, dice san Pedro Damiano, hé aquí el gran misterio: el Hijo de Dios salió del corazon de su Padre para entrar en el seno de María: y del seno de María, en el seno de la Iglesia. En la Vírgen no es menor que en el Padre; en la unidad de la Iglesia no es menos grande que en la Vírgen María. Es inefable en su Padre; es milagroso en su Madre; es incomparable en su Iglesia (1).» Tal es el misterio de la hermosa Raquel, esposa querida de Jacob.

La escala misteriosa de la vision de Jacob figuraba tambien la santísima Vírgen. «¿No es evidente, dice con su gran doctrina el teólogo de la Vírgen santísima, san Juan Damasceno, no es evidente que sois Vos, oh Vírgen María, la prefigurada y profetizada en la escala de Jacob? El santo Patriarca vió el cielo reunido con la tierra por los dos extremos de esta escala misteriosa; vió los Angeles

(1) S. Dam. serm. XLIII.

que por ella bajaban y subian: así Vos, oh Inmaculada, teniendo el oficio de mediadora, sois la escala viviente por la que Dios bajó hasta nosotros para tomar nuestra pobre naturaleza, unirse á ella y tomarla por esposa. Por Vos el hombre se ha hecho capaz de ver á Dios, y Vos sois la que habeis hecho desaparecer la infranqueable distancia que separaba al cielo de la tierra. Así, por Vos descendieron los Angeles para servir á su Señor y Dios, mientras que los hombres abrazan el género de vida de los Angeles y suben así hasta los cielos (1). ¡Salve, pues, oh sublime escala que tocais al cielo y que el Patriarca Jacob, grande entre todos, tuvo la felicidad de contemplar en su vision (2)!»

Sí, la escala de Jacob es María. «Fué simbolizada en el Génesis por la escala del Patriarca Jacob, dice san Buenaventura, porque su santa vida estuvo siempre en los cielos, porque siempre estuvo como anegada en los misterios del Señor, desdeñando todo lo mundano para no unirse más que á Dios: la parte superior de esta escala tocaba al cielo y el Señor reposaba en ella. La celeste y viviente escala por la que el hombre se eleva á las cosas eternas, es María, que fué mostrada á Jacob en su vision. María estaba así presente de mil maneras á los Patriarcas y á los Profetas (3),» y jamás el Espíritu Santo la separaba de su Hijo en las manifes-

(1) Hom. I, in Dormitionem B. M. V.
(2) *Idem*, hom. in Annuntiat. B. M. V.
(3) De Ecclesiast. Hier. ut supra.

taciones divinas concedidas á estos primeros fieles. Esta escala de Jacob significa tambien la humanidad de Cristo, «que es, dice santo Tomás, el camino por el que llegamos á la Divinidad.» Significa tambien la santa Iglesia, que de la tierra nos conduce al cielo. No debemos jamás separar estos tres misterios, que no forman más que uno: la humanidad santa de Cristo, la Vírgen María y la Iglesia.

«¡Oh Vírgen de las vírgenes! os elevais hasta Aquel que se sienta en el trono celestíal, hasta la majestad del Señor, y esto no nos sorprende; son raíces de vuestra humildad que suben así hasta lo más alto de los cielos. Por esta escala descendió á nosotros el Angel del gran consejo, cuando tomó sobre sí las debilidades de nuestra naturaleza; y por esta escala suben al paraíso los Angeles de la tierra, es decir aquellos que aquí bajo llevan la vida de los Angeles. Esforcémonos, como decia san Jerónimo, en subir por María hasta Aquel que por María descendió á nosotros; por Ella hallaremos gracia en Jesús, que por Ella tomó sobre sí nuestras miserias.

«Oh bienaventurada Vírgen de gracia, santa Madre de la vida, manantial de salud, haced que pueda subir por Vos hasta vuestro Hijo, y que así Aquel por quien nos habeis sido dada, nos reciba por Vos, oh María Vírgen y Madre (1)!»

Lo poco que acabamos de decir muestra como

(1) De Ecclesiast. Hier. ut supra.

María se encuentra viviente con Jesús en los personajes y hechos del Antiguo Testamento, de esc Testamento lleno de misterios, semejante á la espiga de trigo, que no existe sino por el mismo trigo, pero que no lo presenta á los segadores sino cubierto, velado á las miradas. Este es el pensamiento de san Agustin, que añade: «Si al leer las Escrituras descubrís á Cristo, habréis comprendido su verdadero sentido: si no habeis llegado hasta Cristo, sabed que no las habeis comprendido (1).» Y esto se puede decir de Jesús como de María, así de la espiga misma como de la planta que la sostiene. San Vicente Ferrer dice y repite que «toda la Escritura habla de la santísima Vírgen, y que no hay un solo capítulo, ni áun un solo versículo, que no pueda referirse á María.»

¡Oh Jesús, oh Vírgen sagrada! os venero en todas las páginas del Antiguo Testamento, aún cuando no sepa descubriros. En el cielo comprenderé los misterios que aquí bajo he creido: y ahora creo y adoro los misterios que vuestra bondad me descubrirá un dia.

(1) In Psalm. XCVI.

XVI.

La Vírgen santísima y Moisés.

Entre las figuras de Nuestro Señor Jesucristo en el Antiguo Testamento, puede ser que no haya ninguna tan grandiosa como Moisés; Moisés, el salvador y jefe de Israel, el gran amigo de Dios, el gran Profeta, el hombre divino escogido el primero para abrir la carrera inspirada de las Escrituras. En efecto, por el Génesis Moisés abre el Antiguo Testamento, como Jesús abre el Nuevo por el Evangelio.

A fuerza de milagros y por la omnipotencia de la vara que el Dios de Horeb puso en su mano, Moisés salva á su pueblo; le salva abriéndole el mar Rojo; sube al Sinaí para hacer descender la ley de Dios. Da á su querido Israel el agua vivificante é inagotable de la piedra del desierto; le da el maná, el pan del cielo; extermina á sus enemigos, y despues de cuarenta años de combates le conduce hasta el Jordan, hasta la tierra prometida.

Nuestro Señor, verdadero Salvador del mundo, nos libra de la esclavitud de Satán por el madero de la cruz y por el bautismo de su sangre; sube al cielo y hace descender su Espíritu, el Espíritu de su Padre, que trae á la Iglesia la infalibilidad y la omnipotencia espirituales. Hace brotar para nos-

otros el agua santa del Bautismo; nos da el verdadero Pan del cielo en el santísimo Sacramento del amor. Combate con su Iglesia hasta el fin de los siglos, y conduce á todos los que quieren seguirle á la tierra prometida del paraíso.

La Vírgen María, inseparable de Jesús, está figurada y profetizada con Jesús en la vida de Moisés.

Moisés nace en Egipto, en medio del pueblo santo reducido á la esclavitud, y como todos sus hermanos, los niños de Israel, está condenado á muerte: el amor de su madre misteriosamente unido al amor de una vírgen, hija del rey de Egipto, salva á Moisés de la muerte. Su madre, como todos sabemos, lo habia depositado en una cesta impermeable que bajó por las aguas del Nilo hasta el lugar en que la hija de Faraon acostumbraba bañarse. Esta, movida á compasion y ternura, adoptó al niño, que creció en edad y sabiduría para salud de sus hermanos.

¡Qué hermosa figura de la santísima Vírgen vemos en esta bendita cestilla que recibe y conserva al futuro libertador de Israel, y á la vez en esta union de la madre y de la vírgen real, ambas á dos madres de Moisés; la una por naturaleza, la otra por adopcion! María inmaculada es impenetrable á las aguas de la maldicion universal, y es inmaculada por Jesús, Salvador del verdadero Israel, que Ella debe darnos y conservarnos. «La Vírgen santísima, dice san Proclo de Constantinopla, es la cesta en que el verdadero Moisés se salva del

verdadero Faraon. Esta cestilla estaba calafateada con betun por dentro y por fuera; símbolo de la prudencia y de la santidad (1)» que preservaron siempre á la Vírgen inmaculada de las asechanzas exteriores y de las debilidades interiores.

María es á la vez Vírgen y Madre, y lo que necesariamente está dividido en la vida de Moisés, está sobrenaturalmente unido en María. Es además la Vírgen real, la más noble de las hijas de Adan, bendita entre todas las mujeres; así como la hija de Faraon era la más noble, la más elevada, la única real entre todas las hijas del Egipto.

San Proclo hace notar aquí una hermosa figura del misterio de Jesús y de María: la madre de Moisés que prepara al fruto de sus entrañas la cestilla protectora, es la antigua alianza que da á luz á Cristo despues de haberle preparado en la persona de la Vírgen inmaculada una morada digna de él; y la hija de Faraon que recoge la cestilla, que ama y adopta al niño, es la nueva alianza, que adorando á Jesús y venerando á María, hereda el tesoro que pierde el antiguo Israel.

La Iglesia nos muestra una hermosa figura de la Vírgen inmaculada en la zarza ardiendo de que habla el Éxodo. Moisés estaba al pié del monte Horeb, y ve una zarza toda en llamas que en medio del fuego permanecia intacta. Dios, presente en esta llama misteriosa, le dijo entonces lo que debia repetir en los dias de su encarnacion: *Yo soy*

(1) In Sanctam Deiparam, orat. VI.

el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Y dió á Moisés la mision de salvador.

La Vírgen santísima es la sola exenta por las llamas que consumen á todos los otros hijos de Adan; ella sola se libra, por la gracia de Aquel que habita en ella, de los estragos del pecado original, de la concupiscencia, del pecado actual y áun de la misma imperfeccion moral: con Jesús y á causa de Jesús permanece viva en medio de la muerte, santa en medio del pecado, perfecta en medio de la miseria; y por último, sólo ella es vírgen en medio de la maternidad.

La zarza ardiendo significaba además esta Vírgen admirable que, por su celestial pureza y por el privilegio de su inmaculada Concepcion, ha podido, sin ser consumida, recibir en ella el fuego eterno, es decir, el Espíritu Santo, y llevar en su carne al Verbo encarnado. Por esto decia la antigua Iglesia griega: «No temais, Vírgen llena de gracia, zarza viva é incombustible! El fuego de la divinidad no consumirá vuestro casto seno, porque sois del todo inocente (1)... El Santo inmortal, el Espíritu Santo, os ha impregnado del rocío de su divinidad, impidiendo de este modo que seais consumida por el fuego divino. Y esto simbolizaba tambien la zarza de Moisés (2).»

La tradicion, confirmada por la liturgia, está conforme sobre el sentido de esta vision de Moisés.

(1) Ex Menæis græcis, 24 Mart.
(2) S. J Damasc., hom. I, in Nativit. B. M. V.

«María es á la vez vírgen y madre, dice san Gregorio de Niceo. Es la que muchos años antes reconoció el gran Moisés por medio de la luz en medio de la cual se dignó aparecérsele el Señor. Delante de la zarza ardiendo, cuyas llamas no la consumian, exclamó: *Iré hasta allí, avanzaré y veré ese gran prodigio.* Si no me engaño, con esto queria dar á entender que se acercaria á la zarza milagrosa, pero que por el poder de la fe se acercaria á Cristo y á su Madre, saltando los siglos que le separaban de ellos. En efecto, lo que en el monte Horeb era significado por esa llama y esa zarza, fué en el curso de los siglos plenamente manifestado en el misterio de la Vírgen María (1).»

«Oh santísimo Moisés, qué razon teníais en adadmirar ese prodigio y querer examinarlo de más cerca! Pero antes desatad el calzado de vuestras plantas, dejad los pensamientos terrenales; sin esto no podeis acercaros. *Iré*, decís, *y contemplaré ese gran prodigio.* Sí, es gran prodigio que una zarza no se consuma en el fuego; es un gran milagro que una mujer revestida del sol permanezca intacta en medio de estos ardores! Así que por la virtud misma del Espíritu Santo se cumple el misterio de la Vírgen Madre (2).»

« Este fuego de la zarza, añade san Buenaventura, este fuego del cielo que habitó el seno de la Vírgen, llena y abrasa igualmente los corazones fieles,

(2) In diem natalem Christi.
(1) S. Bern., in Dominica infra octavam Assumptionis.

segun la palabra del Apóstol: *Nuestro Dios es un fuego que consume* (1).»

Dios es á la vez fuego eterno de amor y fuego eterno de justicia: para los Ángeles y para los elegidos es fuego de amor que une, dilata, abrasa, beatifica y funde por decirlo así en un solo y mismo espíritu al Señor y á todos los que le aman; para los demonios y para los réprobos es fuego eterno de justicia que devora sin destruir, dispersa, separa violentamente para siempre.

Escondido el Señor en la zarza ardiendo, dice á Moisés: *El lugar en que estás tierra santa es*. La tierra que ha producido á María no es la tierra maldita de Adan y Eva pecadores; es la tierra bendita, vírgen é inocente, de Adan y Eva todavía puros, ó por mejor decir, María inmaculada es esa tierra bendita ella misma, el Paraíso terrenal preservado y guardado desde el orígen por el Querubin del Señor.

Es hija de Dios antes de ser hija de Adan; y Jesús, su Señor, su Hijo y su Redentor, la eleva por encima de las leyes que rigen á las otras criaturas. He aquí porque, siendo verdadera hija del hombre caido, es sin embargo inmaculada en su bienaventurada concepcion, Vírgen en su maternidad, Madre en su virginidad, completamente inocente y ajena á todas nuestras debilidades.

Jesús y María, la Madre y el Hijo, son un misterio impenetrable. «En la Madre todo es milagro; en

(1) Speculum B. M. V., xi.

el Hijo tambien todo es milagro (1),» dice un discípulo de san Bernardo. Sí, María es un milagro vivo, milagro de santidad, milagro de gracia y de amor.

Moisés recibe órden de Dios de descender á Egipto con Séfora, su esposa; el Señor le ordena bajo pena de muerte circuncidar á su hijo, y en su dolor la madre dice á Moisés, tocando los piés y dejando la seña de la sangre de su hijo: *Vos sois para mí un esposo de sangre.* (2). María tambien, fiel esposa de Dios en la grande obra de la salvacion de los hombres, recibe y acepta el mandato de inmolar previamente á su Hijo; la muerte del Salvador es el principio de nuestra salvacion, y la Madre de dolores dice al Padre celestial mostrándole la sangre de su Hijo crucificado: «Vos sois para mí un Esposo de sangre.» Con esta sangre redentora señala y purifica los piés de su Esposo celestial, es decir, los miembros terrenales de Jesucristo, los hombres cuya fragilidad expone sin cesar aquí abajo los intereses de la religion de Dios.

Que esta sangre al menos no sea inútilmente derramada, ¡oh Madre santísima de mi Redentor! Para Vos ha tenido toda su divina eficacia; plenamente os ha rescatado, santificado y beatificado. Que sea para mí lo mismo, Madre mia! Tocad nuestros corazones y los de todos los pobres pecadores con la sangre de Jesús, y volviendo hácia nosotros las misericordiosas miradas de vuestro Hijo, obtened-

(1) Guarrici Abbat. de Annuntiatione Domini, sermo III.
(2) Exod. IV, 25.

nos de Él la gracia de purificarnos de nuestras faltas con una verdadera penitencia; de corresponder siempre fielmente á sus santas inspiraciones; de amarle mucho en el santo Sacramento del Altar y en todos nuestros hermanos, miembros suyos vivientes; y por último, de perseverar hasta el fin en su amor, morir en su gracia y ser admitidos, aunque indignos, á verle cara á cara con Vos en la bienaventuranza eterna.

XVII.

La Vírgen santísima y la columna de nubes del desierto.

El pueblo de Israel marchando por el desierto, guiado por Moisés y Aaron, á la conquista de la tierra prometida, es el tipo del nuevo Israel de la Iglesia, de la Nueva Alianza, marchando á través del desierto de este mundo á la conquista del Paraíso bajo la direccion de Nuestro Señor Jesucristo y del Soberano Pontífice, su Vicario. Para consolar á su pueblo, para resguardarle durante el dia de los ardores del sol y alumbrarle durante la noche, Dios hizo un prodigio que duró cuarenta años consecutivos: le dió la columna de fuego y de nubes.

Esta columna misteriosa encerraba al Señor. En ella y por ella *precedia á su pueblo para enseñarle el camino, por el dia en una columna de nubes y por la noche en una columna de fuego. Jamás la colum-*

na de nubes faltó en Israel durante el dia, ni la columna de fuego durante la noche (1).

Recordando san Pablo á los cristianos de Corinto estos grandes prodigios que Dios habia hecho en otro tiempo para salvar á Israel, declaraba que todo esto era la figura de lo que debia hacerse en la Iglesia (2). La columna de nubes y de fuego era por lo tanto significativa: simbolizaba, con la humanidad del Salvador, la Santísima Vírgen María que Dios da á su Iglesia para ser su guía, su protectora y su modelo. « Salve, decia san Epifanio, Vírgen llena de gracia, columna de nubes en quien reside el Dios que guia su pueblo en el desierto (3).»

La Vírgen Santísima es, en efecto, trono y asiento del Señor, segun estas palabras del Eclesiástico: « Habito en lo alto de los cielos y establezco mi trono en la columna de las nubes (4).»

A causa de la Vírgen Santísima alumbra Nuestro Señor á su Iglesia. Jesús es nuestra luz, y María el faro celestial que conduce y derrama esta luz de alegría. « Ella, dice san Buenaventura, cuya gloriosa vida ha dado al mundo la luz, ella es la vida luminosa que alumbra todas las Iglesias. La Vírgen es el faro encendido por Dios delante de su Iglesia para alumbrar sus pasos en medio de las tinieblas del mundo. Que la Iglesia, que el alma fiel, rue-

(1) Exod. XIII, 21 y 22.
(2) I ad Cor. X.
(3) Serm. de Laud. Virg.
(4) Eccli. XXIV, 7.

gue y diga con el salmo: *Señor, Dios mio, puesto que poneis vuestra luz en mi fanal, dignaos aclarar mis tinieblas*. El Señor ha llenado de la plenitud de su luz nuestro verdadero fanal, que es María, y así ha disipado y disipa siempre las tinieblas de nuestras almas. Oh María, con los divinos ejemplos de virtudes que Dios ha puesto en Vos, nos excitais á seguir vuestras huellas, y con ellas iluminaréis nuestra noche! El que sigue vuestro camino no anda en tinieblas sino que tiene la luz de vida (1).»

San Andrés de Creta nos da á conoeer la Vírgen Santísima como «la columna de nubes que dirige y conduce, no al Israel antiguo y carnal que se ha extraviado, sino al Israel nuevo y espiritual que marcha á la conquista de la luz absoluta de la verdad. María es la nube luminosa que cubre con su sombra, no al pueblo ingrato de los Judíos, sino al pueblo amado de Jesucristo, á la raza santa, alumbrada por su luz maternal (2).»

Ya hemos visto lo que es esta luz: es la luz misma de Dios, brillante de santidad, que de Jesús pasa entera á María; es el Espíritu Santo con todos sus dones, el arco-iris con sus siete colores. La luz de María nos es comunicada por el espíritu de Jesús, quien á imágen de la santísima Vírgen nos hace castos y buenos, humildes, penitentes y religiosos, misericordiosos y dulces, nos llena de la ciencia de los Santos y de la fuerza de la fe, de

(1) Speculi, III.
(2) De Deipara, orat. II.

prudencia, de inteligencia del misterio de Jesucristo, en quien se reasumen todos los otros misterios de salvacion, y en fin, del amor puro de Dios, de todas las gracias de la vida interior, de zelo de la perfeccion, en una palabra, de santidad evangélica.

Tal es la luz sagrada que la Vírgen, Madre de Jesús y Reina de la Iglesia, refleja incesantemente sobre los verdaderos hijos del verdadero Israel.

Pero la Vírgen santísima no es solamente para nosotros y para la Iglesia una nube de luz, sino tambien segura protectora contra las asechanzas del enemigo de nuestras almas.

Cuando el pueblo de Moisés se encontró entre el mar Rojo, que le cerraba el camino, y el ejército de Faraon, que le perseguia y estaba á punto de alcanzarle, *el Angel de Dios que precedía el campo de Israel,* dice el Exodo, *se levantó, y tomando consigo la columna de nubes fué á colocarse entre el campo de los egipcios y el campo de Israel* (1). La nube se hizo tenebrosa del lado de Faraon y luminosa del lado de Moisés y su pueblo. A favor de estas tinieblas y esta luz, Israel atravesó el mar Rojo que la vara de Moisés habia milagrosamente abierto y dividido en dos. La nube les siguió, y Faraon con su ejército seguia la nube entrando despues de ella en el lecho desecado del mar, entre las dos inmensas murallas formadas por las aguas. Cuando todo Israel estuvo en salvo en la otra orilla, el Dios de Israel miró desde el fondo de la nube el ejército

(1) Exod. XIV, 19 et 24.

de los egipcios, ordenó á las aguas que se cerrasen, y destruyó de este modo al culpable Faraon y á todos los suyos.

Hace diez y nueve siglos que el mismo Señor continúa el mismo prodigio por el mismo medio. Entre la Iglesia y sus perseguidores, entre nosotros y Satán coloca su santísima Madre, «socorro de los cristianos, sosten de los débiles, Reina de todos los Santos, Vírgen poderosa (1).» De esta celestial nube saca, para dárselas á sus Pontífices, á sus Obispos, á sus sacerdotes y á todos sus fieles, las armas sobrenaturales que les son necesarias para escapar de las garras del Faraon infernal. ¡Bienaventurado el cristiano á quien Jesús protege por María! ¡Bienaventurado el Pastor que, semejante al fiel Moisés, no pone su confianza en los hombres, sino en la Vírgen inmaculada, terror de demonios y triunfadora del infierno! Por el contrario, desgraciados los que no aman á la Vírgen santísima y sólo ven en el misterio de María tinieblas y embarazos. Jesús está contra ellos porque están contra su Madre; del mismo modo que está para nosotros y con nosotros, fieles hijos de la Iglesia, porque somos amados de María, porque la amamos y honramos con todas nuestras fuerzas.

«Dios, dice el docto Cornelio á Lápide, mira al mundo desde el fondo de la mística columna de nubes, que es la santísima Vírgen su Madre, y por ella echa abajo y desbarata las fuerzas y poder del

(1) Letan. lauret.

demonio (1).» En María y por María, «Reina de Apóstoles, Reina de Mártires (2),» triunfa de todos los perseguidores; por María, Reina de Doctores y protectora permanente de la Santa Sede, confunde todos los heresiarcas, mantiene á Israel en los senderos de la verdadera fe, condena y desenmascara todos los errores; en María y por María, «Reina de Confesores y de Vírgenes (3),» santifica sus fieles, preservándoles del contacto impuro del mundo, de las tempestades de las pasiones y de los peligros de todo género á que están expuestas su inocencia, su sencillez, su bondad y perseverancia.

«En la noche de este siglo, añade el seráfico Doctor, la Vírgen, con los rayos bienhechores de su misericordia, nos ilumina espiritualmente, como en otro tiempo la columna de nubes alumbraba materialmente á los hijos de Israel. María es para nosotros una nube bienhechora que nos protege, contra los fuegos de la cólera celestial por una parte, y por otra contra los ardores de las tentaciones del demonio, segun la palabra del Salmo: *El Señor ha extendido su nube para protegerlos y cubrirlos.* ¿Qué seria de nosotros en medio de las tinieblas en que nos envuelve la noche de este mundo? ¿qué seria de nosotros si no tuviésemos ese luminoso faro, esa columna de luz y de fuego (4)?»

Se dice tambien en el Exodo que «la columna de

(1) In Ecclesiasticum, XXIV, 7.
(2) Letan. lauret.
(3) Ibid.
(4) Speculi III.

nubes descendia y permanecia á la entrada del Tabernáculo en que estaba Moisés (1).» Esta proteccion tutelar de la Vírgen santísima en frente de la Iglesia y en frente de cada alma fiel, no es gracia transitoria, sino favor permanente. Nuestra Madre del cielo nos acompaña todo el tiempo de nuestra peregrinacion en el desierto; en nosotros ve, ama, protege á Jesús que habita en nuestros corazones, y nos conduce Ella misma, como por la mano, á la tierra prometida, á la celestial Jerusalen.

XVIII.

La Vírgen santísima, el Tabernáculo de Moisés y el Arca de la Alianza.

Despues de la libertad de Israel y el paso milagroso del mar Rojo, Dios dió la ley á su pueblo por el ministerio de Moisés. Trazó El mismo con detalles minuciosos en apariencia el plano del Tabernáculo en que vendrian á adorarle; estos detalles son muy grandes, porque están llenos de misterios, llenos de Jesús, llenos de María.

En este Tabernáculo todo debia ser de oro puro, ó de plata, ó de madera incorruptible; símbolo y profecía de lo que debian ser la humanidad de Cristo y la Vírgen Madre de Dios, á quien la tradicion aplica indistintamente las palabras de la Es-

(1) Exod. XXXIII, 9.

critura: *Hé aquí el Tabernáculo que se ha hecho Dios entre los hombres* (1).

Que esta ha sido la significacion del Tabernáculo es un hecho confirmado por la tradicion. San Juan Damasceno, cuya autoridad tiene tanto peso no solamente por la sublimidad de su inteligencia sino á causa del carácter tradicional de su doctrina, vuelve sin cesar sobre este punto. Saluda á la Vírgen María como «templo del Señor, casa de Dios, formada de elementos muy puros, de quien David ha dicho: *¡Oh Señor, vuestro templo es santo, y admirable de santidad!*» De María se ha formado Cristo el templo de su cuerpo, y ha hecho de hombres mortales templos de Dios vivo.

¡Salve, oh estancia sagrada del Señor! ¡Salve, oh tierra donde Dios se ha dignado descender! Vos habeis encerrado el Dios que ningun lugar puede contener. En Vos el que es simple é indivisible se ha hecho un compuesto de dos naturalezas; lo Eterno se ha sujetado al tiempo; lo Infinito se ha hecho finito. ¡Salve, Tabernáculo de Dios radiante de divinos resplandores, cuyas bases virginales no pueden ser destruidas; Tabernáculo lleno de la gloria del Señor y más abrasado de amor que los más ardientes Serafines!

«¡Salve, Tabernáculo hecho por Dios! De Vos ha salido el Señor para conversar en persona con sus criaturas; de Vos ha recibido el mundo la propiciacion eterna (2).»

(1) Apoc. XXI, 3.
(2) Hom. II, in Nativitatem B. M. V.

El Tabernáculo de Moisés era ciertamente muy santo, así como el Templo de Jerusalen, que no fué más que su perfeccionamiento; todas las Escrituras proclaman esta santidad de que el mismo Dios se hizo autor, guardian y perpétuo testigo. Y sin embargo, ¿qué es esta santidad en comparacion de la santidad de la Madre de Dios? Ceda la palma este famoso Tabernáculo, compuesto de toda especie de materias preciosas, que Moisés plantó en el desierto, al Tabernáculo vivo de Dios! María, Tabernáculo vivo del Señor, fué la morada no solamente de las fuerzas y gracias divinas, sino de la propia sustancia y de la misma persona del Hijo de Dios, que es Dios (1).» La dignidad de este Tabernáculo de Cristo se eleva á tales proporciones, que el espíritu humano no puede ni entreverlas; como dice santo Tomás, «es algo que se acerca á lo infinito.»

«El Tabernáculo en el cual Dios ha depositado la soberana sabiduría creada, Cristo, sabiduría increada y encarnada, es la bienaventurada Vírgen, en la cual el Hijo de Dios fué concebido, habitó y descansó corporalmente durante nueve meses. Toda la dignidad de María procede de esta maternidad divina, que es un misterio tan sublime que ni los Angeles ni los hombres pueden comprenderlo. Ser Madre de Dios es en efecto una gracia casi infinita (2).»

Tal es María, verdadero Tabernáculo del Dios de

(1) Hom. I, in Nativitatem B. M. V.
(2) Corn. á Lap., in Eccli. XXIV, 12.

Israel. Ella ha contenido la realidad de lo que el antiguo Tabernáculo no contenia más que en figura; en Ella ha entrado y ha vivido el verdadero Moisés, el verdadero Aaron, el solo Pontífice eterno de la religion eterna; en Ella reside la gracia y la gloria de Dios, la Víctima divina, el Pan de vida, el Propiciatorio del Antiguo y Nuevo Testamento, la Ley viva de Dios, en una palabra, el Autor y Consumador de la fe, el Rey celestial, Dios hecho hombre, Jesucristo nuestro Señor.

En este incomparable Santuario es donde tenemos que ir á buscar á nuestro Dios. La Vírgen María es, con Jesús, la clave central de la Iglesia, que lo sostiene todo.

Todos los velos que debian cubrir el Tabernáculo y formar las divisiones interiores estaban compuestos de los tres colores de la Trinidad: el azul, color de ese cielo inmenso, infinito, impenetrable, de cuyo seno nos viene la luz, es el color simbólico del Padre celestial que nos da á Jesucristo, Sol de justicia, verdadera Luz del mundo; amarillo ú oro, color de la luz y símbolo del Hijo, de ese Hijo que es la Luz verdadera descendida del cielo; el rojo ó encarnado, color de fuego y símbolo del Espíritu Santo. Estos tres colores, tejidos sobre un fondo blanco, es decir, sobre el color de la perfeccion, símbolo de la divinidad y de la unidad, componian los tintes del Tabernáculo de Moisés. Y ¡cosa admirable! la union de estos tres colores, más ó menos pronunciados, con el color blanco forma precisamente el color del cuerpo hu-

mano, el cual es de este modo, en medio de la creacion, símbolo de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Estos velos significaban por lo tanto la encarnacion futura del Señor, y la Vírgen que debia concebirlo; profetizaban la carne de Aquel *en quien habita corporalmente la plenitud de la Divinidad*, y la carne inmaculada de Aquella que debia ser en medio de los tiempos Madre del Verbo encarnado.

En el Tabernáculo de Moisés todo fué consagrado por la aspersion de la sangre, símbolo y profecía del misterio de la Redencion, en que la sangre del Hijo de Dios debia santificar antes que todo á la Vírgen María, y despues á todos los miembros de Jesucristo.

«María, dice san Andrés de Creta, es el Tabernáculo que Dios se ha hecho para sí, y en el cual se han cumplido realmente la Ley y los Profetas. En Ella la sombra de las figuras ha cedido á la realidad, y la verdad ha reemplazado á las imágenes (1).» Y santo Tomás de Aquino, aplicando á la Vírgen santísima este versículo del salmo cuarenta y cinco: *El Dios altísimo ha santificado su Tabernáculo,* añade «que esta santificacion del antiguo Tabernáculo significaba la presantificacion de la Madre de Dios, la cual es llamada Tabernáculo de Dios, segun las palabras del Salmista: *En el sol es en donde el Señor ha colocado su Tabernáculo* (2);» en el sol, es decir en Cristo, que ha revestido de su

(1) De Annuntiat. B. M. V., orat. I.
(2) III pars. qu. XXVII, art. II, c.

gracia la Vírgen predestinada para ser su Madre, y en quien María está como abismada, como en abismo de gracia, santidad, vida, perfeccion y gloria. María está toda en Jesús, y Jesús está todo en María.

Los santos Doctores han visto igualmente figuras de María en los objetos sagrados que, segun expreso mandato del Señor, adornaban el Tabernáculo de Moisés.

El velo que separaba el santuario del Santo de los Santos figuraba muy especialmente la Vírgen, en quien Jesús, Santo de los Santos, debia descender y vivir escondido durante nueve meses. María es puerta del cielo, Tabernáculo vivo de Cristo, camino incomparable por el cual ha querido pasar el Dios de Israel para hacer su entrada en el mundo. Por María se llega á Jesús, y sólo levantando el velo del templo penetra el gran Sacerdote en el Santo de los Santos. Entre todos los velos que por dentro y por fuera formaban ó dividian el Tabernáculo, el gran velo del Santo de los Santos era sin contradiccion el más sagrado; como los otros, era blanco con matices de azul, amarillo y rojo; del mismo modo la santísima Vírgen que, como nosotros, es una simple criatura humana, pero que la providencia del Señor coloca á la cabeza de la humanidad, entre las criaturas y Jesucristo, los pecadores y el Redentor, el cielo y la tierra.

María es la verdadera Arca de la alianza, toda santa, toda revestida de oro, sobre la cual y en la cual viene á reposarse la gloria de Dios, es decir

Cristo Dios, Rey de gracia sobre la tierra y Rey de gloria en los cielos.

«El Arca del Tabernáculo contenia las tablas de la Ley; María ha recibido en su seno el Heredero del Testamento. El Arca contenia la Ley; María, el Evangelio. La voz de Dios se dejaba oir en el Arca; María nos ha dado el Verbo de Dios. El Arca tenia el brillo del oro purísimo; María brilla interior y exteriormente con todo el esplendor de la virginidad. El Arca estaba *decorada con oro sacado de las entrañas de la tierra;* María lo está con oro celestial. Tiene por lo tanto la Iglesia gran razon en invocar á María bajo el título de Arca de la alianza: *Fœderis Arca* (1).»

El arca estaba cubierta de una lámina de oro puro, pulimentada como un espejo, en la cual se miraban el uno al otro dos grandes Querubines de oro macizo: se llamaba á esto el Propiciatorio. María es el Propiciatorio vivo, donde los dos grandes Querubines, que representan la antigua y la nueva alianza, encuentran, contemplan y adoran á Jesús, Cristo Redentor. Es «Espejo de justicia,» como canta la Iglesia, y en el oro pulimentado de sus incomparables perfecciones refleja la santidad divina é infinita de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando la destruccion del templo, el profeta Jeremías quiso sustraer á la profanacion de los infieles el Arca santa con los objetos sagrados que contenia, y la escondió en el monte Nebo, en un

(1) S. Amb. serm. XLII.

lugar desconocido é inaccesible. Pero, segun una consoladora tradicion, en los dias del Mesías, Dios debia devolver á su pueblo el Arca de la alianza, con el maná, la vara de Aaron, las tablas de la Ley y el óleo santo. Esto se realizó mil veces más exactamente de lo que pudieron creer los judíos. Con Cristo, el Padre celestial dió al pueblo de sus elegidos á la santísima é inmaculada Vírgen, y con Ella y por Ella á Jesús, que es la Ley en persona, verdadero Pan bajado del cielo y único tesoro de los hombres y de los Angeles.

Llenos de fe y agradecimiento, prosternémonos delante del Arca de la nueva Alianza, á los piés de María, celestial Tabernáculo de Jesús, y digamos con san Bernardo y san Francisco de Asis: «Dios te salve, santa Soberana, Reina santísima, ¡oh María, Madre de Dios! Vos sois el Tabernáculo vivo de la viva alianza entre Dios y el hombre; Vos el Propiciatorio que cubre no solamente el Querubin, sino el Santo de los Santos de la Trinidad entera (1)... Vos sois la Vírgen de las vírgenes, elegida por el Padre celestial y consagrada por su santo y amadísimo Hijo, segun dice el Espíritu Santo consolador. En Vos se encuentra y se ha encontrado siempre la plenitud de la gracia y todo bien. ¡Dios te salve, vivienda de Dios! ¡Dios te salve, Tabernáculo de Jesucristo! ¡Dios te salve, oh dulce Madre! rogad por nosotros á vuestro santísimo Hijo, nuestro Señor. Así sea (2).»

(1) De laude M. V.
(2) In o

XIX.

La Vírgen santísima, el Vaso de oro del maná, la Vara de Aaron y los demás objetos sagrados del Tabernáculo.

Todo el mundo sabe que, segun órden formal de Dios, y «segun ejemplar que le habia sido enseñado en el monte Sínai,» Moisés habia hecho fabricar varios vasos para depositarlos en el Tabernáculo con el Arca de la Alianza. A esto unió las tablas de la Ley y más tarde la vara milagrosa de Aaron. Penetremos, á la luz de la fe, el sentido misterioso de estas cosas santas; de la figura, elevémonos á la viva realidad que el santo Moisés tuvo la dicha de contemplar en la montaña durante su largo éxtasis de cuarenta dias. Los objetos sagrados que Dios le ordenó hacer eran en efecto místicas representaciones de Cristo, de su futura humanidad, de la santísima Vírgen, Madre de Dios, y tambien de la Iglesia y del alma fiel, vivificadas y santificadas por la gracia de Dios.—Por temor de extendernos en materia tan vasta, no nos ocuparémos aquí más que en la Vírgen santísima.

La Vírgen María es el Vaso de oro purísimo en el cual está depositado el Maná (1), el Pan de los Ángeles, el Pan vivo bajado del cielo, el Pan y Vi-

(1) S. Epiphan. de Laudibus Deiparæ.

da de Israel, Jesús, nuestro celestial Amado. «Ella es, dice san Andrés de Creta, la Urna de oro que contiene á Cristo, Maná celestial (1).» «Ella es, añade san Juan Damasceno, el Vaso consagrado y puesto aparte, vaso formado de oro puro, en el cual el mundo entero va á coger el Maná que para él ha bajado de los cielos, el Pan de vida cocido al fuego de la divinidad (2).»

La Vírgen santísima es la piedra inmaculada sobre la cual graba el Espíritu Santo la ley de Dios; la ley de Dios, es decir, la Verdad, es decir, Jesucristo, cuyas palabras, preceptos, consejos y ejemplos son la regla práctica, propuesta ó, por mejor decir, impuesta á todos los que quieren cumplir la voluntad de Dios.

«¡Oh Inmaculada! decia un santo Doctor, en Vos es donde el dedo de Dios ha grabado la ley, como lo hizo en otro tiempo en el monte Sínai (3).» El dedo de Dios, es decir, el Espíritu Santo, el cual en el dia de la concepcion de María la ha preservado de la mancha original, y ha bajado á ella de parte del Padre celestial para fecundarla divinamente en el dia de la Anunciacion. Jesús es la Ley de Dios hecho hombre, y María la tabla de esta Ley viva y adorable.

En el Arca del Tabernáculo la piedra sobre la

(1) De Nativit. B. M. V. orat. II.
(2) Hom. II, in Nativit. B. M. V.
(3) S. Tarasius, hom. de Præsentatione Deiparæ; ex offic. Immaculatæ Conceptionis.

cual estaba grabada la ley era inseparable de estos caractéres celestiales: del mismo modo, en el gran misterio de salvacion, María es inseparable de Jesús, y Jesús nos muestra en su Madre el modelo santo y perfecto del cumplimiento de su Evangelio. Es lo que hacia exclamar un dia á santa Catalina de Sena:-«¡Oh María! Vos sois el libro donde se encuentra escrita nuestra Regla. En Vos ha sido escrita la sabiduría del Padre eterno.»

Cada cristiano es de por sí una piedra viva, una piedra consagrada como María; y debe guardar intactos los divinos caractéres que el Espíritu Santo ha impreso en su alma en letras de fuego y de amor en el dia del Bautismo. Debemos ser en medio del mundo las tablas de la Ley, y como dice san Ignacio de Antioquía: «Porta-Cristos.»

Con el maná y las tablas de la Ley, el Arca de la Alianza encerraba la vara de Aaron, palo seco y árido que por un milagro Dios habia hecho florecer súbitamente.

La Vírgen santísima es la verdadera vara de Aaron que florece milagrosamente y produce, contra el órden de la naturaleza, hojas, flores y frutos. Siendo Vírgen, María es milagrosamente fecunda. De su tallo inmaculado y virginal nace la flor de David que debe purificar con su celestial perfume la atmósfera apestada en la cual morian todos los hijos de Adan.

María es la vara de madera árida á quien Dios da la flor milagrosa de una virginidad incomparable; la flor de una santidad sobreeminente, la flor

de una fecundidad sobrenatural, de una inmortalidad llena de gloria. El profeta Isaías habia escrito de María: *La soledad se extremecerá de alegría y florecerá como un lirio.*

«¡Oh lirio angelical, oh flor celestial! ¡verdadera flor del cielo que ha amado tanto Jesús, abeja más que celestial! Esta abeja, dice san Bernardo, sólo se halla entre los lirios y habita la patria eternamente florida. Cuando bajó de los cielos á la villa de Nazareth, cuyo nombre significa flor, y cuando se ha acercado á esta flor embalsamada de los perfumes de la virginidad, se posó con amor y se fijó en su puro cáliz (1).»

La aridez natural de la vara de Aaron era en los designios de Dios la figura de la virginidad de la santísima Vírgen María. Las flores que nacieron con la maternidad divina fueron el conjunto de gracias, dones, virtudes y excelencias de la Vírgen santísima; y los frutos de esta vara milagrosa fueron, primero y antes que todo, Jesús, «fruto bendito del seno de la Vírgen,» y despues todos los cristianos, hijos adoptivos de Dios, hijos espirituales de María, hermanos queridos de Jesús.

«¡Oh dulcísima Vírgen María! exclama san Buenaventura, el Señor está verdaderamente con Vos, como el fruto y la flor estaban verdaderamente con la vara que los habia producido. Haced, yo os lo suplico, que ese mismo Señor esté tambien con-

(1) S. Bonav. Speculum B. M. V., XII.—*Idem*, S. Bern., de Adventu Domini.

migo, que esté con todos nosotros, y que se digne comunicarnos vuestra flor y el fruto de vuestra flor, Nuestro Señor Jesucristo! Así sea (1).»

La Vírgen María es el candelabro de oro que lleva, delante del Santo de los Santos, el fuego perpétuo, la luz del Templo, es decir, Jesús, luz del mundo, sol de la Iglesia, fuego de amor.

El profeta Zacarías tuvo la dicha de contemplar de antemano, como Moisés en la montaña santa, este candelabro místico. *Yo ví,* dice el Profeta, *y hé aquí delante de mis ojos un candelabro todo de oro con una luz; y tenia siete luces con siete infusorios.*

San Anastasio el Sinaita, meditando sobre esta vision, se pregunta y nos enseña cuál es su sentido. «¿Qué representa este candelabro? La Vírgen María. ¿Y por qué? Porque ha llevado la luz inmaterial, Dios encarnado. ¿Por qué es un candelabro todo de oro? Porque fué madre sin dejar de ser vírgen. ¿Qué es la luz de este candelabro? El Verbo hecho carne, que es Dios. Isaías lo ha dicho: *Mi Salvador brillará coma una luz ardiente.* ¿Y qué significan las siete luces del candelabro y los siete infusorios? Los siete dones del Espíritu Santo (1).»

«La Madre de Dios es un candelabro sagrado que no puede apagarse,» añade san Cirilo de Alejandría, el gran defensor de la Vírgen santísima contra el impío Nestorio, y Legado del papa san Celestino en el concilio Ecuménico de Efeso en el siglo V.

(1) S. Bern. de Adventu Domini.
(2) Quæst. XL.

Este candelabro tiene siete brazos, porque el Espíritu Santo que debe descender á la Vírgen María descansará en ella con la plenitud de sus siete dones, y de Ella recibirá la Iglesia estos dones santificantes. «Candelabro espléndido, ¡qué alegría habeis traido á los hombres, cuando abrasado y alumbrado por los esplendores de Dios habeis hecho brillar á los ojos del mundo, sumido en las tinieblas y en las sombras de la muerte, la Luz por la cual suspiraba (1)!»

María es tambien la tabla de oro puro sobre la que el gran Sacerdote Jesús deposita los panes de proposicion, alimento sagrado de los ministros del Templo. ¿No es la Vírgen María, Madre de Jesús, quien por las manos de la Iglesia continúa dando el Cuerpo de Jesús, no solamente á todos los sacerdotes de la ley de gracia, sino á todos los fieles? En cierto sentido, todos los cristianos participamos del sacerdocio de Cristo y de su realeza, segun estas palabras de san Pedro: *En cuanto á vosotros, sois la nacion santa, la raza elegida, el real sacerdocio* (2).

La Vírgen santísima es, por último, el incensario del gran Sacerdote, el altar de los sacrificios. Ella es la viva representacion del Tabernáculo, como lo es todo en la Iglesia, con Jesús y despues de Jesús.

«Os saludamos, exclamaba con amor san Juan

(1) In appendice S. Bern., sermo panegyricus ad Beatam Mariam.

(2) S. Petr. II, 9.

Damasceno, os saludamos, María, incensario sagrado que llevais en el oro de vuestras castas entrañas el divino carbon. Por vuestro medio derrama el Espíritu Santo los perfumes de su incienso que reemplazan la infeccion del pecado. Os saludamos, María, tabla del Señor, en donde ha colocado El mismo el celestial alimento de nuestras almas! Os saludamos, oro purísimo, depurado por el fuego del Espíritu Santo en el crisol de esta vida, y que nunca ha conocido el orin del menor mal! De este oro han sido formados el candelabro, la tabla de proposicion y los demás objetos que segun la ley debian de ser de oro; todos, bajo nombres varios y formas espléndidas, os representaban, oh Vírgen, como otros tantos símbolos incontestables.

«Que la antigua Arca de alianza, á pesar del oro que la cubria por todas partes; que la urna preciosa que contenia el maná; que el candelabro del santuario y la tabla de los panes de proposicion, y todas las otras cosas santas que adornaban el Tabernáculo, reconozcan, pues, que nada tenian que pudiese ser comparado á las santas magnificencias de la nueva Arca de salvacion! Sombras del verdadero ejemplar, deben todo su mérito á la Vírgen á quien simbolizaban (1).»

(1) Hom. I y II, in Nativ. B. M. V.

XX.

La santísima Vírgen y la Tierra Santa.

Toda la tierra, propiedad del hombre inocente, debia ser, segun el plan primitivo del Señor, *tierra santa,* reino digno de Jesús, Santo de los Santos. Desde la caida del hombre y el desquiciamiento de todo el plan divino, Dios se reservó una pequeña parte de tierra para que en ella habitara su pueblo, ó, como dice la Escritura, «su Hijo (1);» y en medio de esta tierra consagrada debia elevarse la ciudad santa de Jerusalen con el templo de Salomon.

La luz de la fe nos descubre aquí tambien una nueva profecía relativa á Cristo y á su Madre. Moisés descubre de lejos esta tierra prometida, esperanza de la antigua alianza de los Profetas y de los Patriarcas: el pueblo de Israel no entra sino despues de cuarenta años de estancia y de pruebas en el desierto: sólo despues de cuárenta siglos la humanidad fiel poseerá la Vírgen que ha visto con la fe, que ha saludado de antemano; Vírgen bendita entre todas las mujeres, y de cuyo seno se levantará el templo vivo de Dios, la humanidad del Verbo hecho carne.

Fué necesario, para que los israelitas pudiesen

(1) Oseas, XI, 1.

tomar posesion de la tierra prometida, que el Señor hiciese un gran prodigio; Josué, ó Jesús, sucesor de Moisés, detuvo las aguas del Jordan, haciendo descender el Arca de la Alianza. Para que el mundo posea á María será necesario el gran prodigio de la Inmaculada Concepcion; será necesario, como dice el Salmo, *que el Señor se levante, Él y su Arca santa* (1). Jesús, vencedor de la muerte, detendrá milagrosamente la corriente del pecado original y el rio de la maldicion; lo detendrá por su Madre y para su Madre. La inmaculada concepcion hará de María una tierra del todo santa, digna de llevar un dia el Templo, digna de ser Madre y nodriza de la santa Iglesia.

En el momento del paso del Jordan, Josué dijo á los hijos de Israel: *Cuando veais el Arca de la alianza del Señor nuestro Dios, levantaos y seguidla.* Jesús manda á todos sus fieles levantarse en presencia de María; rodearla de toda clase de respetos, homenajes y piadosos deberes, y despues ordena seguirla, es decir, seguir sus huellas con una vida inocente.

En presencia del Arca *el Jordan retrocedió*, dice el Salmista: en presencia de María el infierno retrocede y los demonios huyen. Delante del Arca los muros de Jericó se derrumban: delante de María la ciudad del mundo, que hace aquí abajo guerra á la ciudad de Dios, ve hundirse las murallas y ciudadelas que constituyen el orgullo de su poder.

(1) Psal. CXXXI, 8.

El Arca hacia vencedor al pueblo de Dios: María asegura á la Iglesia la victoria sobre todos sus perseguidores. Ozas tuvo la audacia de tocar el Arca y quedó muerto repentinamente: ¡desgraciado del que toca el honor de María! vive y muere miserablemente. Colocada el Arca en la casa de Obededom, atrae sobre ella toda clase de bendiciones y extraordinarias riquezas: todo el que se acoge á María, la ama, honra y sirve, se ve colmado de las gracias de Jesús; en el amor de la Vírgen santísima encuentra prenda segura de perseverancia final y bienaventurada predestinacion.

La Tierra Santa apareció á Josué y á todo su pueblo como tierra de prodigios, cuya fecundidad provenia del milagro; sus cosechas sobrepujaban en mucho á las mejores cosechas de Egipto; sus frutos tenian una belleza y sabor sin igual; un solo racimo de uva necesitaba dos hombres para ser llevado (1).

La santísima Vírgen aparecerá á los hombres y á los Angeles como hija del milagro; será llena de gracia y sin ninguna mancha; los frutos de su santidad serán mil veces más prodigiosos que esos otros frutos extraordinarios, traidos á Josué por Caleb y los que habia mandado á explorar las riquezas de su nueva conquista.

La santísima Vírgen será la criatura bendita entre todas las criaturas; será la verdadera Tierra Santa, el nuevo Eden que producirá el Arbol de vida.

(1) Josué, III, 3.

San Andrés de Creta nos la muestra como tierra de bendicion, como seno fértil que concibe el trigo de la inmortalidad, sembrado por Dios y no por el hombre. María produce la cosecha superabúndante, cosecha inconmensurable; deposita á los piés del Maestro de salvacion mil millares de yerbas olorosas, multitud de elegidos, miembros vivos de su Hijo. Ha concebido á Aquel que ha extendido los cielos y que ha hecho al mismo tiempo de la tierra de su virginidad un verdadero cielo. A título de herencia legítima sólo Ella ha recogido la bendicion que el Señor habia prometido á Abraham para todos los pueblos de la tierra (1).

San Pedro Damiano declara á su vez que «en la tierra prometida debe verse el cuerpo de la bienaventurada Madre de Dios que produjo el fruto incomparable, la humanidad de Cristo nuestro Redentor. La carne de la Vírgen santísima es verdaderamente la tierra prometida, ella que hacia tantos siglos habia sido anunciada por tantos Profetas como la que debia producir al Salvador del mundo. Verdaderamente derramó leche y miel cuando, vírgen y madre, concibió al Hombre-Dios (2).»

El pueblo de Israel ponia, con justicia, á la Tierra Santa por encima de todos los reinos de la tierra; los cristianos tienen todavía más motivos para amar, bendecir y exaltar á María. Todos le dicen por boca de san Juan Damasceno:

(1) In Annuntiat. B. M. V.
(2) Nativit. B. M. V.

«¡Salve, oh llena de gracia! sois más noble que todo lo que alumbra el sol, y vuestra real grandeza sobrepuja á todos los reinos del mundo.

«¡Salve, llena de gracia! Vos sois mucho mejor que esa tierra verdaderamente santa, verdaderamente rica, de la cual brotaba leche y miel.

«¡Salve, llena de gracia! sois más odorífera que el lirio, más encendida que la rosa, y vuestra eflorescencia es más espléndida que todas las flores de la primavera más hermosa.

«¡Salve, sí, salve y salve, Vírgen María! el cielo y la tierra están llenos de vuestra grandeza (1).»

De este modo la santísima Vírgen estaba simbolizada en la Tierra Santa.

XXI.

La Vírgen santísima, Jerusalen y el Templo.

El templo de Jerusalen era la maravilla del mundo. Estaba edificado sobre la montaña de Sion, en el seno de la ciudad santa, y el mismo Jesucristo nos lo muestra en el Evangelio como representacion de su santa humanidad: *Destruid ese templo,* dice á los judíos, *y lo reedificaré en tres dias* (2). María es la verdadera Jerusalen, la ciudad santa

(1) Hom. in Annuntiat. B. M. V.
(2) Ev. Joan, II, 19.

que contiene el Templo, que contiene á Cristo. Es la montaña de Sion que corona el Templo.

«Jerusalen es María. Jerusalen significa vision de paz: ¿con cuántos títulos esta Vírgen, tres veces santa, no debe ser llamada Jerusalen, Ella que, *bendita entre todas las mujeres*, ha visto la paz del verdadero Israel, es decir, su Hijo Jesucristo, de quien ha dicho el Apóstol: *Él es nuestra paz?* María ha visto á Jesús nuestra paz, lo ha visto como ninguna criatura y antes que ninguna criatura. Es la bella, la santa Jerusalen, la ciudad de Dios llena de encantos y de gracias, la *que las hijas de Sion llaman bienaventurada y que las reinas no cesan de exaltar*, como dice la Escritura (1). ¡Salve, María, llena de gracia! vuestra hermosura sobrepuja mil veces la hermosura de Jerusalen, y vuestra magnificencia la magnificencia del templo de Salomon (2).»

Jerusalen es para el templo: María es para Jesús; y Jesús es para todos los hombres lo que el templo era para los judíos, centro de adoracion, cita divina y sacerdotal donde todas las almas deben reunirse para rendir á Dios las adoraciones de la única verdadera Religion. San Bernardo llama á María: «Nuestro refugio, abierto siempre á todos los que padecen. Todo el que desdeñe este asilo tutelar corre gran peligro de perderse.»

Jerusalen era el punto central de la Tierra San-

(1) Rupertus, de Divinis Officiis, lib. VII, cap. xxv.
(2) S. J. Damasc., hom. in Annuntiat. B. M. V.

ta, como tambien la Tierra Santa era el punto central y principal del universo. Sólo esta tierra privilegiada debia tener á Dios en los dias de su Encarnacion, y Jerusalen era la ciudad santa por excelencia, «la ciudad del gran Rey.» La humanidad tampoco no existe más que para la Iglesia; la Iglesia existe para María, que la conduce á Jesús, y por Jesús al Padre. El Salmista nos dice que *Dios nuestro Rey antes de todos los siglos ha obrado la salvacion en medio de la tierra*. Este medio de la tierra que Dios ha bendecido, ¿quién es, dice san Buenaventura, sino la Bienaventurada Vírgen? ¿No es ella el centro de donde ha salido para el mundo entero la bendicion de salvacion? San Bernardo dice á este propósito: «Cristo bajado sustancialmente al seno de la Vírgen María empezaba á obrar nuestra salvacion en medio de la tierra, porque María es admirablemente llamada el medio de la tierra. Hácia ella, como á su centro, como hácia el Arca de Dios, como á la razon de ser de todas las cosas, como al grande interés de todos los siglos, vuelven sus ojos los habitantes del cielo y del purgatorio, los que han vivido con nosotros, los que vivimos todavía, los que vendrán despues de nosotros, los hijos de nuestros hijos y los que nacerán de ellos, los habitantes del cielo para que se llenen sus filas, los del purgatorio para ser libertados, los antiguos fieles á fin de ver realizadas sus profecías y esperanzas, los otros á fin de llegar á la gloria del paraiso. Sí, con razon todas las criaturas vuelven sus miradas hácia Vos ¡oh Madre de Dios, Soberana del mundo, Rei-

na del cielo! En Vos, por Vos y con Vos la poderosa bondad del Señor ha levantado todo lo que habia criado. De este modo está María en medio de la tierra en la cual ha sido bendecido Israel, el pueblo de Dios (1).»

Cuando los judíos estaban lejos de la ciudad santa, debian, en sus oraciones, volverse hácia ella y hácia el Templo: nosotros, verdaderos hijos de Israel, para llegar al corazon del Padre celestial, debemos ofrecer nuestros votos y oraciones por Jesús y María; por Jesús y con María, pues para subir al Templo era preciso primero pasar por las calles de Jerusalen; este es el órden de la Providencia en el culto que espera Dios de sus criaturas. «Al Padre por medio de Jesús, y á Jesús por medio de María,» decia san Bernardo.

La Tierra Santa, Jerusalen y el Templo estaban predestinados á esta doble gloria de figurar durante largos siglos á Cristo y su Madre; despues, en los dias de su aparicion sobre la tierra, á poseerlos, verlos, mostrarlos al mundo, proveer á su alimentacion y todas las necesidades de su vida corporal, recibir la gracia de sus miradas, oir el eco bendito de su voz, ser testigos de su vida, de sus lágrimas y de todos los misterios de su muerte, resurreccion y celestial triunfo.

¡Qué transportes de amor y qué adoraciones debieron experimentar los Angeles propuestos para la guarda de estos lugares sagrados, cuando la Vírgen

(1) Speculi, xv.

María y el Hijo de Dios tomaron posesion y los honraron con su presencia santificadora, María durante sesenta y tres años, Jesús durante treinta y tres y medio! La Iglesia y la Eucaristía extienden sobre el universo estos mismos transportes: el misterio de la Iglesia, Esposa, Vírgen y Madre, es en efecto la continuacion, la prolongacion del misterio de María, y bajo la humildad de la forma sacramental, la Eucaristía es el misterio de la Encarnacion prolongado hasta el segundo advenimiento á través de los siglos.

Este gran misterio de santificacion universal de la tierra se cumplirá en toda su plenitud cuando *el príncipe de este mundo sea escuchado*, como lo anuncia Nuestro Señor, y cuando aparezcan *el nuevo cielo y la tierra renovada*, de que habla san Juan en su Apocalipsis: *Bienaventurado el que tenga sitio en esta resurreccion del mundo* (1). ¡Dignaos, oh dulce y misericordiosísima María, hacernos participar de ella, aunque seamos mil veces indignos de este soberano honor!

XXII.

La Vírgen santísima y el vellocino de Gedeon.

La tradicion católica y la santa liturgia nos enseñan en el doble milagro del vellocino de Gedeon una espléndida figura de la Vírgen inmaculada, Madre del Salvador.

(1) Apoc. XX y XXI.

Infieles á la gracia de Dios y en castigo de su falta, los Israelitas habian caido bajo el yugo de los Madianitas. Gedeon, escogido por el Señor para salvador de su pueblo, baja al valle de Jezrael. Habia recibido el glorioso sobrenombre de Jerobaal, es decir, exterminador del demonio. El Señor da á su elegido un signo divino de la mision que le confia: *Si es por mí,* le dijo Gedeon, *por quien ha de ser salvado vuestro pueblo, hé aquí la señal que os pido: pondré en la era este vellon de lana, y si el rocío cayera en él solo y toda la tierra de alrededor quedare seca, sabré que mi mano ha de salvar al pueblo.* Dios hizo lo que Gedeon le habia pedido, y éste, tomando el vellocino, exprimió el abundante y milagroso rocío, llenando un vaso entero. *Señor,* dijo este varon santo, *dignaos darme una segunda señal: ruégote que sólo el vellocino quede seco* (1). Y en efecto sucedió así.

Este doble milagro estaba destinado á representarnos el misterio de la Inmaculada Concepcion y el misterio de la Maternidad divina. «¿Cuál es, dice san Juan Damasceno, ese vellocino del Señor sobre el cual como lluvia de gracias debe descender el Hijo de Dios, Hijo del Rey universal, que es eterno como el Padre y participa de su soberanía? ¿No es evidente que sois Vos, santísima Vírgen María?... Vos sois el vellocino que anuncia á Gedeon su victoria, y de vuestro seno inmaculado se ha levantado Aquel que es rocío inmortal y nos

(1) Liber Judicum, VI.

ha dicho con su propia boca: *Tened confianza, he vencido al mundo* (1).»

«El rocío del cielo que cae en abundancia sobre el vellocino de Gedeon y sobre él solo, ¿qué es, dice á su vez san Bernardo, sino la plenitud de la gracia concedida á María y á Ella sola entre todas las criaturas, sola entre todas las mujeres (2)?»

Esta gracia, de la que está llena y que le es dada por el verdadero Gedeon, Cristo Salvador del mundo, es primero la Concepcion inmaculada, privilegio único concedido á ella sola; despues es la Maternidad divina, es la Encarnacion de Dios en María; Jesús es el rocío de la eternidad que viene á refrescar y fecundizar la tierra seca por el fuego del pecado. «El rocío sobre el vellocino es Jesús en la Vírgen (3);» es, segun la graciosa idea de san Jerónimo, «el Cordero de Dios en la oveja de Dios, vellocino casto y purísimo que ha sido impregnado del rocío de los cielos, mientras que el mundo entero permanecia árido (4).» «Esta agua viva, bajada del cielo, se extendió silenciosamente sobre el vellocino, que es la Vírgen. Bajo la presion de la cruz, el vellocino la derramó toda en lluvia de salvacion robre el universo (5).» Así hablaba en el siglo quinto san Pedro Crisólogo, arzobispo de Rávena.

(1) Hom. I in dormit.; II in Nativ. B. M. V.
(2) S. Bern. in Nativ. Mariæ.
(3) Corn. á Lap. in Librum Judicum, VI.
(4) In Epitaphia Paulæ.
(5) De Annuntiatione, serm. III.

Toda la gracia de salvacion llega al mundo por María, de quien la recibimos, como Ella la recibe de Jesús. Gedeon exprime el rocío del vellocino y llena un vaso: este vaso es la santa Iglesia que Jesús llena de la gracia concedida á su Madre. «Contemplemos aquí el designio de Dios, reconozcamos el designio de su sabiduría y ternura; debiendo rociar todo el campo, empieza por llenar de rocío el vellocino de la oveja; debiendo rescatar el género humano, pone primero todo el precio de esta redencion en María.»

David dirá un dia de este misterioso rocío: *Bajará el Señor como la lluvia sobre el vellocino, y como agua del cielo que refresca la tierra sin ruido; lluvia de amor que desde el orígen preparaba Dios á su herencia* (1): bajó silenciosa, apacible, desconocida de los hombres al seno purísimo de la Vírgen María, y en seguida se derramó sobre todo el universo por boca de los Apóstoles, no como el rocío sobre el vellocino, sino como torrente impetuoso que regocija la ciudad de Dios. Tales son las ideas de san Ambrosio, san Efren y otros varios Padres que invocan á la bienaventurada Vírgen bajo el nombre de «vellocino de Gedeon.»

El segundo milagro que obtuvo Gedeon profetizaba la inmaculada Concepcion de María y su perfecta pureza: toda la tierra estaba llena de agua, y sólo el vellocino permanecia seco. Si por un lado la tierra se ha refrescado y fecundizado por el ro-

(1) Psal. LXXI, v. 6; LXVII, v. 10.

cío celestial, por otro está árida y devastada por la lluvia de las tempestades. El rocío es la gracia, don de Dios, es Jesús dilatándose en sus criaturas: las lluvias de tempestades son las pasiones y las concupiscencias, dones del infierno. Estas aguas nefastas sólo conciben ruinas y sólo producen fango. La Vírgen santísima es la única libre de esta humillacion por el celestial privilegio de su Concepcion inmaculada; el Señor, por respeto á sí mismo, ha sustraido á la ley del pecado á Aquella que un dia debia ser su Madre. Sólo María es inmaculada, sólo Ella exenta de la maldicion que envuelve al mundo entero; Ella está por encima del pecado, absolutamente intacta, y es más pura que los Angeles.

Que yo no permanezca extraño á este doble misterio de vida, ¡oh dulcísima Vírgen, oveja de Dios, Madre inmaculada del Cordero sin mancha! Tengo sed de vuestro rocío, tengo hambre y sed de Jesús. ¡Oh santísima Madre, aunque indigno, dignaos darme á vuestro Jesús, por dentro con el rocío de la gracia y por fuera con el de la Eucaristía, á fin de que, fecundizada por el agua vivificadora que brota hácia la vida eterna, la sequedad, la pobreza de mi alma no sea ya obstáculo al amor de vuestro Hijo, mi amado Redentor!

«Sigamos, pues, hermanos mios, sigamos las huellas de María, exclama san Bernardo; y con el corazon abrasado por una ardiente oracion, prosternémenos á sus sagrados piés. Abrazémoslos y no los dejemos hasta que nos haya bendecido: ¿no

es Ella la «Vírgen poderosa?» Es el misterioso vellocino colocado por la Providencia entre el rocío y la tierra, entre Cristo y la Iglesia (1).»

María es la mediadora entre el cielo y la tierra, entre Jesús y la humanidad. ¡Bienaventurados los que se acogen bajo el vellocino de la Inmaculada, y encuentran su salvacion, y encuentran su gracia y su libertad! A la sombra de la santísima Vírgen se preservan de las manchas del pecado y permanecen puros en medio de la corrupcion del mundo.

XXIII.

La santísima Vírgen y el trono real de Salomon.

La santísima Vírgen es «trono de la gracia y de la misericordia divina;» es, como dicen las letanías, «trono de la Sabiduría,» es decir Cristo, el Verbo hecho carne, la Sabiduría eterna encarnada. La Sabiduría es inseparable de su trono; Dios Padre hace á María para Jesús; no queriendo que jamás los separen, concibe á María al mismo tiempo que la humanidad de Jesús. Son, como Adan y Eva, dos en una misma carne; Eva, hecha para Adan, de la sustancia de Adan, es, por decirlo así, prolongacion de Adan. Del mismo modo María es toda para Jesús, por Jesús y en Jesús. Saca de El toda su gloria, como el trono saca del rey toda su majestad.

(1) In Dominica infra Oclav. Assumpt. sermo.

Obrero divino de todas las obras de Dios, Jesucristo se ha preparado Él mismo este trono único, cielo terrestre, lugar bendito de sus delicias y reposo. Ha querido figurar á su santa Madre con el trono de marfil del rey Salomon, una de las maravillas de Jerusalen: *El rey Salomon*, dice la Escritura, *hizo un vasto y magnífico trono cubierto de oro deslumbrador, al cual se subia por seis escalones sobre los cuales estaban representados doce cachorros de leon vueltos hácia el trono mismo. Dos leones se mantenian en pié á derecha y á izquierda, cerca de los brazos del trono. En ningun reino se habia visto una obra parecida* (1).

«El trono de Salomon, dice san Buenaventura, es la santísima Vírgen María, tan maravillosamente grande en gracia y en gloria (2).» El asiento de este trono era de cedro odorífero é incorruptible; el respaldo, de oro macizo; los escalones estaban cubiertos de púrpura. «Todos eran símbolos proféticos de la pureza sin mancha de la Vírgen (3):» el cedro representaba su inmaculada santidad desde el momento de su concepcion, y esa pureza original que ha embalsamado á la Iglesia; el marfil, de una blancura llena de brillo y dulzura, de una dureza impenetrable y de un gran precio, representaba su pureza virginal plenamente conservada en el misterio de su maternidad divina, así como la perfec-

(1) III Reg., x.
(2) Speculi II.
(3) De Ecclesiastica Hierarchia, pars III, 7.

cion de su inalterable santidad durante el largo trabajo de su vida mortal. El oro macizo del respaldo representaba el peso inmenso de su gloria, unida íntimamente á la gloria de Jesús. Salomon quiso tener este respaldo tan rico como principal ornamento del trono de su realeza, porque el Rey de los cielos, verdadero Salomon, quiere tener por principal ornamento de su corte la gloria y maravillosa santidad de la Vírgen, su Madre, en quien vive eternamente.

La tradicion de los Padres nos da aquí espléndidas explicaciones. Se complace en mostrarnos como la santidad sobreeminente y excepcional de María realza maravillosamente la magnificencia y majestad de Jesucristo, que la ha escogido para su trono de amor en el misterio de la Encarnacion. Sucede como en los palacios de los reyes de la tierra, donde el esplendor del trono está destinado á imprimir en todos el respeto de la monarquía.

«Hé aquí, exclama san Juan Damasceno, hé aquí sobre la tierra un trono más maravilloso aún que el trono de los Querubines; es la Vírgen de quien está escrito: *Dios está en medio de ella, y nada podrá hacerla vacilar*. Ella es, en efecto, el trono, el asiento y la casa de Emmanuel, de Cristo, nuestro soberano Rey. Salve, trono elevado en la gloria hasta lo más alto de los cielos, asiento vivo donde el Señor viene á sentarse y encuentra un descanso más dulce que el regazo de los mismos Angeles (1).

(1) Serm. in Concep. Deiparæ, hom. II in Nativ.

Vos sois ese trono indefectible, trono inmortal, trono del Hijo de Dios, segun estas palabras del Profeta: *Su trono es como el sol delante de mi rostro y como una luna echa exprofeso para la eternidad* (1).»

Por eso Jesús siéntase en María, su trono de gracia y de gloria. «Vamos al Cordero que reina en medio de su trono; vamos á él y adorémosle. De lo alto de este trono de gracia, figurado por el gran trono de marfil de Salomon, es donde ruega incesantemente por nosotros el Padre celestial. Para simbolizar este se hizo fabricar el rey Salomon su magnífico trono: la Sabiduría de Dios hizo á la santa Iglesia, hizo á la Vírgen María, no como sus otras obras, sino por encima de todas sus demás obras. Cristo encarna en María y descansa en su seno virginal como en un trono de marfil: se une á su Esposa y le comunica todo lo que tiene (2).» Como ya hemos dicho, la Iglesia participa en efecto de la gracia de su Reina la Vírgen María. María es la Iglesia reasumida en una sola persona, perfecto tipo de la Iglesia en general y de cada uno de sus miembros en particular. Nosotros tambien, en proporcion, tenemos la gracia y el honor de llevar en nuestro interior santificado la Sabiduría eterna encarnada, el Rey celestial, Jefe de la Iglesia, Jesús, Hijo de Dios y María. «Jesucristo, que es la virtud y sabiduría de Dios, se hace, dice san Antonio de Padua, un trono para descansar, y este trono es el

(1) Speculi, VIII.
(2) Petrus Cellens. serm. IV. de Assumpt.

alma de todo justo, que Cristo ha creado por su sabiduría y levantado despues con su poder. El alma fiel es el asiento de la sabiduría (1).».

En san Pedro Damian encontramos un sermon consagrado á exponer en detalle el misterio del trono de Salomon con referencia á la Vírgen María. «Nuestro Salomon, dice entre otras cosas, no es solamente sabio como el antiguo, sino la Sabiduría misma del Padre; no es solamente pacífico, sino nuestra paz, que reune en una sola las dos alianzas. Se ha hecho un trono en el seno de la Vírgen inmaculada, al cual descendió y vino á descansar la majestad de Aquel que con una señal conmueve el universo.

«Bienaventurado el trono sobre el cual se ha dignado sentarse el Señor de señores, en quien y por quien se han renovado no solamente todos los Angeles y los hombres, sino tambien todas las demás criaturas. ¿Qué hay más grandioso que la Vírgen María, que ha encerrado en el santuario de su casto seno la infinita grandeza de la soberana divinidad? Contemplad ¡oh Serafines! la inefable dignidad de esta naturaleza excepcionalmente elevada; desplegad vuestras alas; levantaos hasta María. La veréis más grande que todo lo que hay de más grande; veréis que esta obra maestra sólo ha sido sobrepujada por Aquel que la ha hecho (2).

«Los dos leones de marfil y oro que se mantenian en pié sosteniendo por cada lado los brazos

(1) Dominica v post Trinitatem.

(2) Apud. Corn. á Lapid., in lib. III Regum, x, 18.

del trono de Salomon, representaban, dice san Antonio de Padua, el Arcángel Gabriel y san Juan Evangelista, ó bien san José y san Juan (1).» San Pedro Damian enseña lo mismo: «Gabriel y Juan fueron los dos mandados por el Señor para guardar á la Vírgen santísima; los dos fueron sus Angeles guardianes, y le fueron enteramente fieles; Gabriel, en el órden espiritual; san Juan, en el órden temporal. Con justo título los dos son representados por leones á causa de la potencia de su voz, que se hizo oir del universo. Lo que ellos han dicho es lo que nadie ha dicho ni dirá jamás. El Arcángel dijo: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.* Estas palabras son la Encarnacion de Dios, la Redencion de los hombres, la resurreccion del mundo. San Juan dijo: *En el principio era el Verbo.* Esta palabra es la divinidad del Verbo, la fe de la Iglesia, la confusion de los herejes, el misterio de la luz, el descanso de nuestras almas. En cuanto á san José, ha sido el leon de Nazareth protegiendo contra todos los poderes del demonio y del mundo á la Oveja y al Cordero de Dios, confiados á su custodia por el Padre Todopoderoso.»

Los doce cachorros de leon que estaban sobre los escalones del trono y lo miraban sin cesar son, segun testimonio de los mismos Santos, los doce Patriarcas y los doce Apóstoles, representantes de la Antigua y Nueva Ley. Todos miran al trono para

(1) Loco citato.

encontrar al Rey: todos miran á María para recibir de ella á Jesucristo, su única luz, su esperanza, su ciencia, su salud y su amor.

San Antonio de Padua encuentra en el Evangelio de la Anunciacion las seis virtudes que han elevado á María como por otros tantos escalones á la gracia de la maternidad divina. El primer escalon, la primera virtud, es la modestia, cuando se dice que *María se turbó al oir el saludo del Angel*. El segundo es la prudencia: *María reflexionaba y se preguntaba qué queria decir este saludo*. El tercero es la pureza: *¿Cómo se ha de hacer esto?* El cuarto es la constancia en los buenos propósitos: *Quiero permanecer vírgen, no conozco varon*. El quinto es la humildad: *Hé aquí la sierva del Señor*. El sexto, por último, es la obediencia: *Hágase en mí segun tu palabra*. Por esos seis escalones la Vírgen inmaculada subió á la dignidad de Madre de Dios y fué trono de su eterna majestad.

El mismo santo Doctor nos deja ver otra explicacion de estos seis peldaños, más profunda y más sublime: los seis escalones del trono de Jesús, Rey de gracia y de gloria, son las seis edades que debe durar el mundo y que tendrán remate en la séptima, la cual será el descanso de Dios en el órden sobrenatural, como el séptimo dia de la creacion fué su reposo en el órden natural. Este descanso será el reinado definitivo de Cristo en su Iglesia y con su Iglesia; será el verdadero y pacífico Salomon, sentado para siempre sobre el trono de su gloria.

La Vírgen inmaculada es el trono vivo del gran

Rey. «Señor, dice san Bernardo, cuando vuestro Verbo todopoderoso, vuestro Hijo, que es todo amor y consolacion, descendió del trono real de su eternidad, escogió el seno de la Vírgen María y se hizo un segundo trono no menos real que su Trono del cielo.

«¿No es María ese trono de David, su Padre, que el Angel de Dios prometió al santo Rey? No porque David, él mismo, debiese jamás sentarse, sino Cristo, Hijo de David, segun está escrito: *Os habeis preparado un trono, Señor, y esto por todos los siglos de los siglos.*

«María es el trono de Dios, trono sublime que domina toda criatura. ¡Qué hermoso es este marfil del verdadero trono del verdadero Rey de Israel! Es el marfil precioso, inestimable, de la castidad virginal. Aquel que está sentado sobre los Querubines ha elegido este puro marfil para hacerse un trono sobre la tierra, y ha dicho: *Hé aquí el lugar de mi reposo, hé aquí el trono donde voy á sentarme para siempre porque yo lo he escogido.* ¡Qué brillante es este marfil que ha encantado las miradas del Rey de reyes!

«En medio de las riquezas y obras maestras que le rodeaban, Salomon no veia nada que pudiese compararse con el magnífico trono de su gloria. Jesús no ve nada encima de María. Sola entre todos los elegidos, entre los Angeles y entre los hombres, María encuentra gracia delante de Dios de una manera única y sobreminente; solo Ella concibe y encarna al Hijo de Dios, y

la virtud del Altísimo toma la sustancia virginal del marfil de María para formarse un trono de gracia y de gloria. Sí, en verdad, es un trono de gloria, un trono admirable, y la Escritura le da este testimonio que *jamás ningun reino habia producido obra tan asombrosa.* ¡Oh bienaventurada María, cuyo seno virginal ha suministrado la carne virginal del Redentor, el precio de salvacion de nuestras almas, admiracion de los Angeles, sede adorable de la Majestad suprema y del Todopoderoso, Pan de vida inmortal, remedio del pecado, curacion de todas nuestras enfermedades!

«¡Bienaventurado el seno que os ha llevado, oh Jesús! ¡Bienaventurado el marfil de la virginidad de María, que nuestro Salomon ha preferido á todas las cosas (1)!»

En el cielo, todos los elegidos, con diferentes grados, son los tronos de amor de la majestad de Dios; pero la Vírgen María está en medio de ellos «como trono especial elevado sobre todos los otros; es, dice la Iglesia, exaltada por encima de los nueve coros de los Angeles. La Madre nada contempla encima de ella más que al Hijo; la Reina lo mismo; la Mediadora del mundo nada venera encima de ella más que al Mediador único de Dios y los hombres, Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, á quien sea dada toda la gloria y el amor en los siglos de los siglos (2).»

(1) Cuarrici abbatis, de Annuntiatione Dominica, s. I.
(2) Idem, in Assumptione B. M., serm. I.

XXIV.

La santísima Vírgen y la nube de Elías.

El profeta Elías es uno de los santos más grandes del Antiguo Testamento; su vida fué una série de milagros, coronada por un prodigio sorprendente, á saber, por su rapto milagroso sobre un carro de fuego por los Angeles. Elías no ha muerto, está reservado, con el patriarca Henoc, para combatir al Antecristo y servir de precursor al Señor inmediatamente antes del segundo advenimiento.

Entre los milagros de Elías, refiere la Escritura la sequedad de tres años y medio que el santo Profeta obtuvo de Dios para castigar los crímenes del impío Acab y su pueblo. Al fin de este tiempo, impulsado por el Espíritu de Dios, *Elías subió á la cima del Carmelo, se prosternó la cara contra el suelo, llamó á su criado, y le dijo: Véte y mira del lado del mar. Este obedeció y volvió diciendo: No hay nada. El Profeta le dijo: Vuelve hasta siete veces. Y á la séptima vez hé aquí que una nubecilla, pequeña como huella de un pié humano, se levantó del mar... Y de repente oscurecióse el horizonte, sopló el viento y se inundó la tierra en benéfica lluvia* (1).

Aquí los santos Padres nos muestran hermosos símbolos del misterio de salvacion. «La santísi-

(1) III Reg., XVIII.

ma Vírgen María, dice san Juan de Jerusalen, está representada por esta nubecilla. La nube de Elías era pequeña: la Vírgen fué humilde y pobre. La nube salió del seno del mar: María nació de la humanidad pecadora; y como esta nube, salida de una agua amarga, era sin embargo pura y sin amargor, así la Vírgen, hija de una raza manchada por el pecado, fué desde el orígen exenta de toda corrupcion. El mar es por su naturaleza pesado y amargo, mientras que la nube de Elías era dulce y ligera: en todos los hombres la naturaleza humana está agobiada por el mal y corrompida por la acritud del vicio, mientras que la bienaventurada María fué preservada desde su orígen del peso de todo pecado; fué celestial y ligera como la nube por estar inmune de pecado; fué dulce á consecuencia de la plenitud de los dones de la gracia (1).»

La Vírgen es *la nube ligera sobre la cual sube el Señor para entrar en Egipto,* como dice el profeta Isaías (2). Egipto es el mundo caido, y por María es por donde desciende el Hijo de Dios para habitar entre nosotros.

Por esta nube misteriosa, nos dice san Agustin, debemos entender «la carne de Cristo que llevaba y ocultaba el Señor, y la bienaventurada Vírgen, su Madre santísima. María, en efecto, fué totalmente santa de alma y cuerpo. La Vírgen María, Madre de Nuestro Señor, fué la nube del Profeta; llevó al Ni-

(1) De institutione monach., XXXII.
(2) Is. XIX.

ño Dios en sus brazos, suspendido á su cuello y descansando sobre su corazon (1).»

La santísima Vírgen fué la nube de Elías, nube luminosa, nube bienhechora, que trajo la salud al mundo. Desde el pecado original, el rocío del Espíritu Santo ya sólo podia caer parcialmente sobre la tierra; la sequedad y esterilidad todo lo habia invadido, y los ardores de Satán secaban por todas partes los manantiales de la vida de las almas. Por fin, María inmaculada apareció en el horizonte de los siglos; el Salvador se anunciaba por Ella, y por Ella iba á extenderse como una lluvia de luz. En esta humilde Vírgen estaba encerrada la Luz de vida, Luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene al mundo.»

Era, como dice la Escritura, «una nube ligera, porque no llevaba en sí más que la luz.» La Vírgen era una nube verdaderamente celestial y ligera, que llevó en su seno Aquel cuyo trono está por encima de los Querubines (2). Sí, dice san Jerónimo, por la nube ligera debemos entender la Vírgen María; el Salmo la llama *nube del dia*, porque esta santa nube no estuvo jamás en las tinieblas, sino siempre en la luz (3); verdaderamente ligera, añade san Ambrosio, porque esta Vírgen sagrada no conoció el peso del matrimonio; verdaderamente ligera, porque descargó al mundo de la pesada

(1) Serm. XXVII, in Natali Domini, XIX.
(2) S. Proclus, de Deiparæ.
(3) In Psalm. LXXVII, 14.

carga del pecado. ¿No llevaba en sus castas entrañas Aquel que es en persona la remision de los pecados (1)?

«El sol, cuando está velado por una nube, se oculta á nuestras miradas; del mismo modo nuestro Salvador, revestido de la carne que habia tomado en el seno de la Vírgen María, ocultó su divinidad á los ojos del hombre carnal. ¡Oh admirable é incomparable carne de la Vírgen, elevada por encima de las leyes naturales de la mujer, por encima de la condicion humana (2)! ¡Os saludamos, nube de luz! Vuestra mediacion cubre y refresca el nuevo Israel en esta vida; vos nos haceis oir los divinos decretos del amor, y es en vuestro seno bienaventurado donde se ha levantado sobre nosotros el Sol de justicia, iluminándolo todo con los rayos de su santidad (3).»

La nube misteriosa del Profeta se extendió en un instante, cubrió todo el cielo y fué acompañada de un viento impetuoso, del brillo del rayo, y por último de una lluvia muy abundante. Por el misterio de la Encarnacion y la Redencion, por el misterio de la Iglesia y de la gracia la Vírgen santísima ha cubierto el mundo de celestiales beneficios. De Ella ha salido todo, puesto que por Ella nos ha venido Jesús, «que es todo en todos.» El soplo del Espíritu Santo es ese viento impetuoso que prepa-

(1) De Institutione Virginis, XIII.
(2) S. Dam., hom. in Nativ. B. M. V.
(3) S. J. Damasc., hom. II in Nativ. B. M. V.

ra y acompaña la lluvia de Cristo, la gracia de salvacion. Así que san Epifanio, lleno de admiracion delante de estos grandes misterios del amor de Dios hácia los hombres, exclamaba: «¡Oh bienaventurada Vírgen, Vos sois la nube luminosa que para iluminar al mundo habeis bajado del cielo á Cristo como relámpago deslumbrador! Nube celestial, llevábais en vuestras entrañas el trueno del Espíritu Santo, que ha retumbado en todo el universo, y habeis dejado caer sobre nosotros la lluvia de gracia, cuyos saludables torrentes han inundado toda la tierra y hecho germinar los frutos de la fe (1).»

Así «la virginidad fecunda de María ha derramado sobre nosotros la lluvia de gracia de Cristo, decia san Ambrosio á las vírgenes de Milan. Preparad los vasos del Señor, y recoged con amor las aguas de este manantial de vida y virginidad, ¡oh vosotras, vírgenes consagradas á Jesús! Recoged, recoged la lluvia celestial de esta nube, que templa los ardores de la concupiscencia, apaga el fuego de las pasiones y humedece la tierra de vuestra alma! La lluvia de esta santa nube es la que nuestros padres nos han anunciado como la salvacion del mundo. ¡Oh qué santa nube! seguidla: ella ha concebido y nos ha dado el agua con que se riega toda la tierra. Recoged la lluvia de la Vírgen, lluvia de amor, lluvia de bendicion, que ha derramado el Señor sobre su herencia (2).»

(1) Serm. de Laud. Virg.
(2) De Institutione Virginis, XIII.

Tal es el sentido oculto del prodigio de la nube de Elías. Cuando apareció Juan Bautista «en el espíritu de Elías,» para preparar el camino al Señor, vió cumplirse literalmente, en sus principios al menos, lo que habia sido figurado en el profeta Elías. La predicacion evangélica, segun nota san Antonio de Padua, duró en efecto tres años y medio, y fué seguida de la Pentecostes, es decir, de la efusion del Espíritu Santo, que Jesús «sobre la cima del Carmelo,» es decir, de lo alto de los cielos, envió á su Iglesia naciente agrupada en el Cenáculo al rededor de María. La esterilidad relativa de la predicacion del Salvador se cambió desde entonces en una fecundidad milagrosa.

Al fin del mundo la sequía asolará la tierra durante tres años y medio (1). Con el poder de sus ruegos Elías atraerá de nuevo sobre la tierra la lluvia del cielo, la lluvia de la nube, Jesús, Hijo de Dios y de la Vírgen inmaculada. Cristo, con su Madre y todos sus Angeles, bajará en la gloria de su Padre, para echar para siempre al príncipe de este mundo, para glorificar su Iglesia y hacer entrar todos sus elegidos en las eternas alegrías del Señor.

La nube de Elías era, dice la Escritura, «semejante á la huella de un hombre.» En esto tambien figuraba á la santísima Vírgen, que ha sido en medio de nosotros la huella perfecta, no de un hombre, sino del Hijo del hombre. La Vírgen santísima

(1) Apoc. XI, 2; XIII, 5.

ha tenido la gracia de reproducir con tal perfeccion la perfeccion divina de Nuestro Señor, que bajo este aspecto ninguna criatura, por pura que sea, puede serle comparada. Ella ocupa un lugar aparte en la jerarquía de la santidad, la cual no es otra cosa que la semejanza de la criatura con Jesús, que la vida del Santo de los santos en la criatura.

La Vírgen santísima es en esto modelo de todos los cristianos. Un cristiano, dicen los Padres, es otro Cristo, un Jesucristo vivo y obrando en un hombre. Que cada uno de nosotros sea la huella menos imperfecta posible del divino Maestro, á fin de que la Vírgen santísima nos reconozca en este parecido por los verdaderos hijos de Dios Padre, su celestial Esposo; por verdaderos hijos de Ella misma; por hermanos legítimos de su santísimo Hijo; por verdaderos santuarios del Espíritu que ha hecho de Ella la obra maestra de la gracia.

¡Oh Jesús, vivo en María, venid, bajad á mi pobre alma! Reanimadla, refrescadla; preservadla de la sequía y esterilidad; empapadla en el agua viva de vuestra gracia, á fin de que sea en Vos toda luminosa, viva y plenamente fecunda para la eternidad.

XXV.

La santísima Vírgen y Judit.

El Espíritu de Jesús, intérprete de las Escrituras, ha descubierto á los santos Doctores una figura profética de la santísima Vírgen en la persona de Judit y de Ester.

Los asirios habian invadido la Tierra Santa; todo parecia perdido: despues de haber destruido Betulia, el insolente Holofernes, jefe de los asirios, debia saquear á Jerusalen y destruir el templo. Una sencilla mujer salvó á Israel. Era Judit, santa y humilde sierva de Dios, que pasaba los dias y las noches en la oracion, en el retiro y en la penitencia. El espíritu de Dios le inspiró la resolucion de salvar á Betulia, sitiada por Holofernes y reducida al último extremo. Se presentó delante del gran sacerdote Ozías en el momento en que éste iba á entregar la ciudad. El Señor la habia revestido de una belleza sobrenatural, de tal suerte que Ozías y los otros jefes de la ciudad *quedaron sorprendidos*, dice la Escritura, *cuando vieron esta incomparable hermosura* (1). Ella reanimó su valor, les dijo se pusiesen en oracion esperando su vuelta, y salió de Betulia acompañada de una criada. Cogida en seguida por los soldados asirios, Judit fué conducida delante de

(1) Liber Judith, x, 7.

Holofernes, quien estupefacto al ver esta belleza deslumbradora, *cayó por sus propios ojos* (1), como dice el sagrado Texto. Invitada por él á tomar parte en un gran festin, la casta y austera Judit aprovechó el sueño vergonzoso en que la borrachera habia sumido al bárbaro para cortarle la cabeza. Cargada de este trofeo, entró pacíficamente en Betulia, y á la mañana siguiente, espantados los asirios de la muerte de su jefe, huyeron de los judíos que por órden de esta santa mujer habian salido de la ciudad para echarse sobre el campo enemigo.

«La Vírgen María, dice el gran Doctor seráfico, ha sido admirablemente simbolizada por esta Judit tan célebre, de la que está escrito: *Era célebre entre todas las mujeres porque temia profundamente al Señor y no habia quien dijese una palabra contra ella.* María es célebre entre todas á causa de sus virtudes y sus santos ejemplos; más célebre todavía por sus prodigios de misericordia y sus beneficios inenarrables; soberana é incomparablemente célebre por las gracias y asombrosos privilegios de que la ha colmado el Señor. ¿Qué más asombroso que ser á la vez vírgen y madre, y ser Madre de Dios (2)?»

«Judit fué sombra y tipo de la santísima Vírgen (3).» Su hermosura es la imágen de esa hermosura absolutamente divina que hace de María la Vírgen llena de gracias; la mujer bendita entre to-

(1) Ibid., 17.
(2) Speculi, IX.
(3) Corn. á Lap., in Librum Judith, XIII.

das las mujeres, digna Madre del Hijo eterno de Dios, criatura única «en quien el Señor, dice san Bernardo, ha condensado la belleza de toda la creacion (1).» Ella brilla, sobre todo en el misterio de su Inmaculada Concepcion, con ese brillo celestial reservado para ser luz, fuerza, salud, salvacion de la Iglesia en las pruebas de los últimos tiempos. En el momento en que todo parezca perdido, la Vírgen inmaculada lo salvará todo. Holofernes es á la vez Satán, príncipe de este mundo, y el Antecristo, jefe visible de su ejército.

«Betulia es la Iglesia, la ciudad de Dios, dice san Buenaventura, y María es la libertadora de la Iglesia. Más ó menos la Iglesia está siempre expuesta á las divisiones y cismas, á los lazos de la herejía, á los pérfidos ataques del demonio (2).» En todos los siglos la Vírgen María ha hecho guerra á muerte á Satán y á los enemigos de la Iglesia; en todos tiempos ha «destrozado la cabeza de la serpiente.» Neron, Arrio, Nestorio, Eutiques, Pelagio, Mahoma, Focio, Barbaroja, Lutero, Calvino y Voltaire, ¿qué eran sino la cabeza de la serpiente, levantántándose bajo distintas formas contra Cristo y contra su obra? A todos estos Antecristos, á todos estos Holofernes, María los ha aplastado, y el misterio de la Encarnacion, que se personifica en Ella, domina al mundo á pesar de todos aquellos asaltos.

Despues de la victoria de Judit, el sumo sacer-

(1) De Assumptione, serm. IV.
(2) Laud. B. M. V.

dote Joacim, con todos los sacerdotes y el pueblo santo, vino de Jerusalen á Betulia para dar las gracias á su libertadora. Todos con voz unánime la bendijeron: *Tú eres la gloria de Jerusalen, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo, por cuanto te has portado varonilmente, y tu corazon amó la castidad; por lo que te ha confortado la mano del Señor y serás bendita para siempre! Tú eres bendita del Altísimo por encima de todas las mujeres, y en este dia te ha coronado de tal gloria que tus alabanzas estarán siempre en los labios de todos los hombres* (1). Evidente alusion á la salutacion del arcángel Gabriel: *Dios te salve, María, llena eres de gracia; bendita tú eres entre todas las mujeres;* así como á la hermosa profecía del *Magnificat: Todas las naciones me proclamarán bienaventurada.*

En todas sus pruebas, la Iglesia santa, humillada primero con Jesús y como Jesús, triunfa con Jesús y como Jesús, y es fiel en reconocer por su libertadora á la Vírgen María, inmaculada, llena de gracia y de gloria, la poderosa Madre de Jesús. Todos los Papas, todos los Obispos, todos los sacerdotes, todos los católicos han aclamado á María, como en otro tiempo el sumo pontífice y los israelitas aclamaron á Judit. En los últimos tiempos estos gritos de amor y agradecimiento se elevarán hácia la Vírgen inmaculada con transportes desconocidos hasta entonces, y el hermoso *Te Deum* de la santísima Vírgen, salido del ardiente corazon de san Buena-

(1) Liber Judith, xv, 9 et seq.

ventura, se encontrará en el fondo de todas las oraciones de la Iglesia:

«Te alabamos, Madre de Dios; confesamos que eres Vírgen y Madre.

«La tierra entera te venera como Esposa del Eterno.

«A tí todos los Angeles y Arcángeles, á tí los Querubines y los Serafines te aclaman sin cesar:

«Santa, santa, santa es la Madre de Dios, María siempre vírgen.

«Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestro Hijo.

«A tí honra como á su Reina la Corte celestial.

«Tú eres la que el mundo entero y la santa Iglesia invoca y celebra como Madre del Dios de majestad.

«Tú puerta del cielo, escala del reino de los cielos y de la gloria bienaventurada.

«Tú Esposa y Madre del Rey de la eternidad, templo y santuario del Espíritu Santo, noble reclinatorio de la santísima Trinidad.

«Tú mediadora entre Cristo y los hombres, tú abogada de los pobres.

«Tú dueña del mundo, Reina del cielo; despues de Jesús, única esperanza nuestra.

«Tú la promesa de los Patriarcas, verdad de los Profetas, luz de los Apóstoles, inspiradora de los Evangelistas, fuerza de los Mártires, modelo de Confesores, honra y alegría de las Vírgenes.

«¡Vírgen misericordiosa! haz que seamos del número de tus Santos en la gloria eterna.

«Salva, salva á tu pueblo, ¡oh dulcísima Soberana!

«Todos te saludamos, ¡oh Madre de amor!

«En tí, buena y dulce Madre, ponemos toda nuestra esperanza: ¡haz que no seamos confundidos eternamente (1)!»

Este es, Vírgen santísima, el grito de mi corazon. Te saludo con todos los Santos y todos los siglos, uniendo mi pobre voz á las suyas poderosas, para cantar el triunfo de Jesús y proclamaros bienaventurada. Me uno á vuestro santo siervo, al gran Pontífice escogido entre todos los Pontífices de Cristo para decretar vuestra Inmaculada Concepcion. Con él y con todos los fieles del cielo y de la tierra os saludo llena de gracia, gloria de la Iglesia, alegría de Israel, Reina concebida sin pecado! Aumentad en mi corazon y en todos los corazones el espíritu de fe, la fuerza, el amor de Jesús y el horror del mal! Destruid mi orgullo, mi vanidad, todos mis vicios. Dadme fuerza para vencer á Satán y participar aquí abajo y allá arriba del gran triunfo que nuestro Señor alcanza por vos contra el enemigo de su Iglesia.

(1) Psalterium B. M. V.

XXVI.

La santísima Vírgen y la reina Ester.

El pueblo judío estaba cautivo en Babilonia en justo castigo de tantas infidelidades acumuladas unas sobre otras. Su enemigo más cruel era un tal Amán, primer ministro de Asuero, rey de Babilonia. Este hombre orgulloso y sanguinario habia resuelto exterminar todos los judíos, desde que uno de ellos, el santo anciano Mardoqueo, rehusó doblar la rodilla delante de él y adorarlo. El decreto de exterminio estaba firmado, y tambien entonces todo parecia perdido.

Asuero habia tomado por esposa á una jóven vírgen llamada Ester, que sin saberlo el Rey era judía y fidelísima al Dios de Israel. Su belleza, como la de Judit, era deslumbradora. Asuero la habia coronado con su propia diadema, la amaba con amor singular y partia con ella su trono.

Mardoqueo, pariente próximo de Ester, le hizo conocer los proyectos del impío Amán, y la Reina, presentándose desolada delante de Asuero, obtuvo á la vez la salvacion del pueblo de Israel y la condenacion á muerte del orgulloso Amán.

No se necesitan muchas palabras para hacer resaltar las analogías de la historia de Ester con la mision de la santísima Vírgen, Esposa del Rey celestial, amada de Dios, Reina de la Iglesia, protec-

tora y libertadora del verdadero Israel. San Buenaventura y varios otros santos Doctores las han expuesto con una ciencia digna de su piedad.

María nos ha salvado dándonos Jesús, es decir el Salvador. La perfeccion de su humildad, de su dulzura y castidad, la gracia de su amor, la santidad de su inocencia, han encantado los ojos del Señor y han obligado, por decirlo así, la Bondad y Belleza soberana á inclinarse hácia esta Vírgen bendita, y elevarla por la maternidad á la cima del honor y la gloria. El Padre la ha coronado Reina de la creacion tomándola por Esposa, el Hijo tomándola por Madre, y el Espíritu Santo uniéndose todo entero á Ella y comunicándole la plenitud de la realeza universal de Dios vivo.

«Ester, dice la Escritura, se presentó delante de su potente esposo acompañada de dos siervas; se apoyaba familiarmente sobre la primera, y la segunda iba detrás de ella sosteniendo las franjas de su vestido. Ester, reina y soberana, es María, la gran Reina y la gran Soberana. Las dos compañeras que introduce cerca del Rey son la criatura angélica y la criatura humana; pues María es la verdadera Soberana de los Angeles y los hombres (1).» En la gloria de los cielos, se apoya con delicia en los nueve coros de Angeles que la llevan, la rodean y le forman un inefable y eterno cortejo. En la tierra marcha delante de las almas fieles que la siguen como á su Reina, que se unen á sus pasos

(1) S. Bonav., Speculum B. M. V., III.

imitando sus virtudes, y á quienes ella hace participantes de su gracia y soberanía, simbolizados por los vestidos que llevaba la segunda compañera de Ester. La Iglesia tiene el honor de seguir á la Vírgen Reina, Madre de su Rey.

Para mostrar á Ester que habia encontrado gracia á sus ojos, Asuero extendió sobre ella su real cetro y la abrazó con ternura. Asuero es el Señor que concede á María la gracia del género humano, extendiendo sobre ella el cetro de su poder, es decir, dándole por hijo á su Hijo único Jesucristo, por el cual, con el cual y en el cual reina en la tierra y el cielo. Jesús es el cetro real del Padre, así como lo explica san Buenaventura y otros varios Doctores. «Todopoderoso, Dios comunica á María todo su poder. Por eso, Vírgen bienaventurada, sois todopoderosa con Él, todopoderosa por Él, todopoderosa cerca de Él (1).»

Amán representa aquí el mismo papel que Holofernes: es la figura de todos esos pequeños Anticristos que de siglo en siglo decretan el exterminio de la Iglesia, el aniquilamiento de la fe, la humillacion del Papado, la destruccion de las Ordenes religiosas; de esos rebeldes que por el poder de la espada ó la seduccion de la astucia, por la alteracion de la doctrina ó la corrupcion de costumbres, quieren matar á Jesús en las almas. Por encima de todo está la figura de *ese impío que el Señor destruirá con el soplo de su boca y por el brillo es-*

(1) Speculum, VIII.



pantoso de su segundo advenimiento, como dice el apóstol san Pablo (1). En el momento en que el Antecristo crea segura su victoria por la intercesion de la Vírgen inmaculada, de la santa Reina del mundo, aparecerá el Rey Jesús y salvará y glorificará para siempre á su pueblo fiel, hasta entonces cautivo y humillado.

Esta figura de María en la reina Ester no se ha escapado á ningun comentador de la Escritura.

Uno de los que han reasumido con más luz y profundidad lo que la tradicion nos refiere de la Vírgen santísima, dice á este propósito: Los que se escapan de la muerte eterna, se escapan por la poderosa intercesion de María. La historia de Ester nos lo prueba bajo la forma de un gracioso símbolo. Está escrito de Ester *que el rey la amó más que á todas las otras mujeres y colocó sobre su cabeza la diadema real*. Esta gracia que la reina Ester encontró delante de Asuero tuvo dos benditos efectos: el primero, obtener para ella misma la dignidad real; el segundo, arrancar á la muerte su pueblo condenado por el pérfido Aman. ¿No es esto lo que nuestra Ester, la bienaventurada María, ha obtenido del Rey eterno? Ha encontrado tan plenamente gracia delante de El, que se ha hecho Reina y Soberana y ha salvado al género humano condenado á muerte. Así que san Anselmo, en el arrebato de su agradecimiento, decia: «¿Qué daré yo á la Madre de mi Señor y mi Dios? Cautivo, he

(1) II ad Thessal., II, 8.

sido rescatado por el fruto bendito de sus entrañas; condenado á la muerte eterna, he sido salvado por su Hijo; estaba perdido, y su Hijo me ha encontrado y, del destierro de mi miseria, me ha vuelto misericordiosamente á la patria de la dicha eterna (1).»

La hermosa y santa Ester es coronada; la altiva Vasti, primera esposa del rey, es repudiada. Vasti, que es infiel y mala, es la naturaleza; Ester, fiel y pura entre todas las hijas de Israel, es la gracia, es María, Madre de la divina gracia y Reina de la Iglesia. Vasti, repudiada á justo título, es la sinagoga destituida de su santa dignidad por su infidelidad; Ester, toda hermosa é inocente, sacada de la cautividad para ser reina, es la Iglesia, la nueva Alianza, á cuya cabeza se presenta la Vírgen inmaculada. Vasti, añade san Buenaventura, representa tambien los corazones frágiles, indóciles y orgullosos que se pierden exaltándose. Por el contrario, Ester representa los corazones dulces y humildes, que viven de amor, santifican la penitencia y contricion, aman verdaderamente y no se elevan más que en las alturas de la contemplacion divina. ¿Qué hay en el mundo más dulce, más humilde, más amable que Vos, oh Vírgen María? ¿No sois la que apacigua todas las disenciones, Vos, la más misericordiosa y pura de las criaturas? Por eso el Rey del cielo os ha bendecido entre todas, escogiéndoos para Esposa y Madre suya.

(1) Speculi, v.

Vos sois la Reina todopoderosa que desenmascarais la perfidia de Amán, serpiente cruel é impura, enemiga del género humano; Vos la despojais de su imperio, la pisoteais, aplastais su cabeza, y ella, engañadora é impía, está condenada al infierno para siempre. Por Vos entramos en gracia con nuestro Dios. Soberana Esposa del soberano Rey, guardad como á las niñas de los ojos los siervos fieles de vuestro Jesús, y sed siempre consuelo del mundo y refugio de vuestro pueblo (1)!

En el libro sexto de sus Revelaciones, cuenta santa Brígida que la santísima Vírgen se dignó un dia aparecérsele y decirle: «Yo soy la Reina del cielo, yo soy la Madre de misericordia, yo soy la alegría de los Santos y el camino que conduce á Dios á los pecadores; y sin excluir el fuego del purgatorio no habrá pena que por mi causa no sea dulcificada y fácil de soportar. No hay pecador tan maldito, que, mientras tenga vida, esté excluido de mi misericordia, pues á causa mia es tentado con menor fuerza por los demonios. No hay criatura tan alejada de Dios, á menos que no esté del todo reprobada, que no pueda volver al Señor y obtener misericordia, si llega á invocarme (2).»

Tal es nuestra Ester, tal es la dulce Reina del nuevo pueblo de Dios.

(1) Laud. B. M. V.
(2) Cap. x.

XXVII.

De algunas figuras proféticas de la santísima Vírgen.

La Vírgen está tambien anunciada y profetizada por aquella famosa «puerta oriental» del templo de Salomon que permanecia siempre cerrada, áun para el mismo rey. *Esta puerta estará cerrada*, dijo el Señor al profeta Ezequiel; *nadie la abrirá, nadie pasará sus umbrales, porque el Señor Dios de Israel la ha escogido para su ingreso* (1).

Cristo Jesús es el Sol de justicia. Es el Oriente (2), es decir, el Sol levante de la vida eterna, que baja de las alturas del cielo para iluminar y fecundizar la tierra; y si baja así es por la Vírgen María, que entra en su templo y aparece en el mundo.

«La Puerta oriental del Templo, dice san Ambrosio, es la bienaventurada y gloriosa Vírgen María. Esta mística Puerta estuvo siempre cerrada hasta el advenimiento del Señor, es decir, de Cristo, y despues del nacimiento de Jesús se quedó intacta como antes (3).»

«¿Cuál es esa puerta del Señor, sino la Vírgen María? dice tambien el mismo Padre. Está cerrada porque María es vírgen. María es la puerta por la

(1) Ezeq. XLIV, 2.
(2) *Zachar.*, VI, 12.
(3) In Apocalypsin expositio; de visione septima.

que ha entrado Cristo al mundo, por la que ha bajado de los cielos Aquel cuya grandeza no hubiese podido jamás contener el mundo. ¡Oh santa y fiel puerta del Señor! Está cerrada, y jamás nada podrá abrirla. Cristo ha pasado sus umbrales, y ha permanecido cerrada. Pero sepámoslo bien; cada uno de nosotros tiene dentro de sí una puerta por la cual entra Cristo. *Abrid vuestras puertas*, dice el Salmista; *puertas celestiales, abríos, y entrará el Rey de la gloria*. Si esto acontece con los simples fieles, ¿qué no acontecerá con la Vírgen María? Esta puerta celestial está vuelta hácia Oriente, porque debia engendrar y concebir el Sol de justicia y derramar así en el mundo la verdadera luz (1).»

«Sí, añade san Jerónimo, la Virgen María es esa puerta de Oriente siempre cerrada y toda luminosa, que recibe, que guarda al Santo de los Santos, y al mismo tiempo lo da al mundo. Por ella entra y sale el Sol de la santidad, nuestro Pontífice segun el órden de Melquisedech (2).»

Y san Agustin: «¿Qué significa esa puerta misteriosa que permanece siempre cerrada en el templo del Señor sino la virginidad inviolable de María? ¿Qué quiere decir esta palabra del Profeta: *Ningun hombre pasará sus umbrales*, sino su virginidad en su santo matrimonio con José? ¿Qué quiere decir, por último, esta otra palabra: *Dios solo entra y sale por ella*, sino que el Espíritu Santo la llena y la cubre con su sombra? Esta puerta está

(1) De Institutione Virginis, VIII.
(2) Ex lib. adversus Jovinianum.

eternamente cerrada, es decir, que María al ser Madre permanece siempre Vírgen (1).»

La tradicion de la Iglesia griega se une á la latina para celebrar á la Vírgen santísima en el símbolo de la puerta oriental de Ezequiel. «Que venga, pues, el divino Ezequiel, dice san Juan Damasceno, que venga y nos diga cuál es esa puerta mística que sin abrirse ha dado paso al Señor, segun lo habia profetizado! ¡Dirá de seguro que sois Vos, Vírgen de las vírgenes, la que habeis realizado su profecía! ¿No sois Vos efectivamente la que ha dado paso al Dios de soberana majestad, cuando revistiéndose de la carne apareció en medio de nosotros sin lesion ninguna de vuestra santa virginidad? Tambien sois ¡oh María! la que celebran los Profetas, la que sirven los Angeles y rodean los Apóstoles, y por último la que san Juan, discípulo vírgen y teólogo de Jesús, asiste y ama tan tiernamente en calidad de Madre siempre Vírgen y Madre de Dios. ¡Salve, Puerta oriental, por quien nos ha sido dado el Sol levante de la vida y por quien han sido disipadas las sombras de la muerte (2)!»

Todos los Padres y todos los intérpretes han visto en la puerta oriental una profecía y un símbolo incontestable del misterio de María.

La Vírgen santísima nos es presentada bajo muchas señales por el Espíritu Santo en el Cantar de

(1) De Natali Domini, serm. XIV.

(2) Hom. I in Dormitionem B. M. V.; hom. II in Nativitatem B. M. V.

los Cantares, donde Jesús dice todo su amor, primero á María, su Madre inmaculada; despues á la Iglesia, su Esposa, y por último, á el alma fiel, esposa tambien querida de Jesús. Todos los santos Padres se han complacido en comentar, en su ardiente amor por su divino Salvador, por su Madre y su Iglesia, el Cantar de los Cantares y hacer resaltar sus analogías y figuras.

Entre estas figuras hay una en la cual la tradicion ha visto siempre á la Vírgen santísima: es el *Hortus conclusus*, el jardin reservado, donde entra solo el Esposo de los Cantares como en su paraíso de delicias. En este místico Jardin se abren toda clase de hermosas flores, entre otras la violeta odorífera, el lirio y la rosa.

«Vos sois el Huerto cerrado, oh María, Madre de Dios, exclama el docto san Bernardo. Jamás el pecado se ha atrevido á llevar á él su mano sacrílega y arrancar una sola de sus flores. Vos sois el Jardin embalsamado donde el celeste Perfumista ha reunido todas las aromas de la santidad, y donde se complace en hacer florecer las hermosas flores de todas las virtudes. Entre estas flores del cielo se encuentran tres que admiramos en Vos por encima de todas las otras, y cuyo perfume embalsama toda la casa del Señor: es la violeta de vuestra humildad, el lirio de vuestra castidad y la rosa de vuestro puro amor (1).»

¡Oh qué dichoso es el fiel cristiano que se esfuer-

(1) Ad Beatam Virginem Deiparam sermo panegyricus.

za por imitar estas tres virtudes de María! Ellas son las que han hecho á la Vírgen santísima Madre de Dios, Madre del Maestro de todas las virtudes, segun lo atestigua san Bernardo cuando dice: «La Vírgen ya llena de gracia ha encontrado delante de Dios una nueva gracia, por el fervor de su amor, por la perfeccion de su virginidad, por la profundidad de su humildad: ha sido Madre de Dios sin dejar de ser vírgen, y ha puesto en el mundo á su Jesús sin los dolores del parto (1).»

San Gregorio de Niza, san Epifanio, san Ildefonso, san Ambrosio, san Jerónimo y muchos otros Padres enseñan que la santísima Vírgen es llamada «el Jardin de Dios» á causa de su milagrosa fecundidad, y «el Jardin cerrado» á causa de su inmaculada concepcion y su perpétua virginidad. Jamás la serpiente ha podido penetrar en este nuevo Eden, añade san Juan Damasceno (2), y saluda magníficamente á la Vírgen santísima en estos términos:

«¡Salve, Huerto cerrado, cuyo perfume es el suave olor del campo fértil, bendecido por ese mismo Señor de quien sois Madre!

«¡Salve, Rosa inmortal, siempre embalsamada! Vuestro perfume ha encantado de tal suerte al Señor, que ha venido á descansar en Vos: haciéndose flor El mismo en vuestro seno, ha embalsamado al mundo.

(1) S. Bonav., Spec. B. M. V., XI.—In Nativ. B. M. V.
(2) Corn. á Lap. in Canticum Cantic., IV, 12.

«¡Salve, Lirio cuya flor, que es Jesucristo, reviste de su esplendor los lirios de nuestros campos!

«¡Salve, Flor incomparable de mil colores, á cual más brillantes, adornada del conjunto de todas las virtudes! Flor que engendra á su vez otra flor semejante en todo á Ella, sobre la cual descansa, como dice la Escritura, el Espíritu Santo con sus siete dones (1)!»

De este modo la Vírgen santísima es á la vez el jardin del cántico y la reflorescencia en que consiste todo su hechizo. De este Huerto cerrado ha salido la Flor de la eternidad, la Flor de la vara de Jessé, Jesús, Hijo de Dios é Hijo de María, sobre el cual descansa el Espíritu del Señor y todo el perfume de la divinidad. María inmaculada, Vírgen y Madre, es la tierra reservada que da su Señor y su Salvador al mundo.

María es tambien ese celestial instrumento de que se habla en la vision de Isaías. Arrebatado en éxtasis, el santo Profeta vió un ángel que con tenazas de oro purísimo cogió un carbon encendido del altar del Paraíso, y bajando hasta él lo acercó á sus labios á fin de purificarlos (2). Isaías es aquí el hombre caido que aspira á la purificacion, pero que sólo puede recibirla del Redentor, del áscua ardiendo bajada de los cielos para encender el fuego del amor divino sobre la tierra. Esta áscua misteriosa, este fuego de amor, la Vírgen ha ido á co-

(1) Hom. II in Nativitatem B. M. V.
(2) Is. VI, 6.

gerlo en el seno del Padre, y por la Vírgen ha sido dada á los hombres. San Andrés de Creta saluda á la Vírgen bajo el velo de este símbolo: «Yo os saludo, le dice, seráfico Instrumento que habeis traido del cielo á la tierra la mística áscua (1)!»

El Verbo encarnado, que es el Angel de la nueva y eterna Alianza, ha hecho El mismo á su bienaventurada Madre y se la ha preparado con sus propias manos; la ha cogido inmaculada y perfecta para bajar por ella á la tierra y purificar al mundo. Jesús es aquí á la vez el Angel y el áscua ardiendo, el Criador y el Hijo de María.

¡Oh puro y misericordioso instrumento de nuestra salvacion, conservadnos siempre á Aquel que nos habeis dado en Belen primero, despues en el Calvario! ¡Santísima Vírgen María, conservadnos á Jesús y su dulce amor, y no permitais nos separemos jamás de El, siendo como somos pobres pecadores inclinados al mal desde nuestra infancia y combatidos al mismo tiempo por dentro y por fuera!

El Antiguo Testamento encierra todavía otros símbolos proféticos de la Vírgen santísima; es una gran gracia descubrirlos, un manantial de luz el contemplarlos. Lo poco que se indica en estas páginas bastará tal vez para hacer comprender la verdad de las palabras de san Bernardo, citadas más arriba: «De María, por María y á causa de María ha sido dictada toda la santa Escritura. Por María es por quien ha sido hecho el mundo.»

(1) In Annuntiat. B. M. V.

XXVIII.

La santísima Vírgen profetizada por Moisés y por Isaías.

Una palabra acerca de las propiamente llamadas profecías. Las profecías no son lo mismo que las figuras. Las *figuras* de la santísima Vírgen son las personas, las cosas ó los hechos destinados por el Espíritu Santo para simbolizar de antemano la Vírgen santísima, Madre del Redentor; las *profecías* son los oráculos inspirados, con los cuales los hombres escogidos por Dios para profetizar el porvenir han anunciado á la Vírgen santísima y han hablado de lo que la concierne. Las figuras son profecías, pero las profecías no son figuras; la profecía es más explícita; pero la figura es más *mística*, es decir, que penetra más íntima y completamente en el misterio que representa.

Hay en la Escritura muchas profecías que se refieren á María. Hé aquí algunas de las más conocidas y más directas.

Recordemos primero á la más antigua de todas: *Pondré enemistad entre tí y la mujer,* dice el Señor á la serpiente del Edén, *y será ésta quien te aplaste la cabeza;* profecía de la inmaculada concepcion de María, profecía de su santidad perfecta y de la soberanía de que participa con Jesús; profecía de la victoria universal que alcanza sobre Satán por Je-

sús y con Jesús. En efecto, si la Vulgata dice: *Es Ella quien te aplastará la cabeza*, el texto hebreo dice: *Es el Hijo de la Mujer quien te aplastará la cabeza*. Estas dos versiones son del todo exactas y se completan una á otra. Es María quien aplastará la cabeza de la serpiente, pero sólo lo hará por Jesús, en Jesús y con Jesús, de quien será la Madre y compañera inseparable; y es Jesús, el Cristo y la Virtud de Dios quien sólo triunfará de Satán, pero no lo hará más que por su santa Madre, con Ella y en Ella.

Como ya lo hemos hecho notar en varias ocasiones, podríamos añadir que aquí tampoco se puede separar la Iglesia de la Vírgen santísima. Jesús es vencedor del demonio, del pecado y del mundo por su santa Iglesia, y ésta aplasta realmente con María la cabeza de la antigua serpiente á causa de Cristo, su Esposo celestial, que está todo en ella y que por ella combate, vive y triunfa aquí abajo. Esto es igualmente cierto en proporcion con cada fiel, miembro de Jesucristo.

En la profecía del Génesis Dios no dice: «Una mujer,» sino «la mujer,» es decir, la Mujer por excelencia, predestinada para ser la compañera del Hombre por excelencia, en los augustos misterios de salvacion y vida; es decir, la segunda Eva, verdadera Madre de los verdaderos vivientes, sola bendita entre todas las hijas de la primera Eva, de la mujer caida. Nada hay de comun entre la Vírgen María y el demonio; Ella lo aplasta totalmente por su purísima santidad.—Es de fe que esta profecía del Génesis es relativa á la Vírgen santísima.

Es tambien Moisés el que ha consignado en el libro de los Números la célebre profecía de Balaam. Obligado por el Espíritu Santo á bendecir á aquel Israel que acababa de maldecir: *Yo le veré*, exclama á pesar suyo Balaam, *yo le veré, pero no ahora; yo le contemplaré, pero no de cerca* (1). Hablaba de Cristo, Rey de Israel, que debia de venir. Ahora va á hablar de la Madre de este divino Mesías: *Una estrella se levantará de Jacob, un tallo saldrá de Israel* (2). Esta antigua profecía está textualmente consignada por la Iglesia en su liturgia: «La estrella se ha levantado del seno de Jacob; la Vírgen ha parido al Salvador. Os alabamos, oh Señor, Dios nuestro (3)!

María ha anunciado Jesús al mundo entero, como la estrella de los Magos la anunció á estos dichosos Reyes. Jesús, principio y fin de todas las cosas, es el objeto á que tendemos aquí abajo y en la eternidad: la Vírgen santísima es la estrella polar que nos guia en el viaje y nos conduce á su Hijo sin peligro de extraviarnos. Esta Estrella ha nacido de Jacob: el pueblo judío ha tenido la mision de dar á la humanidad su Redentor por la Vírgen María.

«La Vírgen santísima, dice san Bernardo, es la gloriosa estrella de Jacob; su adorable luz alumbra al universo, su esplendor deslumbrador brilla en

(1) Num. XXIV, 17.
(2) Ibid.
(3) In Circumcisione Domini.

los cielos y penetra hasta en los infiernos. Ella ilumina la tierra; reanima á las almas más todavía que á los cuerpos; hace nacer las virtudes, y sus ardores consumen los vicios (1).»

Dice lo mismo san Buenaventura, con toda la poesía de la verdad: «María es una estrella luminosísima; hace brotar el Rayo eterno cuando da al mundo al Hijo de Dios. De Ella es de quien está escrito en el libro de los Números: *Una estrella se levantará de Jacob, y un tallo saldrá de Israel.* Este tallo es el Hijo de Dios, que es el rayo de la aureola de María, nuestra dulce estrella. María, santa y bienaventurada estrella, estrella radiante, cuyo vivo Rayo ha penetrado, no solamente al mundo, sino tambien al cielo; no solamente al cielo, sino al infierno (2).

«Sí, esta estrella esplendidísima, que en nada oscurece su esplendidísima aureola, os profetizaba con entera verdad, Madre purísima y siempre Vírgen! Vos sois el tallo de Israel, la estrella de Jacob; Vos sois el rio de la gracia, el santuario inmaculado de la divinidad; Vos sois la Madre de quien el Hijo es la flor y la aureola; Vos derramais la miel de la caridad. ¡Salve, pues, oh tallo más fecundo que todos los árboles de la tierra! ¡Salve, estrella más brillante que todos los astros! ¡Vos sois la guardiana de los hombres y el descanso del mundo (3)!»

(1) Hom. II, super Missus est.
(2) Speculi., III.
(3) Laud. B. M. V.

Lo que decíamos de la profecía del Génesis se aplica igualmente á la profecía de los Números. Del mismo modo que la Mujer y el Hijo no hacen más que uno en la lucha contra la serpiente, lo mismo aquí la estrella y su rayo, el tallo y su flor, no hacen más que uno; de modo que los santos Padres aplican estas imágenes indiferentemente á Jesús y á María.

«En lengua hebrea, dice á su vez san Ildefonso de Sevilla, el nombre de María significa estrella del mar. María es la estrella de la cual ha salido el rayo de luz que alumbra al mundo entero. Acercaos á esta Vírgen, alabadla y sereis iluminados; pues por Ella es por quien la verdadera Luz brilla sobre el mar de la humanidad (1).»

«¡Yo te saludo, dice tambien san Efren, yo te saludo, Estrella esplendorosa de la cual ha salido Cristo! ¡Yo te saludo, oh Tú por quien se ha levantado sobre nosotros el brillante Sol de justicia! ¡Yo te saludo, Estrella de la mañana (2)!» Piadosa invocacion que la Iglesia ha recogido en sus letanías y que pone cada dia en boca de sus hijos!

Terminemos estos hermosos testimonios por el de san Pedro Damiano, que celebra así la Natividad de la santísima Vírgen: «Hoy ha aparecido en el mundo la Estrella por la cual el Sol de justicia ha brillado sobre las criaturas, astro anunciado por el Profeta en estos términos: *De Jacob se levantará*

(1) Serm. I, de Assumptione.
(2) Serm. de Laud. Virg.

una estrella, y un hombre saldrá de Israel. Hoy ha nacido esa Vírgen luminosa, de la cual ha salido, como un esposo de su cama nupcial, el más hermoso de los hijos de los hombres (1).»

Así han visto los santos Doctores á la Vírgen santísima con Nuestro Señor en la estrella de Jacob. Dichosos nosotros si en la peregrinacion de la vida marchamos siempre con los ojos fijos en la estrella inmaculada de Jesús! La vida presente es la mañana, la eternidad será el pleno medio dia; gracias á la Vírgen santísima, verémos á Jesús cara á cara; estarémos no solamente cerca de El, sino en El; y por El, con El y en El, gozarémos de Dios en una beatitud inmutable.

El profeta Isaías, á quien san Jerónimo llama con justicia «*Evangelista* más que Profeta,» ha tenido el insigne honor de anunciar la Vírgen santísima no menos claramente que su adorable Hijo. Dice, entre otras cosas, en su capítulo undécimo: *De la raíz de Jesé saldrá un tallo, y de este tallo saldrá una flor, y sobre esta flor vendrá á descansar el Espíritu del Señor: el Espíritu de sabiduría y de inteligencia, el Espíritu de consejo y de fuerza, el Espíritu de ciencia y piedad, el Espíritu del temor de Dios.* La tradicion está unánime en ver aquí la prediccion del misterio de Jesús y de María. Jesé era padre de David; María era su última descendiente, y Jesús, hijo de María, es llamado muchas veces en el Evangelio y áun por sí mismo: «Hijo de David.»

(1) Hom. in Nativitatem B. M. V.

Además, es de fe, segun la expresa declaracion hecha por Nuestro Señor, que este pasaje de Isaías se refiere directamente á su sagrada persona: *Hoy*, dice á los judíos de Nazaret, *se ha cumplido entre vosotros este pasaje de la Escritura* (1). Además, si la raíz es David, si la flor es Jesús, es evidente que el tallo es la bienaventurada Vírgen. San Jerónimo, Tertuliano, san Ambrosio, san Agustin, san Hilario, san Leon, san Bernardo y varios otros exponen en este sentido la profecía de Isaías.

«La raíz de Jesé, dice entre otros san Ambrosio, es el pueblo judío; la rama es María; la flor de María es Cristo, que disipa las miasmas apestadas del mundo y las reemplaza por los perfumes de la vida eterna. El mismo Jesús ha dicho por boca de uno de sus discípulos: *Yo soy la flor de la tierra; Yo soy el lirio de los valles*... Flor eterna, nacida de la rama y no de la espina; nacida de María, rama perfecta, esbelta y del todo virginal, que ha producido á Cristo como á una hermosa flor (2).»

«¡Oh Vírgen, exclama san Bernardo, admirable rama de Jesé! por Vos el árbol ha encontrado la savia de vida que la raíz habia perdido. Eva fué una raíz de amargura; María es una raíz de eterna dulzura, raíz admirable y profunda que dispensa la savia de la Sabiduría. María nacerá de Eva: ¡rama tan suave, de raíz tan amarga! ¡hija tan santa, de

(1) Luc. IV, 21.

(2) De Benedictionibus Patriarcharum, IV; in Appendice, serm. XXVIII.

madre tan pecadora! ¡una Reina nacerá de una esclava! ¡una rosa tan fresca saldrá de una espina tan seca! Vuestra madre, oh Vírgen santísima, no ha guardado la inocencia más que un instante; apenas se levantaba cuando ya estaba caida; aún no era madre, y ya habia condenado á la muerte los hijos que debian nacer de ella; pero la bienaventurada Vírgen María se ha hecho antídoto real contra el veneno mortal del seductor, y en su seno maternal nos ha preparado el secreto del remedio celestial (1).»

Citábamos hace poco algunas palabras del hermoso sermon de san Pedro Damiano sobre la natividad de la Vírgen santísima, y oíamos á este gran Doctor explicar la profecía de la estrella de Jacob. Ahora tambien va á explicarnos la profecía de que estamos tratando.

«Hoy se ha cumplido, dice, la profecía que el príncipe de los profetas, Isaías, el heraldo encargado de anunciar el advenimiento de la Reina del mundo, proclamaba con su gran voz: *Saldrá un tallo de la raíz de Jesé, y de este tallo saldrá una flor.* Con razon es llamada tallo esta Vírgen incomparable, que por el ardor de sus aspiraciones y por la perfeccion de toda su vida se ha dirigido siempre recta hácia los cielos. Sobre esta rama ha florecido nuestro dulce Redentor, el cual, sembrando sus Mártires y Confesores en el vasto campo del universo, la ha adornado maravillosamente como con

(1) De Laude B. M. V.

una corona de rosas y de lirios. Cristo mismo es la flor de las flores; es la única flor de la santa Iglesia, segun lo dice en su Cantar: *Yo soy la flor del campo, el lirio de los valles*. Este sagrado lirio no florece en la montaña, sino en la humilde pradera; pues el Dios que resiste á los soberbios se complace en residir en los corazones dulces y humildes. El lirio es Cristo, el lirio es igualmente la Madre de Cristo, segun estas palabras del mismo Cantar: *Como el lirio en medio de las espinas, así es mi amada en medio de las vírgenes*. Salida de la raza espinosa de los judíos, la bienaventurada Vírgen María estaba en su carne inmaculada toda esplendorosa de virginal castidad; ardia en su corazon con los puros ardores del amor de Dios y del prójimo, y derramaba en todas partes los perfumes de la santidad de sus obras, tendiendo al cielo por las continuas aspiraciones de su alma.»

La flor del tallo de Jesé es por lo tanto el Dios de Isaías, de David y de Jesé, el Dios y el Hijo de María; es Jesús, flor de la Iglesia, flor embalsamada que perfuma nuestros corazones. «¡Oh Dios mio, cuán adorable es, lo mismo en su purísimo nacimiento que en su dolorosa muerte! Es de Jesús, flor de María, de quien decia el Profeta: *Nace y será destrozado como una flor*. En su nacimiento esta flor es toda blanca: en su muerte está enrojecida; ella embelesa á los Angeles, vivifica soberanamente á los hombres. ¡Dichoso el campo de la humanidad que ha producido la rama de esta flor! Más dichosa todavía la rama que ha producido es-

ta flor en medio del campo! Pero dichosa por encima de todo la flor sin la cual ni la rama ni el campo no son nada! ¡Oh, sí, mil y mil veces dichosa la flor celestial sobre la cual el Espíritu del Señor ha descansado tan plenamente, que sin ella ninguna criatura puede tener la gracia del Espíritu Santo!

«Y tú, cristiano, si aspiras á esta flor, si quieres cogerla, dobla su tallo con la fuerza de tus oraciones. La flor, á causa de su divinidad, es inaccesible; pero el tallo es flexible á causa de su ternura. La flor es muy rara, tan rara que es única en el cielo y en la tierra; y sin embargo, se da á todos, porque se abre, no en medio de un cercado reservado, sino en medio del campo donde pueden cogerla todos los pasajeros (1).» «¡Oh Vírgen, rama sublime! ¡Oh planta verdaderamente celestial, santa y preciosa entre todas (2)!»

A la rama y á la flor de Jesé se han vuelto todas las flores salvajes de los cuarenta siglos que han precedido á la Encarnacion. Desde el primer momento de su germinacion inmaculada, María, rama de Cristo, se ha elevado á tal altura de santidad, que ha llegado á los cielos, y el Rey del cielo, al dignarse hacer hijo de María, volviéndose flor celestial de la tierra, ha querido aparecer en el mundo llevado en María, en los brazos de María, descansando sobre el seno de María. ¡Oh rama digna

(1) S. Bonav., Speculum B. M. V., XII.
(2) S. Bern. De Adventu Domini, serm. II.

de tan digna flor! Para los Profetas aún no estábais producida; pero nosotros, hijos de la nueva Alianza, tenemos la alegría de admirar vuestro esplendor y aspirar vuestro perfume! La rama y la flor no componen más que uno; Jesús y María no componen más que uno, fundidos como están en el mismo misterio.

Dice tambien Isaías: *El mismo Señor os dará una señal; hé aquí que la Vírgen concebirá y parirá un Hijo, y será su nombre Emmanuel* (1). Una señal, es decir, un prodigio; y esta señal será, no una vírgen, sino *la Vírgen* hecha madre sin dejar de ser vírgen; y el nombre de su Hijo será Emmanuel, es decir, Dios con nosotros. Á estas palabras proféticas de Isaías corresponde maravillosamente el angélico saludo de Gabriel: *No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios; hé aquí que concebirás y parirás un Hijo á quien le pondrás por nombre Jesús* (2). Jesús es el verdadero Dios hecho verdadero hombre; Jesús es Emmanuel, es Dios con nosotros. El Evangelio lo dice formalmente, y esta interpretacion es de fe revelada (3).

Este prodigio, esta incomparable señal de la Vírgen, Madre de Dios, la describe á su vez san Juan en el Apocalipsis: *Una gran señal ha aparecido en los cielos: la Mujer revestida del sol, teniendo bajo sus piés á la luna, y coronada de doce estrellas* (4).

(1) Isai. VII, 14.
(2) Luc. I, 30.
(3) Matth. I, 23.
(4) Apoc. XII, 1.

Esta Mujer única, ¿quién no la reconoce? es la Vírgen única, la Mujer profetizada en el Edén y cantada por Moisés; la Vírgen milagrosamente Madre, la Madre de Dios con nosotros, cantada por Isaías; es María, Madre adoptiva de san Juan, contemplada por él en los esplendores de su gloria, revestida de Cristo, Reina de la tierra, Reina de los cielos. Es tambien la Iglesia; pero la Iglesia contemplada en su perfecta manifestacion, es decir, en María, Reina inmaculada de la Iglesia y su compendio vivo.

Es casi supérfluo decir que los santos Padres han visto en el segundo pasaje de Isaías una profecía evidente de la Vírgen santísima. Para no cansar al lector citarémos tan sólo dos, uno de la Iglesia griega, otro de la latina.

«¿Cuál es, se pregunta san Juan Damasceno, cuál es esa Vírgen profetizada por el profeta Isaías como la que debia concebir y parir un Hijo que vendria á vivir con nosotros, y se haria hombre sin dejar de ser Dios? ¿No está claro que sois Vos, oh santísima Vírgen Madre (1)?»

Y san Ambrosio dice igualmente: «Isaías, extasiado de gozo á la vista del tesoro que Dios preparaba á la tierra, exclamaba: *Hé aquí que una Vírgen concebirá y parirá un Hijo que será llamado Emmanuel, es decir, Dios con nosotros.* ¿De dónde nos viene este tesoro? Ciertamente, no de la tierra, es del cielo. Cristo se ha escogido el vaso sagrado,

(1) Hom. I in Dormit. B. M. V.

en el cual y por el cual bajará un dia, y ha consagrado El mismo este santuario de inocencia (1).»

La Vírgen santísima es la obra maestra de la gracia y del amor creador del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Despues de la adorable humanidad de Jesús, esta es la maravilla del divino poder. Es un prodigio en todo su sér; aún más que esto: es con Jesús el prodigio de Dios, el milagro de los milagros, y el fundamento de todo órden sobrenatural. Es «la señal» que Dios nos da; es «la gran señal que aparece en el cielo» y que á la vez se manifiesta á la tierra.

Su amor es prenda segura de predestinacion; sello de los verdaderos hijos del Padre celestial y de los verdaderos hermanos de Jesús. Que llene, pues, todo mi corazon. ¡Oh Jesús, Huésped sagrado de mi alma, mi amado Emmanuel, dignaos fundir mi corazon con el vuestro, á fin de que yo sea todo de María, con Vos, por Vos, como Vos y en Vos!

XXIX.

La Vírgen santísima profetizada por Jeremías, Daniel y el santo rey David.

Despues de Isaías, el profeta Jeremías anuncia al mundo la santísima Madre de Dios Redentor. *El Señor*, dice, *ha creado sobre la tierra una maravilla*

(1) De Institut. Virginis.

inaudita: una mujer contendrá un hombre (1). El misterio de la Encarnacion, que es el fundamento y centro de todo el órden de la gracia, es un efecto, una creacion nueva añadida á la creacion de la naturaleza; es la estátua colocada sobre el pedestal; es el soplo de vida que hace de Adan el Hijo de Dios; es la naturaleza sobrenaturalizada, deificada, glorificada. El misterio de la Encarnacion y el misterio de la creacion, el misterio de la gracia y el de la naturaleza, son dos creaciones distintas aunque inseparablemente unidas.

La Mujer de que habla aquí Jeremías es siempre la mujer única, la mujer del Eden, que llevará en su seno no un niño ordinario, sino un hombre perfecto, ó mejor dicho, el Hombre perfecto, el Hombre que es Dios, el Hombre que es el Criador y Maestro de los hombres, el Hombre-Dios, Criador, Señor y Salvador de su bienaventurada Madre. Es de fe, en efecto, que, desde el primer instante de su concepcion en el seno de María, Jesús, tal como era verdadero niño, tenia sin embargo la plenitud de los dones de la gracia y de la naturaleza, el pleno uso de todos los poderes morales é intelectuales que constituyen el hombre perfecto; en una palabra, que era un Niño-Hombre, del mismo modo que era Niño-Dios. Para representar este misterio, Adan, figura de Cristo, ha sido creado hombre perfecto y en el pleno ejercicio de todas sus facultades.

«El Señor, dice san Bernardo, ha obrado un

(1) Jerem. xxx, 22.

nuevo prodigio sobre la tierra al crear esa Mujer que debia llevar en su seno un hombre perfecto, y ¿quién es ese hombre sino Cristo, de quien está escrito: *Hé aquí el hombre, y su nombre es el Oriente* (1)... Luego la Mujer conteniendo al Hombre es la Vírgen hecha Madre de Dios.»

«El Señor es ese hombre de que habla Jeremías: *Una mujer contendrá un hombre*. Esta mujer es María, mujer cuanto á la naturaleza, pero no cuanto á la corrupcion del pecado. Madre de gracia, ha contenido, ha encerrado en su seno á Cristo nuestro Señor (2).»

«¡Oh Señor, exclama san Cipriano, cuán admirable sois! Sois verdaderamente el Dios de los prodigios, pero entre todos los prodigios el que más me confunde es el verdadero Dios en el seno de la Vírgen; es el Todopoderoso, el Verbo de Dios hecho carne; es un Dios espíritu puro, revestido de un cuerpo. Estas son las nuevas maravillas profetizadas por Jeremías (3).» Así se ha hecho hombre el Criador del hombre, escogiendo para primer santuario, para primer teatro del milagro de su Encarnacion el seno inmaculado de María, Vírgen y Madre del Hombre-Dios.

Jesús en María: ¡qué adorable misterio! «Es la inmensidad reducida en pequeño espacio, la gran-

(1) In Dominica infra Octav. Assumptionis.
(2) S. Bonav., Speculi, VII.
(3) Serm. III de Nativitate; apud Corn. á Lap. in Jerem. XXXI.

deza empequeñecida, la sublimidad rebajada, el abismo colmado; es la luz que no luce, la palabra que no habla; es la fuerza reducida á la debilidad (1).» Y todo esto se obra en María.

La profecía de Jeremías tiene todavía un sentido más profundo, igualmente relativo al misterio de la maternidad divina y de la Encarnacion del Hijo de Dios. Dios es el Padre y el Esposo celestial, todo espiritual y todo interior, de la Vírgen María. Dios habita en Ella, no solamente como Criador en su criatura perfecta, sino tambien como Esposo eterno en su amada. En el Espíritu Santo, que es el Amor eterno, está perpétuamente unido á María, á quien da su Hijo único. Hace fecunda su santa virginidad; hace de María la Madre del Verbo eterno, igualmente que Madre de la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, y Madre de cada fiel, miembro vivo de Cristo.

Así la Vírgen, Esposa de Dios, posee y contiene en Ella misma su adorable Esposo, Padre de Nuestro Señor Jesucristo; prodigio inaudito, maravilla única, que Dios ha creado sobre la tierra. Tal es el misterio de la Encarnacion contemplado, no ya en Jesucristo, sino en el Padre celestial, Esposo de la Vírgen.

«La gloria de esta Hija del Rey viene toda entera de dentro, dice san Juan Damasceno, mientras que la gloria de las otras mujeres les viene del Esposo, que está fuera. ¡Oh Mujer del todo digna de amor,

(1) S. Bern. Hom. II super Missus est.

Vírgen tres veces dichosa! ¡Oh Mujer, hija del rey David y Madre de Dios, que es Rey del universo! ¡Oh viva imágen de la Divinidad, cuya hermosura ha encantado al Dios Criador, y cuya alma se ha aplicado á Dios solo (1).»

El mismo santo Doctor dice tambien en un extático transporte: *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios* (pues yo tambien voy á servirme de las palabras del Apóstol), *y cuán incomprensibles son sus designios y cuán impenetrables sus vias!* ¡Bondad inmensa, amor que nadie puede comprender! Aquel que llama lo que no es, lo mismo que lo que es: Aquel que llena el cielo y la tierra: Aquel cuyo trono es el cielo y cuyo escalon es la tierra, escogió el seno de su Sierva para hacerse un palacio digno de su grandeza, y para obrar en Ella el más nuevo, el más inaudito de los misterios! ¡Oh prerogativas de la Vírgen, superiores á todas las condiciones de la naturaleza humana (2).

Así ha profetizado Jeremías á María, como Esposa del Padre celestial y como Madre del Verbo encarnado.

El profeta Daniel, en la célebre vision que explica al rey de Babilonia, y en la que se refiere á los últimos tiempos, es decir, á los tiempos de la Encarnacion y del advenimiento del Señor, le mostró á Cristo como *una piedra desprendida de la mon-*

(1) Hom. I in Nativ. B. M. V.
(2) Hom. I in Dormitionem B. M. V.

taña sin el concurso de ningun hombre; pero esta piedra se hizo un gran monte y cubrió toda la tierra (1).

Todos los intérpretes están acordes en el sentido de esta profecía: la montaña de la que se desprende sin concurso humano la piedra que derriba al coloso, para convertirse luego en gigantesca montaña que domina á toda la tierra, es María y es Jesús: es la Vírgen María haciéndose Madre de un Hijo que no tiene padre sobre la tierra, porque es el Hijo eterno de Dios; es la Vírgen, cuyas gracias y sublimes virtudes son como la montaña de Dios (2). Así hablan san Agustin y san Jerónimo.

Así habla igualmente el papa san Gregorio el Magno: « Esta montaña, dice, figura la bienaventurada Vírgen María, Madre de Dios y siempre Vírgen: María ha sido la montaña de Dios, porque la sublimidad de su vocacion ha excedido todos los límites. ¿No es montaña sublime la que para concebir en su casto seno al Verbo eterno ha elevado la cumbre de sus virtudes sobre todos los corazones de los Angeles hasta el trono de la Divinidad? De Ella está escrito: *Habrá en los últimos tiempos una montaña destinada para habitacion del Señor, sobre la cima de las demás*. Y en efecto, ha salido una montaña que ha dominado á las demás, porque la sublimidad de María ha resplandecido sobre todos los Santos (3).»

(1) Dan. II, 34.
(2) Corn. á Lap., in Danielem, II.
(3) Lib. I Regum, I.

De la cima de la eternidad del Padre, de la cumbre de la santidad original de su Madre, *Jesús se lanza como un gigante para recorrer su camino* (1). Por su Iglesia, por sus Apóstoles, por sus Doctores y Mártires, por todos sus miembros, hace pedazos el soberbio y enfermo coloso, que es el imperio de Satanás: poco á poco llena el mundo y las almas, y el dia de su última venida, «cuando el príncipe de este mundo sea definitivamente expulsado (2),» el verdadero Rey de cielos y tierra, Jesús, Hijo de Dios y María, reinará en absoluto sobre todas las criaturas; la montaña cubrirá el mundo.

Cristo es «la piedra angular» sobre la cual está edificada la Iglesia; «es la piedra inmutable, la piedra eterna, dice san Buenaventura, explicando la profecía de Daniel. El Hijo de María es la piedra que nos lleva y proteje contra toda caida si nos apoyamos bien en ella. La lluvia, los torrentes, los vientos y las tempestades nada pueden contra la casa construida sobre la piedra. Las lluvias de la elocuencia de los herejes, los impetuosos torrentes de la concupiscencia y del mundo, los furores de la violencia humana se estrellan contra las almas cuyo fundamento es la roca de Cristo (3).» María es Madre de Jesús: es, por lo tanto, la Madre de la fuerza y de la salvacion.

(1) Psalm. XVIII.
(2) Ev. Joan, XII, 31.
(3) Speculum B. M. V., XI.

«Héla aquí la hermosa montaña de Dios, la montaña que sobrepuja mil veces á todas las colinas y á todos los montes, es decir, á la sublimidad de los hombres y á la de los Angeles! De esta montaña, Cristo, que es la piedra angular, ha querido tomar su cuerpo que no fuese separado por mano de hombre alguno. De María ha querido nacer Cristo, quien subsistiendo en la unidad de su persona eterna, ha reunido estos dos términos extremos, á saber, la naturaleza divina y la humana, uniendo los Angeles y los hombres, y haciendo de la gentilidad y del antiguo Israel un solo Israel espiritual y nuevo. Es la montaña de Dios, la montaña fecunda, aquella en la que á Dios le agrada residir. Es más santa que la cumbre del Sínai: no la rodean, ni el humo, ni las tinieblas, ni el rayo, ni el fuego abrasador: es la fuerza omnipotente, la luz del Espíritu Santo. Sobre el Sínai el Verbo de Dios grabó su Ley en tablas de piedra con el dedo del Espíritu Santo; en María, este mismo Verbo encarnó por obra del Espíritu Santo, tomando la sustancia de la Vírgen, y dándosenos El mismo como eficaz remedio de salud para la humanidad (1).

Bienaventurado el cristiano que fija su morada en la montaña de Dios, que ama á la santísima Vírgen, que le ruega sin cesar! Vive fuera de la tierra, cerca del cielo, en Jesucristo, Hijo de Dios y de María.

(1) Hom. in Nativit. B. M. V.

Pero entre todas las profecías de la santísima Vírgen hemos de indicar principalmente los salmos del rey David, libro divino que resume, bajo la forma de oraciones llenas de místicas profundidades, todo el Antiguo Testamento. Los Salmos son como la médula de las Santas Escrituras.

Están llenos de Jesús y María; de la Vírgen, Madre de Dios, no menos que de Cristo, Hijo de Dios.

La Vírgen santísima puede repetir el oráculo de su Hijo y de su Dios: *De mí hablan los salmos*. Se la ve aparecer principalmente al través de la corteza transparente de la mayor parte de los Salmos de que la Iglesia ha formado el Oficio litúrgico de las fiestas de la Vírgen. Ella es la Jerusalen bendecida, la ciudad santa, cuyos elogios repiten los cánticos de David; claro es que el sentido primitivo é histórico del salmo se refiere á Sion y Jerusalen; pero penetrando en la palabra santa, tan rica, tan fecunda en misterios, el espíritu de Dios ha hecho entrever á los Doctores y Padres de la Iglesia varios otros sentidos, no menos reales que el sentido histórico, pero más importantes, más íntimos, más escondidos, más vivos y cercanos al misterio de Cristo, que es la única Vida.

Es preciso unir siempre los múltiples sentidos de los oráculos de la Escritura y guardarse mucho de tomar por piadosas imaginaciones todo lo que no sea el sentido histórico, humano y terreno. Este sentido es el menos importante de todos; es á la verdad el que contiene bajo la corteza de la letra, lo que es al Santísimo Sacramento el velo de las

especies eucarísticas. Lo principal es lo que no se ve, es lo que está escondido, lo que es místico y vivo. Tales son las profecías de los Salmos con referencia al misterio de Jesús y de María.

Jerusalen, Sion, son tambien en los Salmos, ya el alma fiel en quien vive Dios con su Cristo en la union santificante de la gracia; ya la santa Iglesia, esposa de Jesús y estancia viva, universal de Dios con los hombres; ya en fin el alma fiel por excelencia, la criatura perfecta, perfecto santuario de Jesús, del Espíritu Santo y del Padre, es decir, María, Vírgen de las vírgenes, santa Madre de Dios, Reina colocada á la derecha de Cristo, cubierta de un traje de oro, es decir, todo de amor, y adornada de mil gracias, de mil diversos ornamentos (1). Los Salmos están llenos de María.

La Vírgen María es tan verdaderamente «Reina de los Profetas» como «Reina de los Angeles» y «Reina de los Patriarcas.» Es, como dice un antiguo Padre, «el espejo de los Profetas y el cumplimiento final de sus divinos oráculos (2).»

«Mirad, dice san Bernardo, mirad el maravilloso acuerdo de las figuras misteriosas y proféticas palabras de los Santos del Antiguo Testamento! El prodigio de los prodigios que se ha obrado en la Vírgen María es lo que han prefigurado tantos prodigios, lo que han prometido tantas profecías. Un solo y mismo Espíritu ha hablado por todos los

(1) Psal. XLIV.
(2) S. Tarasius, hom. de Præsentatione Deiparæ.

Profetas: á pesar de la diversidad de formas, de circustancias y tiempos, todos de antemano han visto y han profetizado el mismo misterio, en la unidad del mismo Espíritu. Lo que ha sido mostrado á Moisés en la zarza ardiendo; al gran sacerdote Aaron en la vara milagrosamente florecida; á Gedeon en el vellocino y el rocío, Salomon claramente lo ha profetizado en la mujer fuerte y del todo incomparable; Jeremías lo ha cantado más abiertamente en su profecía de la Mujer conteniendo al Hombre; Isaías lo ha manifestado más explícitamente todavía en la Vírgen Madre de Emanuel; y por último, el arcángel Gabriel ha venido á traerlo de los cielos, cuando saludó á la misma bienaventurada Vírgen (1).»

Saludemos con todos los Profetas á la Madre de nuestro Redentor; roguémosla cada dia y rodeémosla de toda clase de homenajes.

XXX.

De como el misterio de María se encuentra, aunque alterado, en las falsas religiones de la antigüedad.

A pesar suyo el error mismo rinde homenaje al misterio de Jesús y de María. Siendo el dogma fundamental de la Religion la Encarnacion de Dios en una Vírgen, es muy natural que en el mundo pa-

(1) S. Bern. Hom. II, super Missus est.

gano los vestigios de esta verdad se encuentren por todas partes. Las falsas religiones no son, en efecto, más que alteraciones más ó menos completas de la única verdadera Religion, que es la Religion universal de Cristo. Ahora es una verdad reconocida que el paganismo antes sólo fué una deformacion de la verdad religiosa conservada en el pueblo judío. Sólo Israel, centinela profético del Cristianismo, permanecia despierto en medio del sueño universal del género humano, y este sueño, sin razon y sin conciencia, como todo sueño, estaba lleno de rasgos primitivos de la verdad revelada desde el orígen y alterada despues por las pasiones de los hombres. Sólo el pueblo de Dios no dormia.

El paganismo está dominado por una idea: alianza del Soberano de los dioses con vírgenes mortales, dando á luz hijos de dioses salvadores y bienhechores de los hombres; alianzas impuras y absurdas, no hay duda, como todo lo que pasa en los sueños, pero que todas presentan de una manera notable las líneas del misterio de la Encarnacion, de la Redencion y de la Maternidad divina.

Desde el segundo siglo, Tertuliano hacia resaltar esta verdad en sus apologías del Cristianismo. Demostraba á los paganos como su mitología era sólo una alteracion, una parodia de las creencias primitivas y cristianas. «Son nuestros misterios, decia, los que han dado á vuestros poetas y á vuestros filósofos la idea de sus ficciones. Nuestros misterios son mucho más antiguos que vuestras fábulas, y no

pueden ser imágenes de lo que ha venido despues de ellos: ¿la sombra está alguna vez antes que el cuerpo, ó la copia antes que el original?» El misterio de Cristo, y por consiguiente el de la Vírgen, ha aparecido, en efecto, muchos siglos despues de la invencion de las fábulas del paganismo, pero estaba profetizado mucho antes que ellas, desde el orígen del mundo.

Todas las mitologías dejan oir este oráculo: «Una Vírgen concebirá y parirá.» Los impíos del último siglo lo reconocian abiertamente; queriendo hacerse de ello una arma contra la fe, sin advertir que el arma se volvia irresistiblemente contra ellos. Esta especlativa prodigiosa, inexplicable, de un Libertador divino nacido de una Vírgen, Tácito y Suetonio confiesan que «provenia de las antiguas Escrituras sacerdotales del pueblo judío,» lo que ademas afirma el Libro de los Macabeos, donde leemos que «*los paganos sacaban de los Libros de la Ley los tipos de sus divinidades.*(1)»

Segun una prediccion de Zoroastro, entre los persas y en todo el Oriente se esperaba el Libertador que naceria de una Vírgen. El culto de Mithra estaba basado sobre esta nocion misteriosa, y hasta el mismo nombre de Mithra significaba Mediador. El nacimiento virginal de este Mediador fue objeto de un culto y de una fiesta especial en todo el Oriente, de donde se habia extendido á los Galos y hasta Inglaterra, segun lo atestigua César en sus *Comentarios.*

(1) Machab. III, 48.

En la mitología egipcia se encuentra el mismo inexplicable fenómeno: Isis es una vírgen, madre del dios Horo, el cual combate á la serpiente Tifon, genio del mal, que ha llenado el mundo de desdichas; le arrebata la dominacion sin destruirla enteramente, para que el combate subsista. Isis es igualmente temible enemiga de la serpiente, cuyos furores amortigüa. Llevaba en su cuello un talisman llamado «palabra verdadera,» y su parto era objeto de una gran fiesta religiosa. La imágen de esta vírgen madre amamantando al dios libertador estaba extendida de tal modo en los monumentos públicos y en las viviendas privadas, «que no habia casa ni encrucijada donde no se encontrase,» dice un arqueólogo del último siglo.

De Egipto este culto se habia comunicado al mundo griego, al romano y á la Germania. Isis, Horo, Tifon: ¿quién no ve aquí los rasgos alterados, pero siempre parecidos, de la Vírgen María, Madre de Cristo Salvador, Madre del Vencedor de Satán?

En Occidente nuestros antiguos druidas celebraban igualmente «la vírgen que debia parir.» Todo el mundo sabe que el venerable santuario de Nuestra Señora de Chartres es de orígen druídico, y que el Cristianismo no ha hecho más que consagrar el altar donde encontró la célebre inscripcion: *Virgini pariturae; A la Vírgen que ha de parir.*

Varios santuarios de María tienen orígen semejante; tal fué la antigua abadía de Nogent, que fué edificada en el sitio que ocupaba un bosque sagrado donde los druidas sacrificaban á la *Madre futu-*

ra del Dios que habia de nacer... Matri futuræ Dei nascituri. Tal fué la iglesia de Fontaine en Borgoña, cerca del castillo donde nació san Bernardo; así como otros dos santuarios, el uno cerca de Autun y el otro de Dijon, donde se encontró la misma inscripcion druídica. Los druidas, discípulos de los Magos y originarios de Caldea, llevaron á los Galos los restos de las profecías de Moisés, David é Isaías.

Así, el culto profético de que era objeto la Vírgen María entre los judíos, habia irradiado en diversos mitos entre todas las naciones paganas. En estas fábulas groseras, en estos abominables misterios de Mithra, Isis, etc..., la Vírgen Madre, la santísima María encontraba indirectamente culto y adoracion, pues todos esos errores estaban fundados sobre una verdad, que no es otra que la maternidad divina de la santísima Vírgen.

Saquemos de esta envoltura vergonzosa el tesoro que encerraba sin saberlo, cojamos nuestro bien ahí donde le encontramos, hagamos servir á la misma mentira de testimonio de la verdad, y repitamos con Tertuliano: «¡Lejos de nosotros todas esas impuras y groseras imágenes! El destello de Dios, Hijo de la eternidad, debia destacarse Él mismo de las celestiales alturas, como habia sido profetizado. Al fin ha bajado, ha descendido sobre una frente virginal, y se ha cumplido el gran misterio del género humano: adoremos á un Hombre Dios, reverenciemos á una Vírgen Madre.»

Está escrito del Señor que delante de Él «toda ro-

dilla se dobla en el cielo y en la tierra y en los infiernos:» en el cielo, por los santos Angeles; en la tierra, por los cristianos; en los infiernos, por los demonios, forzados, en medio de su odio, á reconocerlo por lo que es. *Sabemos quién sois: sois el Santo de Dios* (1), le gritaban en la sinagoga de Cafarnaum. Lo mismo sucede con la santísima Vírgen: delante de ella toda rodilla se dobla, no para adorarla, pero sí para reverenciarla, en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Las mil sectas del paganismo no eran otra cosa que las mil formas del culto del demonio, y nosotros con religiosa admiracion vemos á esos espíritus impuros forzados á rendirle homenaje y gritar: «Sabemos quién sois: sois la Santa de Dios, la Vírgen Madre, la coredentora del mundo, la mujer bendita entre todas las mujeres (2)!»

XXXI.

La Vírgen santísima, aurora de la nueva alianza.

¡Héla ahí, pues, asomando en el horizonte de los siglos, á esa Vírgen santa, criatura inmaculada, aurora del Criador! Hace cuarenta siglos que languidece el mundo en expectativa, los ojos vueltos hácia Oriente, espiando la aurora anunciadora del dia.

(1) S. Marc. I, 24; Luc. IV, 34.

(2) Véase el desarrollo de esta tésis en las hermosas obras de Augusto Nicolás, entre otras, en los *Estudios filosóficos* y en *La Vírgen María.*

Desde el pecado original, el hombre caido en las tinieblas marchaba solo á la luz de los reflejos de la fe y de la esperanza, como un pobre viajero que anda durante la noche guiado por los pálidos rayos de la luna y las estrellas. ¡Qué alegría cuando ve despuntar la aurora!

La aurora es dulce, apacible, fresca, virginal, alegre, llena de esperanza; es el anuncio del dia y de la vida; la noche aspira á la aurora, madre del dia. Tal es nuestra bienaventurada María, aurora de gracia, aurora de Jesús, «profetizada por los Profetas, prefigurada por los Patriarcas, descubierta y mostrada por los Evangelistas, humilde y amorosamente saludada por los Angeles (1).»

María es la aurora; Jesús es el dia. «La luz de esta aurora es la santidad de que ha sido como inundada María por el Sol de justicia que debia salir de su seno purísimo.» Lo que hacia decir á san Bernardo: «¡Oh María! habeis hecho vuestra entrada en el mundo como una brillante aurora, cuando por el brillo de vuestra inefable santidad habeis anticipado el esplendor del verdadero Sol. Convenia seguramente que el dia de salud, el dia de perdon, el dia que ha hecho el Señor, fuese preparado por la claridad de semejante aurora. Vos sois la bienaventurada aurora, anuncio del bienaventurado dia: á tal dia no podia menos de preceder tal aurora.

«¡Oh! ¡sí! Vos sois verdaderamente una aurora,

(1) S. Hieronymus ad Paul et Eustoch. Epist.; x.

pues Cristo, Sol de justicia, antes de nacer de vos ha hecho Él mismo preceder su aparicion con irradiaciones de una luz material; ha derramado superabundantemente sobre vos los rayos de su gracia, esos rayos de gracia y de luz por los cuales habeis rechazado delante de Vos el poder de las tinieblas, que Eva habia introducido. Y así, Vírgen bendita, habeis hecho lucir sobre el mundo el Sol por el cual suspiraban todas las naciones (1).»

San Pedro Damiano, émulo de san Bernardo y de san Buenaventura en la divina ciencia del misterio de la Vírgen santísima, dice á propósito de María, aurora de redencion, cosas verdaderamente maravillosas. «Nuestro primer padre, dice, fué creado en el esplendor del pleno dia á imágen y semejanza de su Criador. Pero desconociendo la dignidad de tan alto privilegio, y dejándose coger por las seducciones del ángel apóstata, se condenó él y condenó á toda su posteridad á las tinieblas y á la muerte eterna. Desde este momento las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta el advenimiento de la Vírgen, y á nadie fué dado salir de ellas ni disiparlas, y á medida que el mundo crecia, crecia tambien este abismo de tinieblas, amontonando tinieblas sobre tinieblas y acabando por sepultar al género humano en las profundidades de una terrible noche.

«Con la Vírgen apareció la aurora: María, mensajera de la verdadera Luz, trajo con su nacimiento la serena claridad de una espléndida mañana.

(1) Ad. B. Mariam, sermo panegyricus.

«Ella es la estrella de la mañana que, brillando en la cima de los cielos con un soberano esplendor, colora con sus brillantes rayos al mundo entero donde Ella domina.

«Ella es la aurora que sigue ó, por mejor decir, que nace del Sol de justicia, y su claridad sólo desaparece en la divina claridad de Cristo.

«Señor Jesús, el dia en el cual ha sido criado Adan es vuestro; es tambien vuestra la noche durante la cual Adan ha sido privado del dia; Vos sois quien ha hecho la aurora, es decir, la Vírgen Madre; Vos sois el que ha hecho el Sol, el Sol de justicia que se ha levantado de su lecho virginal. De la misma manera que la aurora es el fin de la noche y anuncia el principio del dia, de la misma manera la Vírgen María ha rechazado la noche eterna, y bebiendo la luz en el dia de que era precursora, ha derramado sobre la tierra el dia que se levantaba en la tierra vírgen de su fecunda castidad (1).»

«Por la aurora cuyo nacimiento se escapa á la noche, añade el seráfico Doctor, debemos entender la bienaventurada Vírgen, cuyo nacimiento ha escapado á la noche del pecado original. La blanca claridad de esta aurora resplandecia maravillosamente, pues el Sol que Ella precedia se ha levantado sin nubes: Cristo ha nacido de María sin los sombríos vapores del pecado de Adan (2).»

(1) Serm. de Assumptione B. M. V.
(2) S. Bonav. Speculum B. M. V., XI.

La antigua Alianza era la noche, pero era la noche de Dios; la nueva Alianza, la ley de gracia, es el dia de Dios. Jesús es el Señor de esta noche como de este dia, y entre uno y otro ha colocado á su Madre como hermosísima y castísima aurora; su humanidad santa, Sol de vida, sólo ha venido despues. Es á Él á quien decia el Salmista: *El dia es vuestro y la noche es vuestra; Vos sois quien ha hecho el sol y la auròra* (1). Esta aurora del Salvador ha traido á los Angeles y á los hombres la divina bendicion, porque, dice tambien san Buenaventura, al levantarse la aurora, esto es, á la llegada de María, el Angel y el hombre han sido reconciliados. En la persona de la Vírgen María el hombre ha recibido la salud del Angel; en la persona del Hijo de esta Vírgen bendita ha recibido la palabra de reconciliacion, de paz y de vida; ha recibido la bendicion de que habla san Pablo cuando dice: *Bendito sea Dios, padre de nuestro Señor Jesucristo, que ha derramado sobre nosotros el tesoro de toda la bendicion celestial en la persona de Cristo* (2). Cristo es, en efecto, Rey de los cielos, Sol de vida; toda la gracia del Padre, toda la vida del Espíritu Santo está en Él: el Padre nos lo da por la santísima Vírgen, y la Vírgen santísima, al dárnoslo á su vez, nos trae el cielo, la bendicion del Padre, el tesoro de la eternidad. Ella es para nosotros la aurora de ese hermoso dia que se llama Jesús. Si se debe ben-

(1) Psalm. LXXIII.
(2) Speculum B. M. V., XI.

decir al Padre que se ha dignado dárnoslo, ¿no debemos tambien bendecir á la santísima Madre que lo da al mundo tan realmente, tan libremente como el Padre?

«¡Oh Mujer incomparable! ¡oh Mujer única y maravillosa! Por Vos se han renovado los elementos, los infiernos han sido vencidos, los hombres están salvados por Vos, el vacío de los coros angélicos está colmado (1)!»

Todos los Santos se han complacido en contemplar en la Vírgen inmaculada las primicias de Jesucristo, su redentor. «Dios te salve, oh Vírgen santa, le decia san Epifanio; Dios te salve, Madre de la eterna Luz, de la Luz que en el cielo alumbra la multitud de Angeles, encanta los ojos de los Serafines, da al sol sus fuegos espléndidos, disipa las tinieblas del mundo y le inspira la fe en la Trinidad! Dios te salve, Madre querida de Aquel que dijo: *Yo soy la Luz del mundo!* Dios te salve, Madre de la Luz que ha subido al cielo, y alumbra el cielo y la tierra (2).»

Otro llama á María «Puerta de la vida, manantial de la Luz viva que alumbra á todos los hombres, aurora del Sol que jamás tendrá ocaso (3).»

Aurora iluminada, aurora iluminadora, la Vírgen santísima aparece entre la antigua y la nueva Alianza, de la que es el lazo y alegría, como la rei-

(1) *Ibidem,* S. Anselmus.
(2) De laud. Virg.
(3) S. Joan Damasc., de Nativit. Virg., orat. I.

na Ester, de quien hablábamos hace poco, avanzando hácia su real esposo en medio de sus dos siervas. Estas dos mujeres de Ester, decia un Santo, son la criatura angélica y la criatura humana, siervas y compañeras las dos de María. Nos representan tambien las dos Alianzas: la nueva, ley de gracia, que está á su lado, que recibe más directamente las pruebas de su real bondad y de su maternal amor; la antigua, ley de temor, que la sigue y á quien ella conduce á Jesús. Por Ester y con Ester, estas dos mujeres tuvieron el honor de llegar hasta el trono del rey; por María y con María, verdadera reina de la humanidad, el Antiguo y el Nuevo Testamento se encuentran delante de Jesús, á los piés del Rey celestial, su adorado Señor y comun Salvador.

«¡Oh santa Vírgen María, aurora de nuestra redencion! El Señor es contigo, como el sol está en la aurora. Dulcísima aurora, reina de gracia, querida y benigna soberana, haz que sea igualmente con nosotros ese Sol de la justicia eterna, que es vuestro Hijo Jesucristo Nuestro Señor, que vive y reina en los siglos de los siglos con el Padre y el Espíritu Santo (1).»

(1) S. Bonav. Speculum B. M. V. XI.

CONCLUSION.

Hé aquí, querido lector, algunas piadosas lecturas que espero te ayudarán á santificar el hermoso Mes de María, y á desarrollar en tu corazon una piedad fuerte, tierna y profunda, hácia la santísima é inmaculada Madre de nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué puede haber más hermoso que ponerse así en la escuela de los Santos para venerar y amar á la Vírgen santísima, para alabarla, exaltarla y bendecirla? Si Dios nos lo permite, contemplarémos juntos en un segundo tratado el luminoso misterio de María, desde su advenimiento á la tierra por medio de la inmaculada Concepcion hasta la vuelta triunfal de Nuestra Señor á los cielos. Será un segundo *Mes de María,* continuacion de éste.

Y por último, espero poder terminar todo este trabajo en un tercer tratado que podrá servir de tercer *Mes de María*, y en el cual, y siempre en la rica escuela de los Padres y de los santos Doctores, estudiarémos el misterio de la Vírgen, desde Pentecostes, pasando por todos los siglos de la Iglesia militante, hasta el segundo advenimiento del Señor y hasta el último juicio.

Dígnate, oh lector, no olvidarme á los piés de la Vírgen, á la que humildemente ruego que te bendiga.

25 de Marzo, fiesta de la Anunciacion de la Vírgen María.

ÍNDICE.

PÁGS.

INTRODUCCION. 3
I. De como el mundo no existe más que para Nuestro Señor Jesucristo. 9
II. De como Nuestro Señor Jesucristo ha dado el mundo entero á la Santísima Vírgen. . . 15
III. De como la Santísima Vírgen es la esposa admirable de Dios Padre. 21
IV. De como desde el principio es la Santísima, Vírgen en union de Cristo, causa de la salvacion de los Angeles y de la reprobacion de los demonios. . - 29
V. De como la creacion está hecha á imágen de la Santísima Vírgen. 34
VI. De como la obra de los tres primeros dias profetizaba á la Santísima Vírgen. . . 40
VII. De como los astros nos predican incesantemente el celestial misterio de Jesús y María. 47
VIII. De como la tierra es un hermoso símbolo de la Santísima Vírgen. 55
IX. De como la Santísima Vírgen está figurada y profetizada con Jesucristo en el Paraíso terrenal. 64
X. La Vírgen Santísima y el pecado original. . 72
XI. La Vírgen Santísima y la serpiente del Eden. 80
XII. La Santísima Vírgen y Abel. 87
XIII. La Vírgen Santísima y el arca del diluvio. . 91
XIV. La Vírgen Santísima y el arco iris de Noé. . 96
XV. La Vírgen Santísima y los tres grandes Patriarcas. 100
XVI. La Vírgen Santísima y Moisés. 110

XVII. La Vírgen Santísima y la columna de nubes del desierto. 117
XVIII. La Vírgen Santísima, el Tabernáculo de Moisés y el Arca de la Alianza. 123
XIX. La Vírgen Santísima, el Vaso de oro del maná, la Vara de Aaron y los demás objetos sagrados del tabernáculo. 131
XX. La Santísima Vírgen y la Tierra Santa.. . 138
XXI. La Vírgen Santísima, Jerusalen y el Templo. 142
XXII. La Vírgen Santísima y el vellocino de Gedeon.. 146
XXIII. La Santísima Virgen y el trono real de Salomon. 151
XXIV. La Santísima Vírgen y la nube de Elías. . 160
XXV. La Santísima Vírgen y Judit. 167
XXVI. La Santísima Vírgen y la reina Ester. . . 173
XXVII. De algunas figuras proféticas de la Santísima Vírgen. 179
XXVIII. La Vírgen Santísima profetizada por Moisés y por Isaías. 186
XXIX. La Vírgen Santísima profetizada por Jeremías, Daniel y el santo Rey David. . . 198
XXX. De como el misterio de María se encuentra, aunque alterado, en las falsas religiones de la antigüedad.. 208
XXXI. La Vírgen Santísima, aurora de la nueva Alianza. 213
CONCLUSION. 220

FIN DEL INDICE.

OBRAS DE MONSEÑOR SEGUR.

Al soldado en tiempo de guerra.—Un opúsculo, 20 céntimos de real el ejemplar.

Avisos y consejos á los aprendices.—80 cénts.

Cartas de 1854 á 1881, publicadas por el Marqués de Segur.—5 rs. y medio en rústica, y 8 en pasta.

Clero y nobleza.—70 cénts.

Consejos prácticos sobre las tentaciones y el pecado.—1 real.

Consuelos á los que sufren.—3 rs. en rústica, y 6 en pasta.

Contestaciones claras y sencillas á las objeciones más extendidas contra la Religion. A los mismos precios que la anterior.—Están tambien divididos en 6 cuadernos á 40 céntimos cada uno.

Conversaciones sobre el protestantismo actual.—En rústica 3 rs., y 6 en pasta.

El buen combate de la fe.—A 1 real.

El Dinero de san Pedro.—20 cénts.

El Sagrado Corazon de Jesús.—3 rs. en rústica y 5 en percalina.

El Infierno. Si lo hay, qué es, modo de evitarlo.—2 rs. en rústica.

El obrero cristiano.—Dos tomos en rústica, á 6 rs. Encuadernada en pasta en un volúmen, á 9 reales.

El precepto pascual.—20 cénts.

El niño Jesús.—60 cénts., en percalina, 2 rs.

Grandes verdades.—36 cénts.

¿Hay un Dios que se ocupa de nosotros?—20 cénts.

Josefina, ó una santita de nueve años.—1 real.

La Confesion.—1 real.

La Confesion y Comunion al alcance de los niños.—á 90 céntimos en rústica y 2 rs. en percalina.

La divinidad de Jesucristo.—80 cénts.
La fe ante la ciencia moderna.—1 real y medio.
La Iglesia.—40 cénts,
La Libertad.—4 reales.
La Misa.—1 real y medio.
La Oracion.—1 real.
La Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. — 50 céntimos.
La piedad y las virtudes cristianas. — 1 real y medio.
La piedad y la vida interior.— *Primer cuaderno:* Nociones fundamentales, 80 cénts.—*Segundo cuaderno:* La abnegacion, 1 real y medio.
La presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar.—1 real 75 cěnts.
La Religion al alcance de los Niños.—80 cénts.
La sagrada Comunion.— 80 cénts.
La secta católico-liberal.—1 real y medio.
Las maravillas de Lourdes, 3 rs. en rústica y 6 en pasta.
La Tercera Orden de San Francisco de Asis. —60 cénts.
Los francmasones: lo que son: lo que quicren: lo que hacen.—2 rs.
Los voluntarios de la oracion.—6 rs. el ciento.
Mi madre. Noticias de su vida y de su santa muerte.—1 real.
Objeciones contra la Encíclica.—32 cénts.
Reclinatorio para la visita del santísimo Sacramento.—2 realəs y medio en rústica, y 4 en percalina.
Veladas religiosas.—2 tomos, 14 rs. en rústica y 20 en pasta. Fuera, 16 y 22.
¡Viva el Rey!—80 cénts.

Por cada diez se dan dos hratis en rústica y uno si son encuadernados.
Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.